
CONDUCTA
INAPRO-
PIADA
Patricia Rosemoor
elit

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos 8B
Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2004 Patricia Rosemoor
© 2025 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Conducta inapropiada, Elit nº 451 - abril 2025
Título original: Improper Conduct
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo, Bianca, Jazmín, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9788410745841

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Isabel Grayson. Sólo ver ese nombre le alegraba el día.

Nick Novak había establecido su residencia en el Helen's Cybercafé, un establecimiento de moda pintado de un amarillo pálido y amueblado con sofás y sillas confortables. Estaba sentado cerca de la chimenea, ante uno de los ordenadores alineados contra la pared, para su dosis de Internet junto con el café de la mañana. Su disco duro se había averiado hacía un par de meses, y aún no lo había cambiado porque siempre encontraba un uso mejor para el dinero.

Helen lo había interrumpido cuando leía una invitación a una fiesta de póquer que le había enviado por correo electrónico uno de sus viejos colegas de la cadena de televisión donde había trabajado como cámara hasta el otoño anterior. Tocó la tarjeta que Helen le había entregado… la tarjeta de Isabel, y admiró la textura del papel y la elegancia del diseño antes de tirarla a la papelera más cercana.

—¿Qué? ¿De verdad no vas a ponerte en contacto con ella? —quiso saber Helen Rhodes, un bombón rubio, propietaria del cibercafé.

—No.

Ella entrecerró los ojos verdes.

—¿No sientes curiosidad por saber qué quiere?

Nick pensó en ello unos momentos y mintió:

—No.

—Pero debe de ser importante… ha llamado todos los días que has estado fuera.

Esa última vez se había ausentado más de una semana, lo que demostraba que Isabel era persistente, además de elegante, inteligente y una mujerzuela.

—No me interesa lo que pueda tener en la cabeza una pobre niña rica —indicó.

—¡Pues a mí sí!

—Eso es porque quieres dirigir la vida de todo el mundo.

—Al menos yo tengo una. No desaparezco de la vida de mis amigos durante días o incluso semanas —afirmó irritada—. ¿Dónde estabas cuando Annie nos necesitó?

Pensando en los problemas de su amiga, que habían aumentado durante su ausencia, Nick se ruborizó con culpabilidad.

—No pude evitarlo. Annie ya está bien. Mejor que bien. Ha encontrado al hombre idóneo para ella. ¿O no estás de acuerdo?

Nate Bishop, propietario de la Inmobiliaria Cornerstone y del edificio comercial en el que los tres tenían sus negocios. Helen había mostrado suspicacia hacia su arrendador desde el principio, cuando había invitado a Annie vestido de cuero y conduciendo una Harley, un cambio radical de su personaje de hombre de negocios. Pero Nick había sabido en todo momento cuáles eran las intenciones de Nate; de hecho, le había dado unos consejos al respecto, y en ese momento se sentía contento de no tener que lamentarlo.

—Nate al final terminó siendo Superman —reconoció Helen—. Me equivoqué.

—Es un buen comienzo… Me refiero a que lo reconozcas.

Helen observó la papelera como si fuera a recoger la tarjeta.

—Adelante. Hazlo —dijo Nick—. Estoy segura de que a Isabel le encantará soltártelo.

—A mí me encantaría soltarte algo a ti.

—Otra amenaza hueca —rió Nick.

Volvió a mirarlo con los ojos entrecerrados, alzó el vaso de agua y lo observó durante un momento inquietante antes de beberse el contenido.

—Un respiro —dijo él.

—Vamos, lárgate antes de que cambie de idea y haga algo radical, como revocar tus privilegios de cafeína e Internet para siempre.

—No, cualquier cosa menos eso —finalizó la sesión al levantarse. Ya se había ocupado de algunos asuntos de negocios, y el resto de los correos podía esperar—. Nos vemos luego.

—Sí, sin importar lo que hagas para impedirlo, las monedas falsas siempre reaparecen.

Nick rió. Helen y él no habían dejado de meterse el uno con el otro desde que se conocieron el primer día de la universidad. Y ahí estaban una década más tarde, con la misma costumbre. Tampoco habían perdido el afecto mutuo. Ni por Annie Wilder. Los tres habían seguido siendo íntimos amigos y tenían un fuerte sistema de apoyo entre sí. Juntos, habían dejado sus respectivos y lucrativos trabajos en el mundo corporativo para invertir todos sus ahorros en negocios que les gustaban. Por desgracia, el suyo había sido más caro de financiar y más difícil de poner en marcha que un cibercafé o una boutique de lencería.

Salió del café, que daba a un cruce de seis calles, donde Bucktown y Wicker Park se juntaban en una fusión ecléctica.

El barrio ejercía un gran atractivo para la gente con tendencias artísticas. Las calles estaban llenas de galerías de arte y el Edificio Flatiron, triangular, estaba ocupado por estudios de diversos tipos. Pero era demasiado temprano para que la gente tatuada y con piercings que frecuentaba la zona estuviera por las calles.

Se dirigió al portal cercano que conducía a las plantas superiores del edificio. Subió por la escalera hasta su negocio, y hogar, aunque el edificio sólo tenía permiso comercial, situado encima de El Desván de Annie, una tienda de lencería.

Pero no estaba solo en la escalera. Una mujer bajaba hacia él. Tenía unas piernas largas y atractivas, un andar grácil y un rostro familiar, más hermoso de lo que recordaba. Seguía exhibiendo la misma y estupenda estructura ósea, la misma piel impecable, las mismas facciones perfectas, pero en ese momento, la piel delicada alrededor de los luminosos ojos azules se veía tensa, lo que le daba un aire decididamente infeliz.

La sonrisa de Nick se desvaneció.

Isabel Grayson ya lo había destrozado emocionalmente una vez.

¿Qué diablos la llevaba a creer que iba a darle una segunda oportunidad para que lo repitiera?

Isabel se detuvo y miró al hombre que subía hacia ella; a pesar de la descarga de adrenalina que la recorrió como una locomotora desbocada, trató de obligarse a exhibir un estado de objetividad serena.

Era alto, quizá un metro ochenta y cinco, con hombros anchos y abdominales estupendos; el torso perfecto se revelaba por debajo de la camiseta. Desde luego, el cuerpo le había cambiado… a mejor; pero el pelo, castaño con mechones dorados, y los ojos, almendrados con profundidades escondidas, eran los mismos.

Fuera lo que fuera lo que él pensara, quedó oculto por una expresión tan impersonal y neutral como la suya propia. Se preguntó si la reacción ante su inesperada presencia sería tan profunda como la suya. Apenas podía respirar. Siguió subiendo las escaleras y la ignoró como si no estuviera allí. La rozó en el hombro, dejándola aturdida, temblando por dentro, pero continuó andando.

—¿Nick? —llamó a su espalda—. Eres Nicholas Novak, ¿verdad? —como si no pudiera reconocer al primer hombre con el que se había acostado.

—¿Y qué pasa con eso? —no se detuvo.

—Llevo una semana tratando de dar contigo —lo siguió de vuelta hasta el rellano, donde lo vio sacar unas llaves de los vaqueros. Tenía los ojos a la misma altura que su trasero, tan compacto y musculoso como el resto de su cuerpo, pero desvió la vista y continuó hablando, como si entre ellos jamás hubiera sucedido nada —. Te dejé mi tarjeta. Isabel Grayson.

Él abrió la puerta y se volvió para mirarla.

—Sé quién eres, Isabel. Tiré la tarjeta.

Experimentó una oleada de angustia, pero la enterró de inmediato. Era una Grayson, lo que significaba que tenía mucha determinación. Su misión sería un éxito. Podía negociar cualquier cosa.

—¿Puedo pasar?

—Tengo trabajo.

No había cambiado. El adolescente más grosero del instituto se había convertido en un hombre grosero.

—Por favor. Es importante.

Suspiró y alzó las manos.

—De acuerdo —le dio la espalda y entró, dejando la puerta abierta —. Pasa y que sea rápido.

Isabel no le dio la oportunidad de cambiar de parecer. Entró y cerró la puerta, en cuyo cristal se podía leer, en letras doradas, Nick's Knack, Videografía.

La sala de techo alto y múltiples ventanas era una especie de estudio. Un telón adornaba una pared. Del techo colgaban varios focos. Un extremo del estudio estaba lleno de ordenadores. Ella supuso que le servían para la edición.

En el otro extremo, en un rincón, vio una cama con ruedas, con el edredón extendido por encima como si durmiera allí. Y en la pared cercana había un anaquel con pesas.

—Bien, ¿qué es tan importante, Isabel, para que me persigas durante una semana entera?

Centró su atención en el hombre que se había convertido en un desconocido.

—Mi hermana, Louise.

—Muy bien, ¿qué le pasa?

No conocía a Louise, de modo que ella pensó que era comprensible que quizá no la recordara. Dudó de que se mantuviera al corriente de la política o los políticos. Y aunque lo hiciera, no creyó que el senador William Grayson figurara en su lista de gente a seguir.

—Ha desaparecido.

Reflexionó en ello unos momentos, y luego dijo:

—Tal vez, sencillamente, quería alejarse de los Grayson.

Sonaba como si tuviera experiencia en ese campo. Con algo de suerte, no le echaría en cara lo que había pasado entre ellos tantos años atrás.

—Sólo tiene diecisiete años.

—Once más joven que tú.

La sorprendió que recordara su edad.

—Fue el regalo tardío que le hizo la vida a mi madre.

—Si tu hermana ha desaparecido —comentó Nick con un deje de preocupación en la voz—, es algo que le atañe a la policía.

—No está desaparecida como si fuera una víctima. Se ha fugado, tiene diecisiete años y acaba de terminar el instituto. Tengo entendido que no es algo inusual. Que los adolescentes se largan todos los días y que, si ella no quiere que la encuentren, probablemente no lo harán —respiró hondo—. Sólo faltan unos meses para que sea legalmente una adulta, y a los adultos se les permite desaparecer si así lo desean. La policía no va a esforzarse mucho. Será otro nombre en una base de datos.

—Pero con la influencia de tu padre…

—Sí, esa impresión daría, ¿verdad? Pero eso significa que tendría que hacerlo público. Tendría que solicitar un tratamiento especial para un miembro de su familia —controló su furia y añadió—: Tendría que llamar la atención sobre su persona y eso no le reportaría ninguna ventaja.

—Comprendo —enarcó las cejas.

«No lo comprende», pensó Isabel. «En realidad, no». Tampoco ella lo comprendía. No sabía cómo su padre podía esquivar la verdad cuando un miembro de su familia se hallaba en problemas. Pero ya pensaría en eso más adelante. Por el momento, encontrar a su hermana, asegurarse de que estaba a salvo, era su objetivo principal.

—¿Por qué recurres a mí? —inquirió Nick.

—Tu nombre surgió como el de alguien que conoce a los chicos en las calles. Me han informado de que estás haciendo un documental sobre jóvenes que han abandonado sus hogares. Si eso es verdad, quizá podrías encontrarla.

—Suposición que, en el mejor de los casos, es cuestionable.

—Eres mi única esperanza.

Nick movió la cabeza.

—Entonces no tengas muchas, porque carezco de tiempo y de interés de involucrarme en tus problemas. Además, establezco un

vínculo con esos chicos. No traiciono la confianza que depositan en mí.

—No tendrías que hacerlo —prometió.

—Contrata a un investigador privado. Demonios, Isabel, con tu dinero, podrías contratar a toda una empresa.

A Isabel se le retorcieron las entrañas al oír esas palabras. Iba a ser más difícil de lo que había pensado. Tendría que reconocer que parte de la motivación de buscarlo a él había surgido de la curiosidad. O tal vez quería quitárselo de la cabeza de una vez por todas… cosa que no parecía probable. Incluso cuando tenía cosas más importantes en la mente, no podía evitar recordar cómo la había derretido su contacto… y preguntarse cómo sería en ese momento.

Louise tenía prioridad, y el instinto le decía que Nick era la mejor apuesta para localizar a su hermana sin que la situación trascendiera a la prensa. No pensaba rendirse.

—¿Y si te hablara de mi hermana menor?

—Adelante —se puso cómodo en una silla de director de cine—. Pero pierdes el tiempo.

Le indicó que podía ocupar la otra silla a juego con la suya, pero, demasiado nerviosa, ella movió la cabeza y se puso a andar.

—Louise es una joven brillante…

—Como cabría esperar de una Grayson.

—… y un poco rebelde…

—Eso es más raro.

—¿Puedo hablar sin oír comentarios? Louise y yo siempre hemos estado muy unidas. Siempre recurría a mí para hablar, para recibir consejo. Era sensata, meditaba las cosas antes de actuar. Entonces, hace unos meses, algo cambió. Se metió en algunos problemas —reconoció—. De hecho, más de una vez. Nada serio, pero no cuadraba con ella y fue suficiente para desatar la ira de mi padre.

—¿Porque no exhibía la conducta apropiada? Oh, lo siento. No quieres oír comentarios. Lo olvidaba.

Isabel llegó a la conclusión de que no había olvidado nada, no más que ella. ¿Pensaba realmente en la interferencia de su padre o

en ellos? En cómo se habían enamorado. En cómo habían consumado los sentimientos hacia el otro.

Al mirar esos familiares ojos almendrados, tampoco ella pudo evitar recordar el pasado. El corazón le latió más deprisa al considerar todas las posibilidades. Se humedeció los labios y se obligó a concentrarse en lo que debía. Su hermana.

—Ha estado tratando de captar la atención de mi padre, por desgracia, de la manera equivocada, excusando con posterioridad sus actos. Lo único que consiguió fue que él se pusiera furioso. Se pelearon… —esperó que Nick no preguntara la causa— y entonces desapareció. Pensamos que se había ido a la casa de una amiga y que intentaba darnos una advertencia. He hablado con todas sus amigas y ninguna ha reconocido verla. Pero entonces su mejor amiga, Rosalyn, se asustó y admitió que Louise había pasado a verla unos días atrás y que le había contado que nunca más volvería a casa.

—Entonces, ¿por qué no recurrir a la policía? —volvió a preguntar —. ¿O a un investigador privado? Si tu padre no quiere mover las cosas, hazlo tú.

Si hiciera eso, sabía que sería el fin de todo; sin embargo, si la situación lo requiriera, no dudaba de que haría lo que fuera necesario. Pero no en ese momento. No cuando existía una posibilidad de que Nick la ayudara.

—No sería lo apropiado ahora —respondió con sencillez.

—De modo que aún bailas al son de la música que pone tu padre.

Sintió que se ruborizaba y que deseaba sacudirlo hasta que aceptara ayudarla. En el pasado, Nick había dejado que las cosas fluyeran hasta que se enfadaba de verdad. Nadie quería presenciar su lado malo. Aunque su lado bueno compensaba todo. Al menos así había sido. Pero ya no lo conocía tan bien.

Por eso no pensaba contarle nada. No hasta que estuviera segura de él.

—En esta ocasión, mi padre razona con sensatez —no era una mentira descarada. No quería engañarlo, pero estaba desesperada por encontrar a su hermana antes de que le pasara algo—. Cree que

Louise intenta preocuparnos y tiene cosas más importantes que requieren su atención.

—¿Más importante que su propia hija, vagando por las calles?

Isabel tragó saliva. El senador William Grayson, político respetado, había utilizado a su familia para lanzar su carrera, y en cuanto ésta había despegado… bueno, Louise y ella habían sido relegadas a la parte de atrás, para ser expuestas según lo necesitara, tal como había sucedido con su esposa, Natalie.

Se preguntó si las cosas habrían sido diferentes si Louise y ella hubieran sido varones. Su padre siempre había lamentado la falta de un hijo que siguiera sus pasos… como si ella no hubiera podido hacerlo.

De hecho, había dedicado la vida a hacer cosas que el senador quería, con el fin de obtener su aprobación, del mismo modo que Louise había dado problemas para llamar su atención.

Y aparte de mostrarse como una esposa modelo cuando la situación lo exigía, su madre siempre había seguido su propio camino, su propia vida, sin importarle en apariencia que su marido, el senador, la descuidara.

Se preguntó si después de resolver esa crisis tendría el valor de hacer lo mismo y alejarse de la influencia de su padre de una vez por todas.

—¿Quizá el buen senador no quiere atención pública cuando hay algo negativo? —especuló Nick.

Isabel tuvo que reconocer que siempre había sido intuitivo. Pero hasta no tener la certeza de disponer de su lealtad, no pensaba reconocerle nada.

—Mi padre es muy cuidadoso con su reputación —se humedeció los labios—. No quiero un investigador privado, Nick. Te quiero a ti —horrorizada por su falta de voluntad, se dio cuenta de que era verdad, y en el sentido más físico—. Y bien, ¿lo harás? ¿Por mí?

Nick contuvo una carcajada y notó la celeridad con la que Isabel se ruborizaba.

Isabel Grayson jamás lo había querido. Había jugado con él. Probablemente había sido la niña más rica del instituto y él, el chico más pobre, sin ninguna duda. Pero en ese momento las reglas habían cambiado. Necesitaba algo de él y él no quería saber nada de ella. No pudo evitar preguntarse cómo la hacía sentir eso.

—¿De verdad pensaste que iba a funcionar? —preguntó.

—¿Funcionar?

—Venir a verme.

—¿Cómo va el negocio? —preguntó de repente.

Desconcertado por el súbito cambio de tema, dijo:

—¿Perdona?

—Nadie parece tener una dirección tuya a excepción de ésta —miró alrededor del estudio y se detuvo en la cama arrugada—, lo que puede sugerir que andas escaso de dinero —volvió a mirarlo y la expresión le reveló que creía volver a tener el control—. A mí no me falta el dinero, Nick, como bien apuntaste antes. ¿Cuánto?

Nick sintió un puño cerrarse en sus entrañas. Intentaba comprarlo con dinero… lo mismo que se había interpuesto entre ellos siendo adolescentes.

Nada había cambiado.

—No quiero tu dinero.

—Entonces, ¿qué quieres? ¿Trabajo? Puedo conseguírtelo.

—¿La siguiente campaña de tu padre? —quiso saber, conociendo la respuesta—. ¿Me garantizas que podré producir su publicidad? —ése sería un pago digno de saborear, pero sólo si se lo daba por escrito.

—No… no tengo control sobre papá. Pero dispongo de otros contactos y podría ver qué puedo hacer.

—No me interesa.

Lo único que le interesaba era ver hasta dónde estaba dispuesta a llegar para conseguir lo que buscaba. Posó la vista en los pechos plenos que el traje formal no podía ocultar. «Sólo sería un ejercicio intelectual, desde luego», pensó mientras se parapetaba contra la reacción instantánea que le producía.

—¿Qué otra cosa quieres? —preguntó ella—. Dilo.

La quería a ella. Ahí. En ese momento. «Diablos, en cualquier momento». Quizá de esa manera conseguiría quitársela de la cabeza.

Que le hubiera partido el corazón, que lo hubiera dejado vacío por dentro, no parecía importar. Había sido el peor año de su vida, un año de desesperación en el que había hecho cosas de las que no se sentía orgulloso para sobrevivir.

Isabel lo desconocía, ¿y por qué iba a importarle a menos que ella probara un poco de aquello?

Algo centelleó en su cabeza. Supo la forma de deshacerse de ella.

Esbozó una sonrisa irónica.

—Jamás lo aceptarías, Isabel. Si me pusiera a buscar a tu hermana, y lo digo con grandes reservas, tendrías que venir conmigo.

—Desde luego, no esperaba otra cosa.

De pronto ella se sintió viva, y el alivio la hizo brillar, dándole una visión momentánea de la joven que había sido. En realidad, de la joven que él había creído que había sido.

—Yo misma la he estado buscando desde que se fue de casa —prosiguió Isabel—. He recorrido este vecindario… Su amiga Rosalyn vive en Wicker Park y Louise ha pasado mucho tiempo por aquí, incluyendo la visita que el otro día…

—Creo que no lo has captado. Cuando digo buscarla, me refiero desde dentro.

—No entiendo.

—Las calles, Isabel. Tendrás que abandonar tu acogedor hogar y tu bonita ropa y tus comidas en restaurantes elegantes. Tendrás que acompañarme por las peligrosas calles de Chicago como alguien sin hogar, mendigando y durmiendo en tugurios quién sabe dónde.

Durante un momento fantasioso, esperó que aceptara sus condiciones.

—¿Qué? —parecía conmocionada—. ¿Por qué?

—Si quieres encontrar a alguien que vive en las calles, debes hacer lo mismo.

Se puso pálida.

—¿Crees que Louise está viviendo en la calle?

—¿En qué otra parte? Los hoteles no le abren las puertas a los chicos fugados, a menos que esté usando la tarjeta de crédito de papá.

—Louise tiene su propia tarjeta de crédito, pero no la está usando. Lo comprobé.

—Chica lista. No quiere que la localices.

—¡Pero tiene que haber otros sitios… algo!

—¿Y no los has agotado?

—Los que yo conozco o me han contado, sí. Fui a un par de albergues, pero dicen que los chicos a los que acogen están con sus padres.

Nick asintió.

—Sólo hay unos pocos albergues en la zona metropolitana que acogen a jóvenes sin hogar, y están financiados por fondos privados. Razón por la que los chicos no suelen recurrir a ellos.

—Santo Cielo, entonces ¿cómo sobreviven?

—Del modo que pueden, Isabel. Mendigando… timando… prostituyéndose.

Al final, pareció entender la magnitud de la situación en la que se hallaba su hermana. Blanca como una sábana y temblorosa hasta la médula, aceptó la silla que le había ofrecido momentos antes.

—Oh, Louise, Louise —murmuró con voz desgarrada.

Nick estuvo a punto de ceder y de aceptar buscar a la muchacha.

¡No! No pensaba hacerlo. No volvería a pasar por ese infierno. ¿En qué estaba pensando? Isabel Grayson era veneno para él. Había estado a punto de destruirlo. No debía olvidar eso en ningún momento.

—Creo que hemos terminado —se puso de pie para acompañarla a la puerta.

—No. Me has hecho una oferta…

—Dije «si» —le recordó—. Y se trata de un «si» enorme.

—Iré contigo —susurró—. Viviré en las calles. Haré lo que sea necesario para encontrar a mi hermana.

Nick se endureció ante la desesperación que captaba en su voz. Comprendía lo que era la desesperación, había vivido con ella durante años. También entendía las calles. Podían representar la

muerte para los chicos. Les cambiaban. Los endurecían. Hacían que observaran todo lo que los rodeaba con suspicacia. Sintió pena por Louise, aunque fuera una Grayson.

«Y lo que es más importante», se recordó, «conozco a Isabel» Había esperado no volver a verla jamás… la había odiado durante un tiempo… pero nunca había conseguido quitársela de la cabeza. Y ahí la tenía, más hermosa y tentadora que nunca, suplicándole que la ayudara.

Pero otra parte de él arguyó que podía permitirse el lujo de buscar ayuda pagada. Simplemente se negaba porque su padre quería que la situación se llevara con discreción. Pues lo que quería el senador William Grayson podía irse al infierno. En esa ocasión, la pelota no estaba en la pista de Grayson. ¡El senador no iba a mover los hilos de la vida de Nick Novak!

—Contrata a un investigador privado —repitió, sabiendo que Isabel podía ser su perdición y que estaría loco si volvía a correr ese riesgo.

—No, por favor, Nick —suplicó—. Ayúdame y haré todo lo que digas.

Las facciones clásicas de Isabel se veían agitadas y un mechón de pelo rubio cayó sobre su mejilla, suplicando que lo colocara detrás de la oreja. Al mirarla, Nick sintió que se tensaba. Bajo esa elegante belleza, Isabel Grayson aún era un volcán.

Que el Cielo lo ayudara, pero aún representaba la mayor tentación a la que alguna vez había tratado de resistirse, y la deseaba por encima de todas las cosas. Aunque únicamente habían pasado aquella noche en completo abandono, lo había destruido para otras mujeres. Había dedicado años a comparar, a preguntarse cómo sería en ese momento…

¡Era un necio!

A pesar de que quería darle la espalda, la deseaba más que nunca. Si tan sólo en esa ocasión pudiera ser con sus propios términos…

Pero sabía que no sucedería.

Aun así, soltó las palabras antes de poder contenerlas.

—Las noches son solitarias en las calles, Isabel —se acercó más, una amenaza a su vida ordenada y bonita—. No me gusta sentirme solo —enganchó ese mechón suelto con un dedo y recordó lo que había sido acariciárselo con ambas manos cuando lo había llevado suelto—. ¿Quieres que encuentre a tu hermana?

—Sí, por favor.

Se aproximó aún más, de modo que su aliento le rozó la cara. Ella experimentó un escalofrío, pero no retrocedió. Nick sintió que se debilitaba. En su interior se libró una batalla. A menos que hiciera algo rápidamente, algo que la impulsara a dar la vuelta y huir, estaría perdido.

—Muy bien —murmuró con tono seductor—. Entonces, no sólo me harás compañía, sino que me mantendrás abrigado por las noches. ¿De acuerdo?

Con eso bastaría. Lo miraría con desprecio y se marcharía.

La momentánea expresión de conmoción se desvaneció, reemplazada por una neutral, indicativa de una mujer en control de sí misma.

Los labios sensuales se entreabrieron y los humedeció antes de responder:

—De acuerdo.

Capítulo 2

Lo había atrapado.

Ése fue el primer pensamiento que cruzó por su cabeza al asimilar la aceptación demasiado fácil de Isabel. Parecía demasiado segura, controlada. Probablemente suponía que encontraría a Louise de inmediato y que no tendría que cumplir con su parte del trato.

—No te creo —afirmó, cruzando los brazos.

—¿No crees qué? —inquirió—. ¿Que mi hermana me importa lo suficiente como para hacer lo que sea necesario para encontrarla? ¿O cuestionas mi ética? —se alejó de él e inspeccionó la cámara—. Jóvenes que se fugan de casa… ¿por qué elegiste ese tema para tu documental?

—Creo que es un problema creciente en muchas familias desestructuradas.

—¿Y crees que tú podrás encontrar una solución?

—No es mi trabajo.

—Entonces, ¿cuál es tu trabajo?

—Enfocar mi lente sobre un aspecto específico de la sociedad y hacer que la gente piense en ello.

—Quieres que tu público piense en los jóvenes que se marchan de casa. ¿Y luego qué?

—En el mejor escenario posible, hacer algo.

—¿Como qué?

—Como ayudar a un chico en la calle —respondió—. O, mejor aún, aprender a reconocer las señales de advertencia y hacer lo que sea

necesario para evitar que un chico se vaya antes de que suceda.

Lo miró con ojos centelleantes.

—¿Me estás diciendo que debería haber sabido que Louise iba a irse?

—No he dicho eso —se encogió de hombros.

—No sé cómo alguien puede decir con certeza lo que pasa por la mente de otra persona.

—Todo depende del enfoque.

—¿Cómo lo enfocas tú? Quiero decir, ¿cómo obtienes información de las personas?

—Me acerco a ellas sin prejuicios —repuso—. Simplemente apunto la cámara hacia los chicos y ellos hablan.

—¿Así de fácil? ¿Enfocas con una cámara y ellos te cuentan sus historias?

—Bueno, no siempre, pero ha habido momentos. ¿Quieres que te lo muestre?

—Claro, me gustaría ver parte de lo que has grabado.

—Pensaba más en términos de una demostración en vivo —indicó. La tomó del brazo y la guió hacia la cámara y el taburete que había colocado delante—. Siéntate.

—¿Y qué?

—Habla.

—¿Yo? ¿De qué?

En vez de responder directamente, le indicó que debería sentarse. Reacia sólo por un momento, lo hizo. Él encendió la cámara y miró por el visor. Centró un primer plano de sus facciones. De sus labios. Plenos, sensuales, tentadores.

Recordó su sabor, la sensación que le producían en la lengua.

Con las entrañas tensas, buscó una toma de media distancia, de cintura para arriba; apretó el botón de grabar y retrocedió para que, al mirarlo a través de los focos que brillaban sobre ella, no pudiera verlo con claridad en la zona ensombrecida que había detrás de la cámara.

—¿Cuál es el objetivo de este juego? —preguntó ella, recuperado el control en apariencia.

—Háblame de ti.

Parpadeó.

—Isabel Grayson… veintiocho años… soltera… licenciada en Ciencias Políticas… trabajo como enlace de prensa de mi padre, el senador William Grayson.

—Háblame de ti —repitió Nick.

Ella pareció confusa durante un segundo, antes de empezar otra vez.

—Soy inteligente… decidida… leal.

—Háblame de ti —dijo por tercera vez, deseando obtener alguna percepción de la mujer de verdad.

—¿Qué quieres de mí? —inquirió con exasperación.

Quería todo lo que tenía para ofrecer. La quería en su cama, donde inventaría formas nuevas de poseerla. Pero no estaba preparado para ir allí, por el momento no. Y si era inteligente, no lo haría nunca.

—Algo que no me estás dando —expuso. Lo que quería era sinceridad.

—Es obvio. Pero, ¿qué?

—Dime algo que nadie sepa de ti —algo que lo ayudara a entenderla.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —preguntó, ceñuda.

—Porque quieres participar en el juego.

—Quizá no —reconoció, bajándose del taburete.

—¡Ajá! —la exclamación la inmovilizó—. En realidad, no te importa si te ayudo a encontrar a Louise.

—¡Eso no es verdad! ¡Claro que me importa! —incómoda, volvió a sentarse—. ¿Cuál era la pregunta?

—Cuéntame algo de ti que nadie más sepa.

Había perdido el control. Lo vio. Lo percibió. Lo oyó en su voz cuado al fin habló.

—Yo… yo… no siempre me gusto a mí misma.

«¿Y quién se gusta siempre?», pensó él, sorprendido de que Isabel lo hubiera admitido.

—Porque…

—A veces hago cosas… no porque crea en ellas, sino porque son convenientes.

«El sello de un verdadero político». Sin embargo, que lo reconociera hizo que la respetara.

—¿Y eso cómo hace que te sientas?

—Intento no pensar mucho en ello.

Nick percibió la profundidad de su súbita incomodidad y pensó en un modo posible de salir de esa situación. No era demasiado tarde para lograr que Isabel cambiara de parecer. Para empezar, jamás debería haber jugado con ella. Pero como lo había hecho, tenía que llegar hasta el final.

—¿Yo soy conveniente? —preguntó de pronto, encarando lo que temía que fuera verdad—. ¿Por eso recurriste a mí en busca de ayuda?

—Sí —se ruborizó—, supongo que se podría considerar de esa manera.

—¿Qué otra manera hay?

Ella apartó la cara de la cámara y de él. Si era demasiado tarde para abandonar, si iba a arriesgarse por Isabel, lo mínimo que necesitaba saber era que ella podría aprender algo de la experiencia.

Entró en el ámbito de la luz y captó su atención inmediatamente.

—¿Qué es lo que intentas ocultar, Isabel?

—Nada —apretó la boca.

Se acercó más.

—¿Qué más harías para encontrar a Louise, para asegurarte de que está a salvo?

—Lo que sea necesario.

—¿Por qué?

—¡Porque es mi hermana, porque la quiero y porque es mi obligación velar por ella!

Nick no le hizo ver lo obvio. Que la profundidad de la responsabilidad que asumía era la de una madre y no la de una hermana. Al darse cuenta de que empezaba a sentir simpatía por ella, se recordó que no quería tener nada que ver con ella o su familia. No otra vez. El objetivo era conseguir que abandonara.

Se acercó a ella lo suficiente para que la fragancia familiar le despertara todos los sentidos y dijo:

—Dices que harías cualquier cosa. Demuéstralo.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Utiliza la imaginación —susurró y vio que los ojos de ella se abrían mucho—. Vamos a trabajar en intensa proximidad. En las calles. Solos tú y yo. Y las noches… —calló para que asimilara la palabra—. ¿Estás preparada para las noches, Isabel?

Al parecer, no lo estaba. Casi podía oler el miedo que irradiaba en crecientes oleadas. En ese momento se hallaba detrás de ella, contemplando la nuca larga y elegante, luchando contra el poderoso impulso de probar la delicada piel. Recordó la facilidad con que respondía a él.

Pero no necesitaba que eso desestabilizara su vida.

Se inclinó y le murmuró directamente al oído:

—Muéstrame qué tienes.

La vio temblar.

«Esto tiene que bastar», pensó. «Ahora cancelará todo el asunto».

Pero no sucedió nada de eso. Todavía rígida, respiró de forma audible y alzó unas manos trémulas a la parte superior de la blusa. Mirando por encima de su hombro, Nick podía ver cada movimiento. Fascinado, le fue imposible apartar la vista. Indicarle que parara.

¿Hasta dónde estaría dispuesta a llegar?

—¿Qué es lo que quieres de mí, Nick? —preguntó con voz serena, dura incluso, mientras se soltaba el primer botón—. ¿Pruebas de que te mantendré caliente por la noche? Perfecto —el segundo botón—. Puedo hacerlo. Y seré lo que quieras que sea.

Con la vista clavada en el escote que se abría a él, se dijo que quería que se marchara.

«¡Mentiroso!».

El cuerpo le indicó lo mentiroso que era mientras ella terminaba de desabotonarse la blusa con la delicadeza de una profesional. Desde lo alto, pudo contemplar con claridad unos pechos hermosos que el tejido transparente dejaba ver.

El corazón le latió más deprisa. La boca se le resecó. La erección se tornó más dura.

Decidido a empujarla hasta el precipicio del cual al final huiría, pegó su erección contra la espalda de ella y quedó atónito al ver que se arqueaba hacia él. Vio que los pezones florecían y se endurecían

a través de la tela transparente. La oferta resultaba demasiado tentadora. No pudo evitarlo. Deslizó las manos por el cuello y las bajó lentamente hasta los senos.

Ella emitió un leve jadeo y Nick sintió que ardía.

Arqueándose más hasta que los pechos casi suplicaron que los acariciara, ella echó las manos hacia atrás hasta apoyarlas contra la parte posterior de sus muslos y lo pegó a ella de modo que la extensión de su erección encajó en las suaves nalgas.

Se movió tan levemente que Nick habría podido achacarlo a su imaginación. Salvo que volvió a moverse, una y otra vez… movimientos sutiles, furtivos, que no tardaron en tenerlo listo para la eyaculación. Los pechos se deslizaron hacia sus manos como por voluntad propia. Le frotó los pezones ya excitados a través del sujetador y la oyó gemir.

Su boca anhelaba rodearle los senos con su calor húmedo; su pene ansiaba verse cubierto por la boca de ella.

Y si los dedos que se tensaban sobre sus muslos servían de indicación, ambos pensaban en lo mismo. La respuesta sexual de Isabel despertó recuerdos largo tiempo reprimidos.

Por aquel entonces habían sido jóvenes, e inocentes. Y habían compartido sus cuerpos con una entrega que desde entonces nunca había experimentado.

Con esos recuerdos demasiado abrumadores para sentirse cómodo, se obligó a apartar las manos y a separarse, permaneciendo detrás de Isabel hasta recuperar la compostura.

Pero ella giró en el taburete y lo desafió.

—¿Y bien? —preguntó con frialdad, desvanecida la mujer apasionada de momentos atrás—. ¿He pasado tu prueba, Nick? ¿Serviré?

Unos instantes antes, habría jurado que estaba tan excitada como él. De hecho, lo seguía jurando aunque la expresión que mostrara fuera pasiva. Lo miraba con tanta expectación como si fueran a cerrar un trato de negocios.

Sabía que había estado excitada. Pero sin poner el corazón en ello… lo cual estaba bien, porque tampoco el suyo podía volver a involucrarse.

—Perfectamente —respondió.

Después de pasar esa prueba estúpida, Isabel tragó saliva y acalló sus emociones. No quería pensar en lo mucho que la había afectado el ardiente encuentro. Había sabido que hallarse cerca de Nick iba a ser un reto. Lo que no había imaginado era lo devastador que resultaría. La reacción fácil que le había provocado había representado toda una sorpresa.

—Entonces, trato hecho —expuso, con más calma de la que sentía. ¿En qué se había metido?—. Bien, ¿cómo procedemos? —preguntó.

—Empezaremos esta noche.

—Esta noche —repitió. Ganaba tiempo para ver qué podía obtener de ella antes de encontrar a Louise—. ¿Por qué esperar?

—Porque esta tarde tengo una cita con un cliente que quiere encargarme un vídeo industrial. Y mañana se suponía que debía reunirme con Gideon en el Club Undercover para planificar algunos vídeos musicales nuevos que quiere para el club, de manera que tendré que fijar una nueva cita con él. ¿Sabes?, tengo un negocio que llevar. Además, por la noche es cuando resulta más fácil encontrar a los chicos.

—Oh —asintió—. Esta noche, entonces. ¿Quedamos aquí?

—Abajo, en el Helen's Cybercafé a las ocho —ella asintió, pasó delante de él y se dirigió a la puerta—. Isabel, espera.

Se detuvo con una mano en el picaporte. No iba a permitir que viera cómo se sentía.

—Con respecto a esta noche… —dijo él— ve a casa y ponte algo un poco más… informal.

¿Acaso pensaba que iba a salir a recorrer las calles con ropa que la convirtiera en un blanco?

—No soy estúpida.

—No pensé que lo fueras —la estudió minuciosamente, desde los zapatos italianos hasta el pelo cuidadosamente peinado—. Pero tendrás que esforzarte para encajar.

Recordó cuando era él quien no encajaba.

—No te preocupes, Nick. Estaré apropiada… como siempre.

—A propósito… —comentó él cuando iba a abrir la puerta—, ¿dónde vives?

—Sigo en la zona DePaul —supuso lo que pensaba, se ruborizó y lo miró a los ojos—. Sí, Nick, aún vivo en la casa de mis padres —había tenido que quedarse allí por el bien de Louise.

—Eh, es tu vida.

Abandonar la casa de Nick alivió una gran parte de la tensión que sentía. Sintió como si respirara por primera vez desde que se encontrara con él en la escalera.

«Esta noche será más fácil», se dijo. Estarían rodeados de gente. Podría sobrellevarlo sin problema.

Pero ¿y luego? ¿Cómo podría soportar pasar la noche con él?

Experimentó un escalofrío al tratar de quitarse de la cabeza lo que Nick esperaría de ella. Las cosas que tendría que hacer para mantenerlo satisfecho. Pero las imágenes sensuales que la invadieron no quisieron desaparecer con tanta facilidad. Ni la tensión que había vuelto a crecer en su interior. Desearlo era como una enfermedad.

A pesar de sus esfuerzos, jamás había podido olvidarlo. Pero no era el mismo muchacho del que se había enamorado, y quizá estar con él la curara.

Detuvo un taxi y fue directamente al despacho de su padre, situado en Lincoln Park West. Como el Congreso disfrutaba de las vacaciones de verano, él se hallaba en la ciudad, ocupado con sus asuntos en Chicago.

Cualquier cosa menos atender a su propia hija. La carrera de William Grayson siempre había sido lo primero.

Como el dinero que había invertido en el despacho. Mientras, por lo general, un político alquilaba un local normal, eso no era para su padre. Con fondos personales, había comprado una de las casas de piedra de tres plantas que quedaban en Clark Street. Supuestamente, los inquilinos de las dos plantas superiores cubrían la hipoteca y los gastos del edificio, mientras su padre había convertido toda la planta baja en una lujosa oficina.

Isabel compartía un despacho con Boyd Cummings, el otro encargado de prensa. Cuando el Congreso inauguraba las sesiones, Boyd pasaba más tiempo con su padre en Washington, D.C., mientras ella se encargaba de las cosas en el estado natal. Boyd era un chico guapo con el pelo rubio y unos inusuales ojos azul marino que encendía los corazones de muchas mujeres.

A pesar de ser un hombre decente, Isabel nunca había sentido atracción alguna por él, quizá porque tenía el sello de aprobación de su padre. Había salido con demasiados de esos hombres, más interesados en el trabajo del senador que en ella, como para sentirse atraída por Boyd. Casi todo su mundo personal estaba habitado por políticos y periodistas, de modo que le costaba encontrar a alguien que de verdad le interesara.

Salvo por Nick Novak…

—¿Has sabido algo de la pequeña? —preguntó Boyd cuando ella se sentó ante la montaña de correo que tenía en su mesa.

«La pequeña» era Louise, desde luego. Los dos se caían bien, y hacía tiempo que Isabel sospechaba que a su hermana le gustaba Boyd.

—No, pero espero saber algo pronto —dijo, sin explayarse.

—¿De verdad? Echo de menos a esa mocosa y me tiene preocupado —reconoció Boyd—. Como no averigüemos pronto algo de su paradero, el senador va a tener que cambiar de enfoque y poner a las autoridades al corriente de la situación.

—No creo que llegue a eso.

No quería hablar más del asunto, y menos con un compañero de trabajo.

Ni siquiera lo había hecho con Nora Hamilton, su compañera de habitación de la universidad y mejor amiga desde hacía mucho tiempo. Luchó contra el impulso de llamarla, ya que sabía que Nora tenía problemas propios. Problemas masculinos, como de costumbre.

Lo que hizo que pensara otra vez en Nick. Era un problema, desde luego, y en todos los sentidos de la palabra. Pero de algún modo lo superaría.

Se puso a repasar los papeles que tenía sobre la mesa, pero no consiguió concentrarse. No dejaba de pensar en Nick, en lo que iba a tener que hacer para lograr que siguiera buscando a Louise.

Miró la hora. Su padre aún estaría en la oficina. Por lo general, salía a comer a la una o a veces más tarde.

Se dirigió a la parte de atrás del edificio y a los dominios de él. Llamó a la puerta de su despacho antes de abrir.

—No tienes nada de qué preocuparte —decía en voz baja cuando ella entró, cerrando en silencio. Estaba sentado, el cuerpo físicamente tonificado de espaldas a ella. Con voz exasperada, continuó—: ¡Cuántas veces voy a tener que tranquilizarte!

Isabel se preguntó a qué clase de problema iban a tener que enfrentarse. Pensando que no tenía ganas de apagar más fuegos, suspiró, indicándole así que no estaba solo.

—Volveré a llamarte —dijo él con voz otra vez cordial.

En cuanto colgó, le dijo:

—Espero que sea algo que pueda solucionar Boyd, porque…

—¡Es algo que solucionaré yo! —exclamó. Sus ojos, de una tonalidad más oscura que el pelo plateado, se clavaron en ella.

Isabel enarcó las cejas, pero no hizo comentario alguno.

—Sólo he venido para comunicarte que voy a estar buscando a Louise. No he conseguido nada sola, de modo que he conseguido refuerzos.

—¡Te he dicho que nada de policía!

Era evidente que no estaba de buen humor.

—Nada de policía —le aseguró.

—Ni investigadores privados. No necesito que ningún pelagatos me chantajee para guardar mis secretos.

Sus secretos. Sí, eso era lo que los había metido en problemas, algo que no le había revelado a Nick.

—Ningún investigador privado —convino—. Le he pedido un favor a Nick Novak.

Su padre maldijo hasta que el rostro se le puso rojo.

—¡Te he hablado de él!

—Ya no tengo dieciséis años. Y yo… nosotros lo necesitamos para que encuentre a Louise. Nick conoce a chicos de la calle. Ha estado

preparando un documental sobre ellos. Confían en él. Hablarán con él.

—Y él hablará con la prensa.

—No —movió la cabeza—, porque yo me encargaré de que no lo haga.

Así como se encargaba de todo lo demás que su padre necesitaba. Pero cada vez cuestionaba más su lealtad hacia él. Tenía mucho en qué pensar. Sin duda podría encontrar otra cosa en el ámbito profesional que le resultara igual de satisfactoria y mucho menos dolorosa.

La puerta se abrió a sus espaldas y Boyd entró con unos papeles.

—Lo siento, señor, necesito su firma.

Con un gesto, su padre le indicó que se acercara.

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo crees que tardará?

—No tengo ni idea. Pensé que yo encontraría a Louise de inmediato, o que ella regresaría a casa —movió la cabeza—. Es nuestra última oportunidad de encontrarla con discreción.

—Estoy seguro de que harás lo que sea necesario —mientras firmaba los papeles, preguntó con tono distraído—: ¿Llamarás cada día y hablarás conmigo en persona?

Isabel parpadeó. ¿Eso era todo? ¿Ninguna discusión? ¿Ninguna pregunta? ¿Ni siquiera curiosidad por saber cómo mantendría a raya a Nick Novak?

No, claro que no.

«Estoy seguro de que harás lo que sea necesario…».

El senador William Grayson calculaba que su leal hija ordenaría su caos antes de que lo dañara políticamente, y eso era lo único que le importaba. Aunque supiera lo que había aceptado, habría considerado la conveniencia política de esos actos y habría dormido bien aquella noche.

—Muy bien, entonces —dijo, luchando contra el nudo que tenía en la garganta—. Me marcharé pronto.

De pronto su padre alzó la vista hacia la puerta e hizo entrar al jefe de personal, Jeff Enger, un hombre delgado de mediana edad y de buen aspecto. Otro político con grandes ambiciones, que

últimamente había hecho que Isabel se preguntara cuánto tiempo le sería leal a su padre antes de iniciar una carrera política propia.

—Tengo los resultados de esa encuesta —anunció Enger.

—Ya era hora.

Su padre la despidió con un gesto de la mano sin mirarla siquiera.

Al salir del despacho, Boyd la alcanzó.

—Escucha, Isabel, si hay algo que pueda hacer para ayudarte a encontrar a Louise, sólo tienes que decírmelo.

Boyd no podía ayudarla. Únicamente Nick Novak tenía los medios para llevar a buen puerto esa tarea.

—Lo tengo controlado, Boyd.

—Es que… pareces preocupada. Si quieres hablar de ello, tengo tiempo.

Isabel le ofreció una sonrisa agradecida.

—Gracias, Boyd —al menos alguien había notado su preocupación —. Cuando Louise se encuentre en casa, a salvo, entonces quizá acepte tu ofrecimiento —le dedicó una sonrisa—. He de tomar algunas decisiones importantes y me vendría bien un amigo.

—Suena serio.

—No te haces ni idea —murmuró al dar la vuelta para marcharse.

Y tampoco su padre.

Capítulo 3

Reconsiderado el trato hecho con Isabel, Nick entró en el cibercafé más temprano que de costumbre, con la necesidad de comprobar su correo electrónico como excusa para visitar a Helen.

No sólo utilizó Internet para ponerse al día con sus amigos de la cadena de televisión, sino también para hacer negocios de verdad. Helen le había creado una página web que en los últimos seis meses le había reportado varios clientes nuevos, incluyendo el industrial con el que acababa de reunirse. La reunión había ido bien, y como pudiera hacer negocios de manera regular con la empresa de ese hombre, no tardaría en salir de la estrechez económica en la que se hallaba.

Un rato más tarde, después de haber cerrado la tienda, Annie Wilder entró a compartir una taza de café y los cotilleos del día. Annie y Helen eligieron una mesa cerca de la ventana. Nick apenas esperó unos momentos para cerrar su correo y unirse a ellas.

—Tienes buen aspecto —comentó al sentarse frente a Annie. Había desterrado su aspecto de niña abandonada y llevaba una falda con vuelo y una cinta brillante para atarse el largo cabello castaño, pequeños detalles que hacían que pareciera más femenina y bonita que de costumbre. «Quizá también ayuda el amor verdadero», pensó.

¿O es que se había maquillado?

La miró boquiabierto el tiempo suficiente para que Helen interviniera:

—Cierra la boca antes de que entre alguna mosca.

—Un poco de proteínas no me vendrían mal —se palmeó el estómago.

—No pienso alimentarte —advirtió ella.

—¿Te lo he pedido?

—Ven a casa conmigo, que yo te alimentaré bien —ofreció Gloria Delgado al detenerse junto a la mesa—. Sé exactamente cómo satisfacer los apetitos de un hombre.

La mujer de pelo oscuro, vestido demasiado corto y tacones demasiado altos era la empleada de Annie. Mientras bebía café, lo miró por encima del borde de la taza de plástico, con ojos retadores.

—Gloria, siempre pensé que eras más mujer de lo que yo podía manejar —rió.

—No lo sabrás con certeza hasta que me pruebes.

Helen carraspeó.

—Annie, ¿le has contado alguna vez a Gloria el fin de semana maratoniano de Nick?

Annie sonrió.

—Por lo general no reconozco ser amiga de un hombre que tiene mujeres entrando y saliendo a todas horas de la noche, una detrás de la otra.

—Mmmm, suena muy interesante —dijo Gloria—. Puede que hasta logres mantener mi ritmo.

Annie bufó y Helen alzó las manos en fingido disgusto. Nick rió, igual que la jovial Gloria. Le encantaba coquetear y a Nick le encantaba eso en ella. Pero era la empleada de su buena amiga, y como tal, siempre la había considerado inabordable.

—¿Qué hay, Nick? —preguntó Annie—. Me da la impresión de que tienes algo en mente.

Les ofreció una versión censurada del plan de encontrar a Louise, con la esperanza de que lo convencieran de que lo dejara. Desde luego, les había explicado que se trataba de algo confidencial.

Ya le había contado a Nathaniel Bishop, su casero y el amor de Annie, la historia completa, incluidos todos los detalles. Nate había parecido divertido y le había ofrecido algo de ayuda práctica en vez de aportarle una excusa para renunciar al plan. A cambio, el otro le

había confesado que estaba trabajando en la idea de plantearle la pregunta a Annie.

—Eres un héroe por ofrecerte a llevar a cabo algo así por alguien que ni siquiera te cae bien —dijo Annie.

—No he dicho que no me cayera bien.

Ella enarcó las cejas por encima de la montura de las gafas.

—Helen me contó que tiraste su tarjeta y que afirmaste no querer saber nada de ella.

Nick miró con ojos centelleantes a la rubia, quien preguntó:

—En todo caso, ¿por qué esa tal Grayson cree que eres el gran experto que puede encontrar a su hermana?

—Por mi actual proyecto de vídeo.

—¿Los números de baile para el Club Undercover?

—He estado recopilando entrevistas de chicos que han huido de sus casas para un documental —martilleó los dedos sobre la superficie de la mesa—. Es un proyecto personal —del que no les había hablado. Vio que sus amigas lo miraban como si le hubiera salido una segunda cabeza—. ¿Qué?

—Bueno, al menos ahora tenemos una cierta idea de adónde vas cuando desapareces durante días o semanas —comentó Helen.

—Y si alguna vez quieres hablar de ello —añadió Annie—, de tu proyecto personal o por qué lo haces, siéntete libre de llamar.

—Y siéntete libre de pedir ayuda si la necesitas —añadió Gloria—. No seas como ella —apuntó con un dedo de uña larga y lleno de anillos a su jefa—. Demasiado obstinada para su propio bien. Mi primo Julio conoce a toda la gente que cuenta por aquí. Sus chicos y él prácticamente viven en las calles.

Detrás de Gloria, Annie hacía una mueca y movía la cabeza.

Sabiendo que Julio era el jefe de una banda local hispana, Nick dijo divertido :

—Lo tendré en cuenta, Gloria, gracias.

—Mmmm —ésta le dedicó una sonrisa triunfal a Annie y repuso—: Algunas personas saben apreciar un ofrecimiento de ayuda. Bueno, he de irme —volvió a centrar la mirada perversa sobre Nick—. Buena suerte, amigo. Y si me necesitas para algo, recuerda que estoy en la guía. Delgado.

Nick le ofreció el dedo pulgar hacia arriba; ella le dedicó un exagerado guiño y se contoneó en dirección a la puerta para salir a la noche, cruzándose con una mujer joven que entraba en el café con vaqueros, una camiseta, gorra de béisbol y una mochila.

Nick volvió a centrarse en sus amigas.

—Escuchad, la verdad es que me gustaría dar marcha atrás —aunque no pensaba reconocer que estaba asustado—. No quiero tener nada que ver con Isabel Grayson, y espero que vosotras dos, al ser mis mejores amigas, me convenzáis de no hacer algo estúpido.

Antes de que Helen o Annie pudieran hablar, la recién llegada depositó la mochila sobre la mesa y dijo:

—¿Quieres dejarlo antes de empezar? No puedes hablar en serio, Nick. Me diste tu palabra, ¡y eres mi última esperanza!

Nick contuvo un gemido.

Por debajo de la gorra de béisbol, Isabel Grayson lo miraba con expresión centelleante, sus ojos ardiendo con un fuego azul.

—Isabel, ya estás aquí.

Nick sonó sorprendido y quizá arrepentido, sin duda porque lo había oído tratar de encontrar un modo de evitar ayudarla.

—Estoy aquí —miró alrededor de la mesa a sus cómplices—. ¿Y vosotras? —la rubia con la que había hablado al dejar la tarjeta para Nick, se incorporó de un salto.

—No te preocupes —dijo Helen—. Ya me voy —agarró el brazo de la mujer más pequeña y la puso de pie—. Las dos nos vamos. Annie, dejemos que solucionen esto.

Isabel esperó hasta que se marcharon para preguntar:

—¿Hay algo que solucionar, Nick? —intentó que su voz no reflejara el desgarro que sentía su corazón—. ¿O ya has tomado una decisión?

—Siéntate, Isabel.

—No quiero sentarme —parecía incómodo, incluso culpable. ¡Bien! —. Quiero salir a las calles a buscar a mi hermana. Nick, por favor.

Si era necesario, se pondría de rodillas y suplicaría. No, no suplicaría. Le haría el sexo oral de su vida. Quizá eso funcionara, ya que el sexo parecía ser importante para él. En ese lugar, en ese instante, cerraría su mente a la humillación y lo haría si creyera que funcionaría.

—Tú y yo juntos —comentó Nick— no es lo más inteligente.

—No hay ningún «tú y yo». No le confiero ningún matiz romántico a esto. No somos más que socios. Tú marcaste las reglas. Yo las acepté. ¡Incluso te demostré que cumpliría mi parte del trato, por el amor de Dios! —él guardó silencio y le pareció que la expresión que mostraba era de tormento. Preguntándose qué diablos se suponía que debía hacer en ese momento, dio marcha atrás—. De acuerdo. No puedo forzarte a venir conmigo. Pero prométeme una cosa —le había dicho a su padre que conseguiría el silencio de Nick, aunque ya no estaba tan segura—. Olvida que alguna vez te vi y te hablé de Louise.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Encontrar a mi hermana.

—Ya lo has intentado.

—Nunca antes había intentado vivir en las calles. Me has convencido de que es lo que tengo que hacer.

—¡No sola!

—No era ése el plan. Pero ¿qué alternativa me dejas?

—Recurre a las autoridades o a un investigador privado, tal como deberías haber hecho en cuanto descubriste que no estaba con ninguna amiga.

Ella movió la cabeza, recogió la mochila y se volvió. Como no había nada más que decir, comenzó a marcharse. Apenas había dado tres pasos cuando él la alcanzó y cerró la mano con fuerza en su brazo.

—No puedes hacerlo sola.

—Probablemente, no.

—Estás loca si lo intentas.

—Probablemente.

—Podrías resultar herida.

Lo miró un momento antes de preguntar:

—¿Qué diablos te importa lo que me suceda?

No respondió directamente.

—¿Estás decidida?

—Desde luego.

Él maldijo en voz baja y, sin soltarle el brazo, fue hacia la puerta.

—Entonces, larguémonos de aquí.

El cambio en la actitud de Nick fue tan súbito, que hizo que a Isabel le diera vueltas la cabeza y los ojos se le humedecieran. Quiso decir algo, agradecérselo.

Al final, guardó silencio, contuvo un sollozo de alivio y dejó que la empujara por la puerta y hacia las calles oscuras que iban a ser su nuevo hogar.

El senador William Grayson miró alrededor de la habitación, a los tres hombres que trabajaban de forma más estrecha con él, y trató de discernir su grado de lealtad en ese asunto.

Sabía que Jeff Enger aún soñaba con dirigir su propia campaña. Perdería. Carecía de carisma. Enger lo sabía tan bien como él, razón por la que seguía en el mismo trabajo una década después, por la que orquestaría su próxima carrera hacia el senado.

El ayudante de Enger, el atractivo y joven Danny McNulty, con el pelo castaño rojizo y los brillantes ojos verdes, era una prometedora personalidad política. En un año McNulty se habría marchado, probablemente para presentarse a un puesto en el ayuntamiento. Existía la posibilidad de que el carismático irlandés llegara algún día a la propia alcaldía.

Y luego estaba Boyd Cummings, que se había hecho amigo de sus hijas y parecía satisfecho con su puesto de enlace con la prensa. Pero Grayson lo había calado… aunque no mostraba su verdadero rostro al mundo, Boyd era el más ambicioso del grupo. Y el más inteligente. No le importaba permanecer entre bastidores y sabía exactamente cómo manipular a la gente para obtener justo lo que quería.

Sí, los conocía a todos, sabía que su lealtad se extendía hasta mantener silenciado lo que él no quería que supiese el público. Y se

hallaba en la situación más potencialmente explosiva que jamás había conocido.

Apoyó los codos en la mesa, adelantó el torso y carraspeó.

—Caballeros, tenemos un problema.

—Supongo que se refiere a Louise —dijo Boyd.

Grayson asintió.

—Y a Isabel. Ha incorporado un riesgo al asunto —explicó el problema, empezando con el motivo por el que Louise se había fugado y terminando con el pasado de Nick Novak con su hija y el modo lamentable en que había terminado esa relación—. No dudo de que Novak busca alguna clase de venganza, de modo que cuanto menos sepa, mejor. Eso significa que necesitamos una solución rápida, caballeros, antes de que averigüe demasiado. Necesitamos solucionar esto antes de que el control se nos escape de las manos.

—Me ocuparé del asunto —prometió Enger.

Como de costumbre.

Grayson sabía que podía contar con su jefe de personal. Podía contar con todos, ya que necesitaban su aprobación y apoyo.

—¿Qué quiere que hagamos?

Grayson explicó con precisión lo que tenía en mente.

—No, no la he visto —dijo Kyle, devolviéndole la foto de Louise a Isabel, quien se la guardó en el bolsillo con cremallera de la mochila.

Kyle era uno de los primeros jóvenes a los que Nick había grabado. Después de inspeccionar detenidamente a Isabel, el chico no se molestó en ocultar su suspicacia. Tampoco sus compañeros, que permanecían detrás, cerca de la estructura elevada del tráfico rápido y los observaban con cautela, como si estuvieran dispuestos a huir para salvar las vidas.

Nick sabía que era algo que quizá tuvieran que hacer antes de que hubiera pasado la noche. Los chicos de la calle eran vulnerables. Blanco de toda clase de depredadores.

—Es mi hermana —explicó Isabel—. Por favor… de verdad me necesita.

—¡He dicho que no la he visto!

Nick pasó un brazo alrededor de los hombros de Isabel y le apretó uno para impedir que insistiera en lo que Kyle pudiera saber. A pesar de lo asustada y desesperada que tal vez se encontrara, podría ahuyentar una pista potencial.

—Bueno, Kyle —comentó con genuina preocupación—, ¿has hablado últimamente con tus padres?

—¿Para qué? —aunque el chico ofrecía una fachada de dureza, no podía ocultar la vulnerabilidad que ocultaba su corazón de dieciséis años—. Es lo mismo de siempre.

Nick asintió.

—Mantén los ojos y los oídos abiertos por Louise, ¿querrás? Tienes mi número —deslizó un billete de veinte dólares en la mano del chico—. Y compra comida de verdad para todos —indicó a los otros—. No drogas.

—Sabes que ya no me meto drogas —afirmó Kyle, mirando con nerviosismo a Isabel.

Aunque Nick sabía que Kyle mentía, sin duda por Isabel, no lo contradijo.

—Haré correr la noticia —prometió el chico—. Si me entero de algo, te lo diré.

—Gracias, Kyle. Y cuando cambies de idea sobre el refugio, házmelo saber también.

—No, me las arreglaré solo.

Sabiendo que lo único que podía hacer era exponerle la oferta, apretó el brazo del chico en gesto de despedida. Luego se marchó por el sendero principal. Isabel se puso la mochila y mantuvo su paso.

—No ha ido lo que se dice muy bien.

—La noche es joven. ¿Pensabas que la primera persona con la que habláramos nos iba a conducir hasta ella? Además, aunque Kyle supiera algo, quizá no hubiera querido soltarlo.

—¿Por qué no? —preguntó, desconcertada.

—Por ti. No confiaban en ti. Pude verlo en sus expresiones.

Ella bajó la vista para mirarse.

—Pero si tengo el mismo aspecto que ellos. Nada de maquillaje, ni el pelo arreglado ni ropa elegante. Por el amor del Cielo, me he

puesto la ropa de Louise.

Nick siguió la mirada de ella y volvió a quedar impactado por lo bien que le quedaban los vaqueros. Como una segunda piel. Una piel que quería tocar y probar.

Con la boca reseca, dijo:

—Tu ropa… está limpia y perfectamente planchada. Y esa mochila llena… —movió la cabeza. En realidad, ella no comprendía que un chico desesperado no tenía tiempo para guardar sus cosas antes de lanzarse a las calles—. Los chicos de la calle calan de inmediato que buscas algo de ellos. Quizá no baste un simple cambio de apariencia.

—¿Y qué quieres que haga?

—Es que se te ve… demasiado perfecta.

—¿Perfecta?

—Quizá pueda arreglarlo —alargó el brazo y pasó la mano por la barandilla llena de hollín. Después de frotarse las manos, apoyó una en el hombro de su camiseta. La calidez que emanaba de ella lo afectó, pero no se apartó.

—¡Eh! —de inmediato Isabel intentó quitarse la mancha.

—Mejor aún —indicó Nick. Trató de soslayar el calor que había fluido por sus venas para centrarse en la entrepierna—. Más natural. Ahora ya no pareces tan perfecta.

—¿Crees que con la mancha será suficiente?

—No. Requiere trabajo mantenerse limpio cuando se está en las calles.

Con suavidad, le rozó la mejilla con el dedo pulgar y se vio sacudido por la sensación que lo recorrió. Necesitó toda su fuerza de voluntad para no ir más lejos y acariciarle el cuello y bajar hasta los pechos. Tensaban la camiseta y no pudo evitar ver el modo en que los pezones se endurecieron ante su contacto.

Pasarse la mano por la mejilla no logró limpiar la mancha que él había dejado allí. A pesar de que casi había oscurecido, pudo ver la mirada centelleante cuando le preguntó:

—Estás disfrutando, ¿verdad?

—¿De esto? —no, ésa era la palabra equivocada, porque cada vez experimentaba más conflictos con lo que hacía. Aunque podía

desearla, no quería forzarla a nada—. ¿Te refieres a tratar de encontrar a una joven con problemas?

—Me refiero a torturarme de paso.

—Yo no lo llamaría «tortura» —repuso, divertido—. Entonces, si quieres…

—No, gracias, paso —caminó con él a lo largo de las vías durante un rato en silencio, luego añadió—: ¿Cuál es la historia de ese chico, Kyle?

—Un mal entorno familiar —Kyle sólo le había pedido que no se pusiera en contacto con sus padres o con las autoridades a cambio de su cooperación—. Su madre está enganchada a las drogas. Conducía el coche con el hermano pequeño de él cuando sufrió un accidente. El pequeño murió, y ella no sufrió ni un rasguño. Nadie descubrió que tomaba drogas y el padre no hace nada para ingresarla en algún centro de rehabilitación.

—¡Qué trágico para todos! —exclamó consternada—. Pero nadie puede obligar a una persona a recibir ayuda. Bueno, quizá la orden de un tribunal.

—El padre podría tratar de convencerla de que ingresara —indicó Nick con tono sombrío—. Kyle afirma que no piensa regresar a menos que las cosas cambien en su casa.

—Y ahora Kyle está en la calle y él mismo se droga.

—Aunque no creo que tan a menudo como antes —comentó él con la esperanza de tener razón—. Reconoció que se metió en las drogas cuando sorprendió a su madre y ella compartió la droga con él para ganarse su silencio.

—¡Dios mío!

—¿Conmocionada? ¿Por qué crees que los niños huyen de sus casas? ¿Porque disfrutan de unas vidas familiares equilibradas y estables?

—Supongo que nunca antes pensé detenidamente en ello.

—Pues empieza a hacerlo —musitó, y luego agregó—: Ya que tú eres una persona que podría lograr que se hiciera algo para que la suerte de estos niños cambiara.

—A través de mi padre, quieres decir.

—¿Qué me dices a través de ti?

—No tengo poder. Y mi padre hace algo de bien, ¿sabes? —indicó, sonando a la defensiva—. Quizá tengas motivos para que no te caiga bien, pero ha hecho mucho por esta ciudad y estado. Y también por este país. Ha trabajado para la reforma escolar, y en los cuidados y la representación legal para las personas mayores.

—Bien. Entonces, debería estar interesado en el creciente problema de los jóvenes que huyen de sus casas.

Isabel guardó silencio. Nick llegó a la conclusión de que ayudar a los adolescentes sin hogar era algo que evidentemente no le interesaba ni a su padre ni a ella. Esos chicos carecían del poder que brinda los votos, en especial los más jóvenes. No la presionó. Esperaría y le haría ver lo desesperada que puede volverse una persona en la calle.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó ella.

—Conozco un par de sitios en Milwaukee Avenue donde suelen parar adolescentes, entre los que hay fugados de sus casas. No llevan etiquetas que los identifiquen. Tratan de encajar con los demás.

—¿Y entonces qué sucede? ¿Qué cambia?

—Ellos —afirmó, invadido por unos recuerdos oscuros.

Capítulo 4

Un escalofrío de miedo bajó por la espalda de Isabel al oír el tono lúgubre de Nick. No tenía miedo por sí misma, sino por Louise, y todos esos chicos que intentaban cuidar de sí mismos y se veían abocados hacia el lado oscuro para lograrlo.

De algún modo, Nick creía que podía ayudar, y algo en ella respondió a esa fe. Su padre rara vez le reconocía cosas, y sólo lo hacía cuando se aplicaba a lo que le beneficiaba.

Pero ¿qué podía hacer para cambiar las cosas?

Se dirigieron hacia las luces brillantes de las Seis Esquinas, donde Nick hacía negocios y vivía. En ese momento la zona se hallaba atestada de gente que entraba y salía de restaurantes y tiendas. Los turistas se mezclaban con la gente del barrio.

Continuaron en dirección sudeste. A poco más de una manzana llegaron a una tienda llamada EyeCandy, una mezcla de local de tatuajes y piercings y boutique de gafas y bisutería. También exhibía una barra donde servían zumos.

Nick apoyó una mano en la espalda de ella y la guió a la entrada. Isabel sintió que se le aflojaban las rodillas al tenerlo tan cerca que casi podía sentir su calor corporal.

Se acomodaron ante la barra y notó que Nick y ella eran los mayores, incluidos los empleados del local.

Miró alrededor y se preguntó si eran chicos con hogares, como la joven que se estaba haciendo tatuar una mariposa en el hombro o el chico que se hacía atravesar la lengua. Apartó la vista.

¡Todos eran tan jóvenes! De hecho, más que Louise. No podían estar solos. En ese momento, Nick le entregó un vaso.

—Por la buena salud —brindó.

—¿Qué es?

—Bébelo. Es bueno para ti. Necesitarás la energía.

Isabel observó con suspicacia el líquido espeso de color indeterminado.

—¿Tengo que beberlo?

Nick la miró en silencio y se bebió su bebida. Con una mueca, pero decidida a que no le ganara, lo imitó.

—Agg. Esto es seguro, ¿no?

Nick enarcó las cejas.

—Dime si sientes algún efecto secundario —luego añadió—: Es hierba de trigo. Te prometo que sólo te hará bien.

La sorprendió descubrir que Nick tomaba productos sanos, algo que ella nunca había hecho. Aunque por el aspecto de su torso y brazos, era evidente que cuidaba su cuerpo. No pudo evitar preguntarse cómo estaría desnudo, una vez que Nick ya era un hombre plenamente desarrollado.

Cuando Nick le quitó el vaso y sus dedos se rozaron, le echó la culpa a la hierba de trigo por el fuego que sintió en las entrañas. Lo vio dejarlo sobre el mostrador.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—Compramos y charlamos —la acercó hacia la chica cuyo tatuaje estaba casi acabado.

Isabel pensó que la mariposa era hermosa y casi viva.

—Un tatuaje te quedaría bien —murmuró Nick sobre su pelo—. ¿Qué te parece un corazón pequeño en el… bueno, en un lugar donde sólo tú podrías verlo?

Los latidos se le dispararon con la sugerencia.

—¿Qué sentido tendría?

—Sería un pequeño secreto para ti… y alguien próximo a ti…

—¿Y quién sería? —preguntó, mirándolo. Al verlo palidecer, sonrió. De pronto comprendió el significado de su presencia en ese lugar, y la tensión que la dominaba cambió de dirección—. ¿Crees que Louise se tatuó aquí?

—¿El senador la desheredaría si se hiciera algo que no mereciera su aprobación?

Aunque su padre podía ser directo acerca de lo que le desagradaba y no titubeaba en emplear cualquier presión a su disposición para conseguir lo que quería, eso se aplicaba a los temas importantes, no a los pequeños como los tatuajes.

—¿Por qué creerías eso? —quiso saber.

—«Por qué» es la pregunta clave. Como en… ¿por qué se marchó Louise?

Sabía que eso iba a terminar surgiendo.

—Ya te conté…

—Nada significativo.

¿Cómo reaccionaría Nick si le contara todo sobre la huida de Louise? ¿Y cómo podía hacerlo si no confiaba en él?

Además, realmente no había decidido qué hacer con la información que podría poner en peligro la estelar carrera política de su padre, que podía poner fin a las buenas cosas que hacía por la gente. El trueque era impensable, la posición en que la había situado, insostenible.

Y Nick tendría que ser su solución.

Aunque una parte de ella temía seguir adelante con el acuerdo pactado, reconocía la excitación subyacente que sentía al estar otra vez con él, de saciarse mutuamente una noche tras otra. Nunca había vuelto a experimentar en el sexo lo que había sentido con él.

Quizá porque habían sido tan jóvenes y atentos el uno con el otro. Quizá porque habían aprendido a explorar sus respectivos cuerpos, a satisfacerse de numerosas maneras antes de haber llegado a acostarse juntos. Tal vez porque habían estado enamorados.

Sea cual fuere el motivo, algo parecido a la sensación de aventura y peligro que había sentido de adolescente al desafiar a su padre para ver al inconveniente Nick Novak había vuelto a apoderarse de ella.

—Bueno, ¿piensas soltarlo o no?

Sintió el aliento de él en la oreja y el hombro pegado en su espalda. Agradeció que la mochila impidiera un contacto corporal pleno. Con un temblor, giró la cabeza para mirarlo y se preguntó en

qué se había convertido Nick. Esperó que fuera un hombre que antepusiera el honor a la venganza, aunque temía lo contrario.

—Luego —repuso, centrando su atención en la artista del tatuaje, que daba los últimos retoques a la mariposa.

—Ya está, encanto, disfrútala —la tatuadora despidió a la joven y se volvió hacia ellos—. ¡Nick! —abrió mucho los ojos oscuros detrás de unas pequeñas gafas—. Al fin has sucumbido a mi talento.

—No, Roberta, buscamos a alguien que ha podido venir la semana pasada —comentó—. Una joven de diecisiete años.

—Aquí no vienen menores —Roberta puso los ojos en blanco.

—Se llama Louise y es una rubia bonita como su hermana, que es esta chica que me acompaña. Échale un vistazo a la foto —pidió Nick, indicándole a Isabel que debería sacarla.

Un momento más tarde, la tatuadora estudiaba la foto y movía la cabeza.

—No. Nunca la he visto, Nick, cariño. Recordaría a una chica tan deliciosa.

Pero Roberta miraba directamente a Isabel, quien se movió incómoda.

—Mantén un ojo abierto y tendrás mi eterna gratitud —pidió Nick.

—¿Es todo? —comentó la joven con un mohín. Miró a uno y a otro con expresión astuta—. ¿Y qué recibo si la encuentro para ti?

—Diría que lo que quisieras, pero te aprovecharías de mí.

Lo dijo con tanta gracia que Roberta le dio un ligero golpe en el pecho y luego pasó las uñas largas por la musculatura del torso.

—Sabes que soy tu rendida esclava.

Un nuevo cliente cortó cualquier posible coqueteo ulterior.

Al trasladarse a la zona de los piercings, Isabel susurró:

—Roberta es bisexual, ¿eh?

—No —repuso Nick en voz baja—. Él sí. Roberta era Robert.

Isabel rió.

—¡Qué lío!

Tenía que reconocer que ella era un poco conservadora. Hasta su padre a veces la reprendía por no ser más abierta.

Recordó que una vez había sido abierta y confiada. Y entonces había conocido a Nick Novak. Y el modo en que terminó aquella

relación la había afectado tan profundamente, que ella misma había cambiado para siempre.

Se marcharon de EyeCandy después de recibir una pista de una chica a la que Nick había entrevistado semanas atrás. Les había sugerido que pasaran por Wicker Park. En la ciudad, había un barrio entero que recibía ese nombre, pero se refería al parque en concreto. Había oído hablar de una chica nueva que en las últimas noches había circulado por allí. Y, por si no tenían suerte, mencionó otro parque cercano.

Mientras caminaban por una calle lateral, Nick pensó que daría un ojo por saber lo que le ocultaba Isabel. Podía insistir en conocer la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Podía informarla de que no daría ni un paso más a menos que le contara todo lo que había sucedido para que Louise huyera. Sin duda Isabel estaba protegiendo a su padre de alguna especie de suicidio político… pero ¿qué? Louise no se había ido porque su padre le hubiera impuesto algunas restricciones. De eso estaba seguro.

Temía que, si le daba un ultimátum, se marcharía para siempre. Se sobresaltó al comprender lo mucho que le molestaba ese pensamiento.

Pero era eso lo que quería, ¿no? Incluso había tratado de obtener la ayuda de Helen y Annie para deshacerse de ella. Entonces, ¿por qué titubeaba? Podría presionar a Isabel hasta que ya no aceptara más ser presionada y se marchara, quedando libre de ella para siempre.

¿O no sería así?

Había necesitado mucho tiempo, años, de hecho, pero al final había creído estar libre. Aunque era evidente que no había acabado con ella, o no iría por ahí con una erección, como un novato que esperara tener sexo por primera vez.

Su primera vez había sido con Isabel. Había tenido dieciocho años y quizá fuera el último chico del instituto en estar con una chica. Habían dedicado semanas a llegar hasta ese punto. Encuentros furtivos en rincones escondidos durante los cuales ella había dejado

que la tocara y también lo había tocado. Habían ardido el uno por el otro y aprovechado cada oportunidad para explorarse.

Isabel había sido la primera mujer con la que había tenido relaciones sexuales.

Quizá ése era su problema, que las primeras veces se grababan de forma especial en una persona. Tal vez en cuanto volviera a tenerla, se convencería de que no era nada del otro mundo.

—Estas calles son algo fantasmagóricas —comentó ella, acercándose un poco a él.

Nick contuvo el aliento. No había terminado con ella, sin importar lo mucho que lo deseara. Pero se prometió que terminaría. Que se la quitaría de la mente.

—No te preocupes. Conmigo estás a salvo —al menos en el sentido literal.

El barrio estaba cuidado, casi limpio, compuesto en su mayor parte por casas viejas levantadas antes de que se hubieran tendido las calles, a principios del siglo XX. Lo que otrora habían sido primeras plantas, en ese momento se hallaban al nivel de la acera, y algunos de los jardines aún seguían «hundidos». Podían ser viejas, pero estaban cuidadas o rehabilitadas, y entre ellas había algunos edificios nuevos. Pero esa manzana no se hallaba especialmente bien iluminada… muchos árboles ocultaban las farolas. Delante, un par de jóvenes, de poco más de veinte años, se apoyaban contra una alambrada de hierro, fumando y charlando.

Eran chicos corrientes, aunque sin duda parecerían amenazadores a una mujer acostumbrada a un barrio mejor. Si esa zona la ponía nerviosa, todavía la esperaba una gran sorpresa. La miró y se dio cuenta de que se hallaba más tensa que de costumbre.

—Ven —dijo.

Algún anticuado sentido de caballerosidad lo impulsó a rodearle la cintura con un brazo y acercarla para hacer que se sintiera más segura.

Debía de gustarle la tortura. Su súbita erección palpitaba con cada paso que daba y le instaba a abandonar la búsqueda y a encontrar

un sitio donde tomarla y acabar de una vez. Imaginó que la penetraba, que la hacía gemir de placer…

Vio un cenador y se preguntó si podría guiarla hasta allí para disfrutar de un momento de intimidad, pero se contuvo. «Más adelante», se prometió. Más adelante la tendría de cualquier modo que le apeteciera, y entonces, el hechizo con que lo había sometido durante tanto tiempo se rompería.

Giraron por una esquina y ante ellos apareció el parque. Una fuente borboteaba cerca de la hierba y media docena de adolescentes se sentaba alrededor de una mesa de picnic que había del otro lado. Isabel aceleró el paso y Nick se mantuvo a su lado. Aún se encontraban demasiado lejos como para distinguirlos con claridad, pero seguramente localizar a Louise no resultara tan fácil.

Al acercarse a los adolescentes, Isabel aminoró el paso y pudo ver que entre ellos no estaba Louise. Luchando contra la decepción, mantuvo la calma y se detuvo a una distancia corta del grupo.

—Disculpadme, estoy buscando a mi hermana —dijo cuando Nick se acercó—. Se llama Louise. Sus amigos la llaman Lulu.

Nick tuvo ganas de cuestionar que ofreciera esa información, pero la miró y decidió callar.

—Quizá tu hermana no te busca a ti —dijo una chica de piel oscura.

Todos rieron.

—No es gracioso —intervino Nick. Reconoció a un par de los chicos. Uno era un joven que había huido de su hogar al que había grabado—. Algunos de vosotros me conocéis, ¿verdad? Puedo avalar a esta mujer. Su hermana no necesita estar en la calle. Pueden solucionarlo.

Isabel percibió el cambio de actitud y de inmediato continuó donde él lo había dejado.

—Louise vino a visitar a una amiga en este barrio hace unos días. Esperaba que aún siguiera por aquí.

Después de sacar la foto, la extendió, pero nadie se la quitó. Una pareja apartó la vista y se puso a besarse como si ella no existiera.

—Sólo quiero que esté a salvo —les dijo Isabel—. Quiero que venga a casa.

—No todos podemos conseguir lo que queremos, ¿verdad?

Eso lo dijo una chica demasiado delgada cuyo pelo claro brillaba con una extraña tonalidad plateada bajo las farolas del parque. Tenía la cara llena de maquillaje que no terminaba de ocultarle los moretones. Extendió la foto en dirección a la joven.

—Quiero a mi hermana y sólo deseo lo mejor para ella. Únicamente te pido que la mires, por favor.

La chica la tomó y la observó un momento.

—Me resulta familiar, pero no ha estado con nosotros.

—¿Pero crees que la has visto? ¿Dónde?

La chica se encogió de hombros.

—No… no puedo estar segura… quizá en el Club Undercover. Los lunes y los jueves abren por la tarde, sin servir alcohol, para los chicos menores de edad.

—¿Conoces el sitio? —le preguntó Isabel a Nick.

—Sí.

Se le renovó la esperanza.

—Si veis a Louise, ¿le diréis que la estoy buscando?

—¿Ofreces algún tipo de recompensa? —quiso saber uno de los chicos.

—Depende de lo precisa que sea la pista —dijo Nick—. Si alguno de vosotros nos ayuda a encontrarla, ¿qué os parece un billete de cien? Nick's Knack… es mi estudio en las Seis Esquinas.

—Lo recuerdo —dijo la chica negra—. Primera planta, encima de El Desván de Annie. ¿Al final has hecho algo con ese vídeo?

—Estoy con las notas de edición —la informó—. Y todavía grabando. Prometo que cuando termine, haré correr la noticia y ofreceré un pase especial a todos los que han contribuido.

«¿Cómo he perdido el control?», se preguntó Isabel.

—¿Habrá comida? —quiso saber la chica delgada.

Isabel sintió un nudo en la garganta al pensar que probablemente tenía hambre.

—Toda la que podáis comer —anunció Nick.

Isabel sacó un billete de veinte del bolsillo, tal como había hecho antes Nick.

—No es mucho, pero te conseguirá algo de comida rápida.

Extendió el billete hacia la joven delgada, quien titubeó sólo un momento antes de quitárselo de la mano. Parecía avergonzada. Apenas era una niña, quince años, quizá más joven. Isabel se preguntó cuáles serían sus recursos si no podía ir a casa.

—Gracias —musitó la joven, con la vista baja.

—Eh, ¿qué hay de mí? —dijo uno de los chicos.

—Compartiré con cualquiera que tenga hambre —ofreció la chica.

Isabel sintió que se le humedecían los ojos. El hambre no era algo con lo que se pudiera bromear.

¿Estaría hambrienta su hermana? ¿Se habría quedado ya sin dinero? Se dijo que Louise disponía de una tarjeta de crédito. Sin duda tendría el sentido común de utilizarla para comprar comida, si no lo hacía para pagar una habitación de hotel.

Al llegar al linde occidental del parque, comentó:

—Mantienes una buena comunicación con esos chicos.

—Nada importante.

—Sí lo es. Es como si… te conocieran.

—Algunos me conocen —le recordó—. Yo también he estado en las calles.

—Grabándoles.

Titubeó sólo un momento antes de repetir:

—Grabándoles.

Estaban de nuevo en Damen, de vuelta a las Seis Esquinas.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—El Club Undercover.

—Pero no es lunes o jueves. No habrá adolescentes.

—Pero conozco al dueño —explicó—. Le hago algunos vídeos para el club.

—Oh. Entonces será una buena fuente.

—No pareces muy entusiasmada.

—Es tarde —estaba distraída, preocupada por los chicos y percibiendo peligro por todas partes—. Estoy un poco cansada, nada más.

—¿Preparada para acabar la noche?

El modo en que lo dijo, con ese tono bajo, le puso la piel de gallina y le resecó la boca. Activó las alarmas en su cuerpo… y en su mente.

—Todavía no —jadeó, imaginando las exigencias que podía plantearle. A medida que se acercaba la hora, los pensamientos sobre la noche que les quedaba por delante se volvían más poderosos—. No hasta que nos quedemos sin pistas.

Convencida de que Nick estaba ansioso por recibir su parte del trueque, Isabel pensó que debería esperar.

Probablemente, esperaba ansioso el momento de humillarla, de ajustar las cuentas. Una parte de ella pensaba que se lo merecía. Reconoció que no debería haber sido tan cruel con él. Pero su parte pragmática se preguntó de qué otro modo habría podido hacer lo que había tenido que hacer.

Lo dejaría disfrutar de su venganza, si eso nivelaba las cosas para Nick.

Y la conduciría hasta su hermana.

Tendría que considerarlo como un trato de negocios. De ésos en los que a menudo se hallaba inmersa por conveniencia política. Aunque jamás le habían exigido algo tan personal.

Pero todo era un intercambio en la política y en la vida… al menos en su vida. Sin importar lo puros que fueran los motivos al principio, nada se hacía hasta que uno no se mostraba dispuesto a transigir. Oyó la voz de su padre en su cabeza… había dicho esas palabras, o unas muy parecidas, demasiadas veces como para que las olvidara.

Consideraría su noche con Nick de ese modo.

Un compromiso. Sensato. De negocios.

Pero tenía que reconocer que la idea de desnudarse con el único hombre que alguna vez había tenido la llave de su corazón no se parecía mucho a un negocio. Su contacto la excitaba. Su voz. El modo en que la miraba. Temía que la noche reservara un desastre. Podría demorarlo un tiempo, pero en lo más hondo de su ser, un anhelo que había enterrado durante años comenzaba a salir a la superficie.

Avanzaban otra vez por Milwaukee cuando él interrumpió sus pensamientos.

—Lulu… ¿por qué no me dijiste que Louise respondía a ese apodo?

—No pensé en ello.

—¿Cuántos detalles más se te han pasado por alto? —preguntó—. Cuanta más información disponga de toda la situación, mejor.

Quería que le contara todo. Sobre su padre.

Lo haría… a su tiempo… Cuando estuviera preparada…

Pero sólo si tenía la certeza de que se podía confiar en Nick para guardar una información secreta que podría arruinar la carrera del hombre que en el pasado había arruinado su relación.

Se movían en círculos y tenía los nervios a flor de piel. Hasta el momento, aguantaba, pero a menos que sucediera algo pronto, era simple cuestión de tiempo.

Se recordó que era sólo cuestión de tiempo que lo condujeran hasta la cría. Se tomó una pastilla que lo tranquilizaría.

Esa joven sería la ruina de todo a menos que la detuviera. Sin duda podría hablar con ella, hacerla entrar en razón. No era necesario que montara tanto escándalo por cosas que en realidad no la afectaban directamente. La convencería de que lo que sabía podía permanecer sólo entre las personas involucradas.

A los adolescentes les gustaba guardar secretos. Estaba un poco asustada, eso era todo.

Con la persuasión apropiada, lo comprendería.

Más le valía…

Capítulo 5

Nick no supo exactamente cuándo notó que los seguían. El sujeto no había sido descarado, no se había acercado demasiado. Había dejado que otros pasaran entre ellos. Pero varias manzanas atrás ya estaba ahí. Era evidente que los había considerado un blanco.

Qué equivocado estaba. No había nadie que se moviera con tanta fluidez como él por las calles. Aunque el individuo no podía saberlo. De modo que si buscaba objetivos fáciles, la mochila de Isabel o su propia cartera, le aguardaba una sorpresa.

¿O habría algún otro motivo para que los siguiera? Quizá debiera averiguarlo con certeza.

—¿Cuánto queda? —preguntó Isabel. En su voz se notaba el agotamiento, probablemente más mental que físico.

—El club está al final de esta calle.

Miró hacia atrás de forma fortuita, casi sin posar la vista en el tipo que los seguía, antes de volver a mirar al frente. No era demasiado grande ni de aspecto intimidador. Tampoco iba muy mal vestido; pantalones y camisa oscuros y una gorra baja para ocultarle la cara.

Podría tratarse de cualquiera.

Convencido de que podría con el otro, buscó una oportunidad para enfrentarse a él en sus propios términos. Poco después, la vio justo delante.

Tomó el brazo de Isabel y le susurró:

—Haz lo que diga y no te resistas.

—¿Qué pretendes?

—Esto.

Se metió en un callejón arrastrándola consigo; se llevó un dedo a los labios y le indicó que se quedara quieta mientras se preparaba para saltar sobre el tipo que los seguía.

—Nick —se quejó con un murmullo.

Volvió a llevarse el dedo a los labios. Luego se aprestó mentalmente. Era fuerte y rápido, pero, lo más importante, había participado en suficientes altercados callejeros como para valorar el elemento de la sorpresa.

La entrada del callejón se convirtió en su punto de concentración. Tenía el cuerpo en alerta… cuando oyó un ruido procedente de atrás. Bastó ese segundo de vacilación para que el tipo que los había estado siguiendo cruzara su camino, y antes de que pudiera verlo bien, chocó con un cuerpo grande y blando que apestaba a alcohol y a otros olores extraños.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —preguntó el borracho mientras agarraba la parte frontal de la camiseta de Nick y trataba de empujarlo contra la pared de ladrillo.

—¡Maldita sea! —apartó al borracho, aferró la mano de Isabel y salió disparado a la acera. Demasiado tarde. Un grupo de jóvenes ruidosos salió de un restaurante y le bloqueó la visión. En algún punto del otro lado, el individuo que los había seguido había sido tragado por algún portal o vehículo. Se volvió hacia Isabel—: Ha desaparecido.

—¿Quién?

—El tipo que nos seguía.

—Entonces no… no imaginaba cosas.

—¿Lo sabías y no mencionaste nada?

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó con tono ofendido—. ¿Por qué no me lo contaste?

—No estaba seguro.

—¿O se debe a que no confías en mí?

Lo empujó en el pecho y trató de dejarlo atrás, pero él la sujetó y la hizo girar en redondo para mirarlo. Estaba irritada y tenía todo el derecho del mundo a estarlo.

—¿Adónde crees que vas?

—A encontrar a mi hermana.

—Pensaba que no podías hacerlo sin mí. Creía que me necesitabas —incluso bajo las farolas, podía ver que tenía los ojos vidriosos, como si tuviera ganas de llorar. Quiso abrazarla, pero eso podría enfadarla más. Trató de relajarla—: Escucha, no es una cuestión de confianza —musitó—. Lo que pasa es que no estoy acostumbrado a consultar las cosas con nadie, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —tragó saliva y parpadeó.

Necesitó toda su fuerza de voluntad para no besar esos labios sensuales y entreabiertos y destrozar la frágil tregua.

—Vayamos al Club Undercover a ver qué tiene que decir Gideon.

—¿Gideon?

—El propietario.

—¿Y amigo personal?

—A veces patrón. No estoy seguro de que tenga amigos.

—Qué triste.

—¿Y tú, Isabel? —preguntó mientras continuaban por la acera. Miró a todas partes, pero no vio ni rastro del tipo que los había estado siguiendo—. ¿Tienes amigos? Quiero decir, amigos de verdad, no aliados políticos o conocidos socialmente correctos.

—Mi compañera de habitación de la universidad… al menos mientras no sale con nadie. Nora tiende a concentrarse principalmente en su pareja del momento. Solíamos ser cuatro las que siempre estábamos juntas e íbamos juntas de vacaciones, pero Cynthia se casó el año pasado y Jennie el anterior. Eso cambió las cosas, aunque supongo que es normal cuando tienes a alguien especial en la vida.

No supo por qué le alegró tanto que no hubiera nadie especial en su vida.

Isabel dejó que Nick la guiara al interior del espacio oscuro, enorme y humeante, que palpitaba con música alta.

—Eh, Nicky, ¿te consigo una mesa? —preguntó una atractiva camarera con el pelo color púrpura.

—Eres muy amable, Mags, pero vengo a ver al jefe, si está disponible.

—Lo averiguaré —Mags alzó el auricular de un teléfono interior.

—«¿Nicky?».

—Mags es muy amigable —explicó.

—Apuesto que sí —se preguntó si lo suficientemente amigable como para haber sido una de las opciones de Nick para la noche si fracasaba con ella.

Aunque poco le importaba.

—Te verá —dijo Mags en ese momento—. Pasa.

—Gracias.

La música los siguió, pero disminuyó de intensidad a medida que bajaban por un pasillo. Nick se detuvo ante una de las puertas y llamó.

Entraron en un despacho moderno, decorado con paredes de color azul y muebles cromados, y el hombre que había detrás de la mesa dijo:

—Pasa.

Gideon tenía el pelo oscuro y peinado hacia atrás, dejando despejado su rostro de un atractivo clásico. Los ojos eran del azul más profundo que jamás había visto Isabel, y parecieron desnudarla e inspeccionarla con atención.

—Nick, me alegro de verte —dijo, aunque la miraba directamente a ella, como si tratara de ver más allá de su disfraz—. ¿Y esta adorable dama es…?

—Isabel Grayson.

Isabel se sobresaltó ante la mención de su apellido.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —susurró—. ¡A solas!

—Un minuto —le dijo Nick a Gideon antes de regresar al pasillo con ella.

—¡Le has dicho quién era! —lo acusó enfadada.

—Tienes que contarle todo lo que sabes si quieres su ayuda —expuso de forma razonable—. ¿Sí o no?

—No si el precio es demasiado alto. ¿En qué estabas pensando? —lo reprendió.

—Gideon es la discreción personificada y guardará en secreto lo que le cuentes —le prometió—. Los medios de comunicación no le interesan más que para publicitar su club. Créeme.

Quería hacerlo. Quería creer que ese Gideon podría ser de ayuda.

—Espero que tengas razón.

—Confía en mí.

Asintió.

—Lo siento —le comentó Nick a Gideon al volver al despacho, seguido a regañadientes por Isabel.

—Sentaos —ofreció el otro—. ¿Queréis beber algo?

—Yo no —dijo ella.

—Yo tampoco.

—Entonces, ¿en qué os puedo ayudar?

—Información —indicó Nick.

—¿Sobre?

—Una chica que podría estar entre los grupos de los lunes y los jueves.

—¿Cuántos años?

—Diecisiete.

—¿Qué aspecto tiene?

—Se parece a mí —le entregó una foto—. Es mi hermana, Louise.

Gideon asintió.

—La vi la otra noche.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Tengo una memoria fotográfica. Jamás olvido una cara.

—¿Puede encontrarla? ¿O conducirnos a alguien que pudiera?

—No hago milagros. Si está en la calle…

Decepcionada, Isabel comenzó a levantarse.

—Bueno, gracias de todos modos.

—Un momento, señorita Grayson —se reclinó en el sillón, con los codos en el reposabrazos y los dedos unidos—. No he dicho que no pudiera ayudarla.

—¿Cómo? —tenía miedo de albergar esperanzas.

—¿Tiene copias de esa foto?

—No, y supongo que debería haber hecho.

—Entonces, para empezar —se adelantó—, puedo hacer copias, pasarlas entre mi personal y decirles que mantengan los ojos abiertos.

—Pero la siguiente noche para adolescentes no es hasta mañana —expuso ella.

—Tal vez no la encuentre antes.

Sin duda tenía razón, y se preguntó cuántos días iba a pasar en compañía de Nick.

Y cuántas noches.

Agitada ante el pensamiento de cómo iba a mantener satisfecho a Nick, asintió.

—De acuerdo.

—Y debería tener copias adicionales para entregar por la calle. Doy por hecho que dispone de un móvil.

—Por supuesto. He de poder recibir llamadas que tal vez sean importantes. Y aún espero que mi hermana me llame.

—Bien, ¿qué es lo que no me está contando? —inquirió Gideon.

Isabel miró a Nick. No pensaría revelarle a ese hombre el trato que habían hecho.

—Louise se ha fugado —repuso él—. Es muy posible que se encuentre en la calle, de modo que es allí donde tenemos que estar.

Gideon asintió.

—Es lógico. Pero también me sorprende.

—¿Qué? —quiso saber Isabel.

—Que alguien de su ambiente esté dispuesta a salir a las calles.

Comprendió que sabía quién era aunque no lo había mencionado. En vista de eso, esperó que Gideon fuera tan discreto como Nick afirmaba.

—Pongámonos manos a la obra —dijo él—. Necesitaré la foto de Louise. Y también el número de su móvil.

Le dio ambos.

Sorprendentemente, Gideon no llamó a un empleado para hacer las copias. Se excusó y dijo que regresaría en unos minutos con lo que necesitaban.

Convencida de que Nick renovaría la discusión, esperó, tensa y expectante. Pero Nick no dijo una palabra. Cuando lo miró, vio que

se hallaba ensimismado, en un lugar al que ella no tenía acceso.

En el instituto solía hacer lo mismo, y en ocasiones resultaba inalcanzable. Nunca se había explicado, simplemente le decía que era un lugar que no querría visitar.

Se preguntó si en ese momento se hallaría en el mismo lugar oscuro.

—¿Te encuentras bien? —alargó la mano y le tocó el brazo.

La sorpresa aleteó por las facciones.

—¿Bien? Sí, claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

Mentía. Pudo verlo en sus ojos antes de que la cautela lo impulsara a ocultar lo que fuera que había sentido.

Antes de que pudiera pensar en el modo de abordarlo, Gideon regresó con copias en color de la foto. Le entregó unas cuantas, que ella guardó en la mochila, después de notar que había añadido una nota que ponía que cualquiera que viera a la joven llamara a su número móvil.

Aún no estaba convencida de usarlas. Anunciar la desaparición de una joven e incluir un número de teléfono que podía ser rastreado hasta su propietaria anularía las precauciones que había tomado. Pero no lo dijo; simplemente le agradeció la ayuda que les prestaba y le pidió que sólo se lo comunicara a los empleados que sabía que serían discretos.

De vuelta en la calle, no supo qué esperar, pero si Nick estaba enfadado con ella, no lo demostraba.

—¿Y ahora qué? —preguntó él.

—¿El otro parque?

—Es una buena caminata.

—Por eso me he puesto zapatos para caminar. A menos que quieras tomar un taxi… —sus palabras murieron bajo la mirada de él.

—No lo entiendes, ¿verdad?

—¿Qué? ¿Vivir en las calles? ¿Cómo podría descubrir alguien que hemos empleado un transporte para ir a nuestro siguiente destino? Podríamos bajarnos una manzana antes del parque…

—Nosotros lo sabríamos —comenzó a alejarse del club—. Y tú seguirías sin entenderlo.

—¿Entender qué? —trató de mantener su ritmo.

—El agotamiento… la frustración… la desesperación —su paso se alargaba con cada palabra—. El miedo de que, sin importar lo que hagas, ahora ésta es tu vida.

Durante un momento, Isabel se imaginó que era una chica fugada.

—De acuerdo, caminaré. Estoy caminando.

Y seguiría caminando hasta caer si ello la ayudaba a encontrar a Louise.

Y de pronto se dio cuenta de que ésa era su oportunidad de hacer algo positivo por la comunidad. Nick lo hacía, trataba de que la gente cobrara conciencia de lo que era estar en la calle para esos chicos…

Entonces, ¿por qué no podría ella?

Él dominaba la cámara de vídeo, ella la pluma. Bueno, un ordenador.

Después de haber trabajado durante años para su padre, disponía de muchos contactos en los medios de comunicación. Sin duda alguien estaría interesado en un artículo sobre jóvenes que huían de sus casas, en especial si estaba escrito desde ese lado de la calle.

El entusiasmo se convirtió en culpabilidad al pensar en Louise. No era su intención utilizar la situación de su hermana en su propio provecho.

En ese momento, su único objetivo debería ser encontrar a Louise.

En cuanto al futuro de su hermana, no sabía qué sería mejor. Tal vez que se fuera a la universidad en otoño, ya que la alejaría de sus padres y le brindaría tiempo y espacio para averiguar quién era. Y hasta entonces, estaba dispuesta a proporcionarle un alojamiento alternativo si con ello la traía a casa.

—Un penique por tus pensamientos —ofreció Nick.

—Un penique ya no compra gran cosa.

—Pareces agotada. No falta mucho.

La rodeó con un brazo como si intentara ofrecerle apoyo. Agradecida, se reclinó en el calor que emanaba de él y, durante un momento, imaginó que eran una pareja corriente que daba un

paseo. Cuando las lágrimas cayeron de sus ojos, comprendió lo cansada que estaba. Se las secó con mano temblorosa.

—Si no conseguimos ninguna pista sólida, podemos parar —le apretó con ligereza el hombro.

—¿Y dormir en el parque? —preguntó con ligereza, temiendo la respuesta.

—Esta noche, no.

—¿Dónde, si se puede saber? —quiso saber, imaginando que cedería y diría que podían ir a su estudio.

—En un edificio abandonado que van a rehabilitar.

Al oír esas palabras, se le formó un nudo en su estómago.

—¿No estará cerrado con tablas? —en su cabeza danzaron visiones de ratas y otras criaturas no deseadas.

—Eso no será ningún problema.

Daba la impresión de que ya había hecho eso con anterioridad, lo cual era ridículo, desde luego.

—Escucha, Isabel, acerca del hombre que nos seguía —comentó, sacándola de sus pensamientos—. No llegaste a verlo, ¿verdad?

En un arrebato de paranoia, miró por encima del hombro y se sintió aliviada al comprobar que la calle a su espalda se hallaba vacía.

—No, en realidad, no. Esa gorra le ocultaba el rostro. ¿Qué pasa con él?

—Es posible que no fuera a robarnos.

—¿Qué, entonces?

—¿Por qué se fugó Louise?

—Te dije…

—Sé lo que me dijiste. Nada concreto.

—Piensas que el hombre que nos seguía tiene algo que ver con Louise.

—Como no quieres ser sincera al respecto, creo que tú estás mejor capacitada que yo para juzgar eso.

—¿Un periodista? —aunque la idea de que un periodista pudiera haber olido una historia y haberla seguido le resultó improbable.

Ese parque resultó una gran decepción comparado con el primero. La única persona que había allí era un viejo tumbado en un banco,

con una bolsa negra con sus posesiones bajo la cabeza y otra a los pies. Lo interrogaron brevemente, pero si había visto a alguien parecido a Louise, no lo dijo.

Llegaron a la conclusión de que lo mejor sería realizar un reconocimiento por la mañana. Nick la condujo al edificio abandonado, situado a unas manzanas de allí. Isabel intentó no pensar en lo que le podía reservar la noche.

Capítulo 6

Cuando llegaron al edificio en cuya fachada se veía un letrero de «se vende», pareció más acogedor de lo que Isabel había temido. Aunque su imaginación había poblado el lugar con ratas y cucarachas, daba la impresión de estar bastante limpio.

Mientras permanecía de guardia con la mochila y la bolsa de comida rápida que Nick había comprado de camino, él había dado la vuelta, abierto una ventana y luego la puerta frontal para dejarla pasar.

En ese momento se hallaban en lo que probablemente había sido una antigua recepción, apenas iluminada por la luz de las farolas que penetraba por las ventanas sucias. No había ningún mueble, simplemente un mostrador detrás del cual dio por hecho que en el pasado había habido escritorios.

Sacó la linterna que había metido en la mochila, la encendió e iluminó el suelo. Un poco de escayola. Polvo. Nada horrendo.

El olor de los tacos que había comprado Nick le llegó a la nariz e hizo que el estómago vacío le crujiera en señal de protesta. Estaba famélica. Pero también demasiado nerviosa como para pensar en comer.

—¿Crees que algún guarda comprueba el edificio por la noche?

—¿En un lugar tan pequeño como éste? No lo creo.

—Entonces, es más que probable que no estemos solos —murmuró al detenerse en una puerta y mirar en la siguiente habitación.

Vacía.

—¿Buscas compañía? —preguntó él.

—Creía que la posibilidad de encontrarnos con algunos chicos de la calle era el motivo de que viniéramos aquí —de lo contrario, podrían haber ido a casa para empezar otra vez al día siguiente—. Pensé que querías estar en un sitio donde Louise, o alguien que la hubiera visto, pudiera aparecer.

Y estaba la posibilidad de encontrarse con alguien realmente peligroso.

—Correcto —convino Nick—. Pero nunca puedes estar seguro de a quién te encontrarás ni dónde.

Parecía divertido, lo que la irritó. La situación no tenía nada de divertida… dormir en un edificio abandonado, especialmente después de haber aceptado mantener una conducta inapropiada con él.

Conducta inapropiada. Parecía el título de una película. O un veredicto impuesto por un tribunal por haberse comportado como una bruja cuando rompió con él.

Estaban solos y era tarde. Se sentía tan cansada, que los ojos le pesaban. Si se demoraban más, terminaría por quedarse dormida, lo cual podría irritar a Nick lo suficiente como para que la abandonara.

No podía permitirlo. Tendría que proporcionarle la noche de su vida. Se humedeció los labios y luchó contra la corriente de excitación que la recorrió al pensar en la posibilidad de volver a hacer el amor con él.

Recordó la primera vez. Su primera vez. Nick había sido muy gentil. Paciente. Cariñoso. El corazón le dolía por lo inocentes que habían sido.

Pero hacía años que ninguno de los dos era inocente, no desde que la manipulación de su padre empañara el amor que habían compartido.

«Piensa en trabajo. Nada personal», se dijo.

—Elegí este lugar porque pensé que sería seguro —comentó él, yendo hacia otra puerta—. Y porque supuse que las cañerías todavía funcionarían.

—Qué considerado —musitó ella, pero agradecía la perspectiva de disponer de agua corriente, aunque estuviera fría—. ¿Dónde vamos a… acomodarnos para pasar la noche?

Intentaba evitar la palabra «dormir». Además, dudaba de que llegaran a dormir mucho.

—Yo elegí el edificio. Ahora te toca a ti. Donde tú creas que vas a estar más cómoda.

—No estoy cómoda. No lo estaré hasta que todo se resuelva y vuelva a reunirme con mi hermana —aunque esa reunión no arreglaría las cosas. Pero sería un punto de partida.

—¿Podrías decidirte? Me gustaría comer antes de que la comida se enfríe.

—Comer. Sí —murmuró y recorrió la zona con el haz de luz de la linterna. Como si no tuviera cosas más importantes en la cabeza—. ¿Qué te parece ahí?

Había indicado un cuarto interior lejos de la calle, pero aún cerca del cuarto de baño.

—Gracias a Dios —susurró Nick, encontrando lo que parecía un embalaje de madera detrás del mostrador, que llevó al cuarto más pequeño.

A regañadientes, Isabel lo siguió.

En el centro de la habitación, Nick sacó algo del interior de la caja y la convirtió en una mesa, sobre la que depositó la bolsa con la cena. Luego extendió la manta que había extraído de la caja de madera.

—¿Quieres que nos sentemos en eso?

—Mejor que el suelo.

—Pero ¿quién sabe dónde ha estado?

—A mí me parece bastante limpia —se encogió de hombros.

Antes que discutir, Isabel apagó la linterna y de la mochila sacó unas cosas que había llevado para la noche. Una sábana limpia, una almohada hinchable y un par de velas, que encendió y depositó sobre la caja.

—Desde luego, has venido bastante preparada —comentó él al extender la sábana encima de la manta.

Físicamente, sí, estaba preparada. Pero en lo más hondo de su ser, desconocía si alguna vez estaría preparada para la situación en la que se había metido.

Los ojos de Nick se habían adaptado lo suficiente como para poder ver los movimientos espasmódicos de Isabel mientras luchaba con los bordes de la sábana. Tuvo ganas de decirle que no se preocupara, que él había dejado allí antes la manta, cuando Nate le dio la llave del edificio, ya que era propiedad de él. Pero no quería que supiera que había preparado las cosas para facilitarle la vida en las calles. Quería que aprendiera de la experiencia. Quería que supiera lo que él había sentido al estar en la calle, sin nada ni nadie a quien poder recurrir.

Quería que hiciera algo al respecto.

Pero al ver lo tensa que estaba, no pudo soportarlo.

—Vamos, siéntate. Come. Te sentirás mejor con el estómago lleno.

—Probablemente me produzca acidez.

—Siempre viendo el lado bueno de las cosas.

—Esta situación no tiene ninguno —afirmó ella.

—Cambiarás de parecer cuando encontremos a Louise.

—¿La encontraremos?

—Si hubieras pensado que iba a ser fácil, no habrías recurrido a mí —había pensado mucho en el tema, y tuvo que preguntarlo—. ¿Por qué recurriste a mí, Isabel?

—Ya lo sabes.

—En realidad, no, no lo sé.

Y ella no parecía inclinada a esclarecérselo. La luz de las velas titilaba y proyectaba haces plateados sobre su cabello. Casi parecía… inocente. Y desdichada. Le extendió un taco envuelto en papel.

—Toma, come.

A regañadientes, lo aceptó y le quitó el envoltorio. Luego dio un mordisco tentativo.

—Mmm, sabe bien.

Nick sonrió. Isabel se lamía los labios como si fuera lo más rico que hubiera probado jamás.

—Cuando tienes hambre… hambre de verdad, después de días de no haber comido nada, cualquier cosa te sabe a manjar.

Con la boca llena con el resto del taco, ella farfulló:

—Menos mal que nosotros no sabemos lo que es eso, ¿verdad?

Nick evitó responder. Le entregó otro taco, que Isabel atacó con tantas ganas como el primero. La observó, hipnotizado por el modo en que mordía la comida, el brillo de sus labios y cómo sacaba la lengua para limpiarse la grasa de la comisura de la boca.

De pronto, preguntó:

—¿Qué es lo que quieres de la vida, Isabel?

—¿Qué? —tragó el trozo que masticaba—. ¿Estás de humor para una pregunta filosófica?

—Sólo me preguntaba en qué clase de persona te has convertido —la clase de persona que había sido en todo momento. Porque la verdad era que no la había conocido en absoluto.

Ella dejó de comer y lo miró.

—¿Quieres decir si soy como mi padre? Sí, en algunos sentidos, lo soy.

—No hacía falta que me dijeras eso. Ya lo había descubierto.

—No me refería a eso, Nick.

—¿A qué?

—Al modo en que rompí contigo. Te refieres a eso, ¿no?

—¿Piensas que es lo único que tengo en la cabeza?

Ella frunció el ceño.

—Bueno, teniendo en cuenta las circunstancias… quizá.

—¿Qué circunstancias?

—Que vamos a… mmm… que voy a… bueno, el trato que hicimos y todo eso.

«Olvida el maldito trato. Sé sincera conmigo. Es lo único que busco de ti», pensó él.

¿Quién era el mentiroso en ese momento? Por supuesto que quería más. Pero no llegaría hasta el final del trato, no la usaría, aunque ella lo hubiera utilizado en una ocasión.

—De acuerdo —aceptó al final—. Reconozco que he pensado algo en la última vez que nos vimos.

Isabel permaneció muy quieta. Cuando habló, lo hizo en un murmullo.

—Lamento haber sido tan cruel.

Nick quedó sorprendido. Lo último que había esperado era una disculpa.

Recordó aquella noche desesperada en que había ido a buscarla para decirle que estaría un tiempo sin verlo. La había encontrado con sus amigas y al intentar ir a un aparte con ella, se había reído de él, le había dicho que había sido un experimento y que ya se había aburrido. No sólo lo había echado, sino que le había clavado una estaca en el corazón.

—¿Por qué, Isabel?

—No importa.

—¡Claro que importa!

—He dicho que me equivoqué. ¿No te basta eso?

¿Bastarle?

—¡No!

—Te hice un favor —repuso, incapaz de mirarlo—. No teníamos ningún futuro juntos y yo lo sabía. Diablos, tú lo sabías. Tenía dieciséis años, era demasiado joven para una relación seria. Y tú ibas retrasado en el instituto.

—Lo que tu padre odiaba —Grayson lo había considerado inútil sin conocer las circunstancias—. Estoy seguro de que me menospreciaba cada vez que le surgía la ocasión.

—Sí, mi padre odiaba que fueras retrasado un año, igual que odiaba cada vez que desaparecías. No puedes culparlo por no querer que su hija estuviera con un chico al que no consideraba estable.

—¿Eso sentías tú?

Apartó la vista.

—Estabas a punto de graduarte —continuó Isabel— y hablabas de no ir a la universidad…

—¡La universidad no lo es todo en la vida! Además, hace falta dinero para ir a la universidad.

—Pues al final fuiste, ¿no?

—Con el tiempo —respondió después de estudiar su perfil perfecto.

Alguien con todos los privilegios en la vida no tenía ni idea de lo que mentalmente había necesitado para estudiar. Ésa había sido la parte más difícil… creer lo suficiente en sí mismo como para recibir una educación.

—Pero por aquel entonces, te habrías quedado por mí —musitó ella.

—¡Te amaba! —exclamó.

—Lo siento.

¿Lo sentía? ¿Que la hubiera amado o cómo habían terminado las cosas?

—Era lo mejor que podía hacer por ti. Rompí contigo del único modo que se me ocurrió.

—Me dejaste ir. ¡Me echaste de tu lado!

Al marcharse aquella noche, sólo se había llevado humillación y el corazón roto. No le había importado lo que pudiera sucederle. Había hecho cosas para sobrevivir que ella jamás entendería.

Era un hombre distinto del que podría haber sido.

Y en ese momento, trataba de convencerlo de que lo había destruido por su propio bien.

El silencio súbito la heló. Sintió un nudo en la garganta.

De algún modo, en vez de aplacarlo con una disculpa, lo había enfurecido de un modo que no habría podido prever. Lo sentía en su mirada, en su cuerpo. Apenas respiraba, como si el aire que la rodeaba estuviera contaminado y no quisiera que lo envenenara.

Necesitaba un respiro.

—Yo… mmm… he de usar el baño —dijo.

Se puso de pie, recogió la linterna y salió de la habitación. Al llegar al cuarto de baño, cerró a su espalda.

Se había guardado el móvil en el bolsillo y pretendía llamar a su padre, tal como le había prometido. Tiró de la cadena y abrió un grifo para que Nick no la oyera.

—Soy yo —susurró cuando su padre respondió—. Aún no hay rastro de Louise.

—¿Puedes contar con Novak? —exigió saber.

—Si alguien puede encontrarla, ése es Nick —repuso, preguntándose ella lo mismo. En el pasado, habría conocido la respuesta—. ¿Cómo se encuentra mamá?

—Diría que lo lleva mejor de lo que nadie habría esperado. Aunque Natalie jamás ha permitido que alguien compartiera sus sentimientos.

Isabel se preguntó si eso lo incluía a él, su marido.

Nunca había entendido la relación de sus padres, no recordaba haber visto una muestra de afecto entre ellos. A menos que se hallaran ante las cámaras, desde luego. Entonces eran unos actores consumados.

—A propósito —continuó su padre—, ¿dónde estás ahora?

—No te preocupes. Estoy bien.

Le dio algunos detalles de la búsqueda y aceptó volver a informarlo al día siguiente. Pero al colgar se dio cuenta de que su padre no le había preguntado cómo se encontraba ella.

Tampoco la sorprendió. Como siempre, simplemente daba por hecho que sería capaz de encargarse de las cosas.

Pero no estaba tan segura de ello. Ya no. No con Nicholas Novak, su talón de Aquiles.

¿Por qué se había disculpado con él? ¿Y por qué la disculpa lo había enfadado tanto? No pudo imaginar su reacción si le contara toda la verdad.

Y en ese momento tenía que acostarse con él.

Respiró hondo, abrió la puerta y regresó a su lado.

En el improvisado dormitorio, Nick la miró con ojos que parecían focos de oscuridad a la luz de las velas.

No podría soportarlo. Realmente, no podría. ¿Cómo diablos se suponía que iba a tener sexo con un hombre que parecía odiarla?

No era nada personal. Al menos, no había ninguna emoción involucrada. ¿Qué había cambiado? ¿Por qué la miraba de esa manera y por qué ella sentía como si fuera a explotar?

Cerró los ojos e hizo acopio de sus energías para llevar a cabo lo que había que hacer.

Pero cuando los abrió y vio que Nick aún la observaba, le costó hablar.

—¿No vas a desvestirte?

—Pensé dejártelo a ti.

—¿Tendré que ponerte de pie para poder hacerlo?

—Me apiadaré de ti —se incorporó.

Isabel no estuvo muy segura de eso. Cuando Nick se detuvo directamente delante de ella, quiso golpearlo por confundirla de esa manera.

Y con igual intensidad, tuvo ganas de besarlo.

El pensamiento la dejó consternada. Un beso era algo muy personal. Demasiado emocional. No podía besarlo y luego seguir adelante.

Le sacó la camiseta de los vaqueros. Con los dedos le rozó los abdominales, duros como rocas, y vio que él contenía el aliento.

—¿Tienes mucha experiencia desvistiendo a hombres? —quiso saber él.

—La suficiente.

—Imagino que los otros llevarían trajes. Y corbatas. Y camisas con botones pequeños que…

—¡Para! Por favor —le levantó la camiseta y él alzó los brazos. Aun así, tuvo que acercarse más para quitarle la maldita prenda—. ¿Tenemos que hablar? —se atragantó cuando los pechos le rozaron el torso ya desnudo—. ¿No podemos hacerlo y nada más?

Él titubeó sólo un momento antes de replicar:

—Supongo que realmente puedes.

No tenía ni idea de lo que podía significar eso. Por suerte, una de las velas se había apagado, de manera que no podía verlo muy bien. Hacerlo en la oscuridad la ayudaría a mantenerse desapasionada.

Pero desvestir a un hombre no se lo ponía fácil, sin importar lo rápida o clínica que tratara de ser. El sonido de la cremallera pareció reverberar por el edificio abandonado. Resultó especialmente complicado quitarle los calzoncillos, ya que el pene prácticamente saltó a su mano. Al mismo tiempo, oyó que él emitía un sonido profundo.

También ella contuvo el aliento al rodearlo con dedos trémulos. Él emitió otro sonido, pero era evidente que intentaba guardar silencio, contenerse de disfrutar demasiado.

Aceptó el desafío, deslizó la mano por toda la extensión de Nick con agónica lentitud hasta que lo hizo gemir en voz alta. Su respuesta fue instantánea. Los pechos se le contrajeron, las puntas se le endurecieron y marcaron la tela que los contenía. Y con cada caricia, la sensación se extendió y ahondó hasta que ella estalló en llamas.

Como si lo supiera, como si pudiera oler su calor, Nick gimió y alargó las manos hacia ella. Le desabrochó los vaqueros, metió la mano dentro y la probó a través de las braguitas, que no tardaron en mojarse bajo los dedos.

—Estás preparada —susurró, bajándole los vaqueros hasta los tobillos.

Pensó que podría tomarla allí mismo, pero se agachó y le quitó los zapatos y los calcetines; luego. la liberó de los vaqueros, sin dejar de acariciarle las pantorrillas y las piernas, hasta que cedieron y cayó a su lado.

Se arrodilló en la sábana y se quitó la camiseta. Él estaba tumbado bocarriba, con una rodilla ligeramente levantada. Apenas podía verlo, pero los destellos de la vela le mostraban suficiente cuerpo masculino como para no poder evitar estar excitada.

Además, en una ocasión lo había amado.

Cerró los ojos y lo tocó, empezando por las rodillas y subiendo, al tiempo que evitaba esa parte de él que iba a tener que satisfacer.

Nick también la tocó. Posó la mano en su cadera y bajó hasta que se encontró con las braguitas.

—Olvidaste una cosa —murmuró.

—No lo olvidé.

—Siempre te gustó hacer las cosas de la manera más difícil.

Una referencia al pasado, justo antes de que llegaran a hacer el amor. Ella se había negado a quitarse las braguitas, de modo que él primero había usado los dedos y luego la boca a través de la tela para provocarle un orgasmo. De pronto, con sólo recordarlo, se sintió temblorosa y un poco mareada.

El recordatorio y la mano de Nick, apoyada todavía sobre la piel cubierta por el satén, dispararon sus hormonas, más potentes que cualquier duda o sensación de humillación.

Se sentía excitada y encendida, y lo que quería era la satisfacción de conocer a Nick como hombre, y dejar que él la conociera como mujer. En el pasado apenas habían sido más que niños. Niños en la oscuridad que habían aprendido el uno con el otro sobre la sensualidad. En ese momento tenían experiencia, y el resultado de hacer el amor sería devastador.

Una sensación almibarada fluyó por sus venas y su núcleo femenino palpitó por la fricción de la mano de Nick.

Respiró hondo, se inclinó y le pasó la lengua, empezando por la parte interior del muslo, pasando al lado del pene y subiendo por su estómago. La piel cálida que le rozó la mejilla se estremeció levemente y el calor húmedo que tenía entre las piernas se intensificó.

Cerró la mente a las objeciones anteriores, a los deseos no realizados del corazón. Tenía necesidades sin satisfacer desde hacía mucho tiempo y no se le ocurría alguien mejor para ocuparse de ellas.

Él estaba duro.

Ella preparada.

Tenían un pacto.

Y pensaba aprovecharse de eso durante una noche que ambos iban a recordar.

Se quitó las braguitas y se puso a horcajadas sobre Nick, dándole la espalda. El líquido se condensó en su entrada al frotar la punta del pene con los dedos y mover el trasero de forma que se abrió sobre él.

Nick le acarició las nalgas con las manos y las apretó con suavidad, pero aparte de ese sutil estímulo, no hizo nada para forzarla. Era como si le dejara tomar la decisión final, sin saber que ya estaba tomada, que no tenía elección. No habría podido detenerse aunque lo hubiera querido. Y no lo quería.

Con agónica lentitud, Isabel apoyó las manos en los muslos y descendió sobre él, introduciéndolo en su interior, centímetro a centímetro. Gimió y lo sintió arquearse hacia ella para penetrar más hondo.

Permaneció quieta con él dentro, recordando la última vez que habían estado juntos. La primera vez que había estado con un hombre. Todo había sido tan diferente entonces… Había estado loca, profundamente enamorada.

El corazón le palpitó con fuerza, pero se dijo que se debía a la excitación, al impulso ardiente del momento.

Levantó una mano de un muslo, la deslizó debajo del pene y levantó el trasero hasta que la húmeda abertura apenas le cubrió la punta. Entonces subió y bajó los dedos por la erección lubricada con su propia humedad, hasta que la sensación obligó a Nick a moverse, a tratar de volver a enterrarse en ella. La sujetó por las caderas y subió hasta que le hizo perder la sensación de control.

Ella simplemente lo cabalgó, en busca de ese esquivo estado que la liberaría de la creciente tensión.

—Déjame —pidió él, alargando la mano para insertarla entre ambos.

Con la primera caricia sobre el clítoris, le dejó libertad y volvió a adelantarse para apoyarse en sus muslos, justo encima de las rodillas. La presión creció deprisa y tembló en lo más hondo de su ser. Perdió sus últimas inhibiciones. Liberada del pensamiento, sólo quería alcanzar el orgasmo. Quería hacerlo gritar de placer. Pero el ritmo estaba más allá de su control.

Era como una carrera hasta la meta… Su pasión se desató y gritó. Entonces, oyó la voz de Nick uniéndose a la suya y sintió el chorro de su esencia inundarla al alcanzar al unísono el clímax.

Isabel sintió como si un dique emocional se hubiera roto dentro de ella. Estaba demasiado débil para hacer algo al respecto, así que dejó que él la levantara y la tumbara a su lado.

Todo era perfecto… salvo que era consciente de la situación.

Habían disfrutado de un buen sexo, pero eso no significaba nada. Se recordó que había aceptado un trato. Y con eso debería contentarse. No obstante, no pudo evitar anhelar algo más, a pesar de que sabía que los cuentos de hadas y los finales felices no existían.

Acurrucada en los brazos de Nick, escuchando su respiración regular al quedarse dormido, se dio cuenta de una gran ironía.

A diferencia de la última vez que habían estado juntos, en esa situación tendría la entusiasta aprobación de su padre.

Capítulo 7

El senador William Grayson miraba por la ventana del dormitorio hacia la oscura noche de Chicago, como si pudiera adivinar dónde se escondía Louise.

Como no pudiera detenerla, podría estropearlo todo.

En lo más hondo, temía que algún reportero llegara hasta ella antes que él, y entonces una vida entera de duro trabajo, entrega y sacrificio, quedaría desvanecida en un abrir y cerrar de ojos. Jamás había pretendido destrozar su mundo, pero había sucedido. Ella no había sido capaz de mantener las narices fuera de lo que no le concernía, y terminaría por lamentarlo para siempre.

La culpabilidad amenazó con llegar hasta sus entrañas, pero de inmediato desterró la sensación desconocida.

La culpabilidad era para los débiles y él no era un hombre débil. Los últimos treinta años eran prueba de ello.

Experimentó dolor en el pecho. Se lo frotó y luego fue a la cómoda en busca de los antiácidos.

Isabel lo arreglaría. Necesitaba mantener la calma. Isabel siempre había arreglado las cosas. La había entrenado bien desde que era una cría que le llegaba hasta las rodillas y anhelaba su atención. Se recordó que haría cualquier cosa por él. Cualquier cosa para ganarse su cariño.

Además, era digna hija de su madre, y si había algo que sabía hacer bien su madre, era poner buena cara ante el mundo.

—William, ¿qué haces a estas horas?

—Preocuparme.

—Pues no lo hagas. Ven a mi lado que yo mejoraré las cosas.

—Si fuera así, Amber.

—De acuerdo, las mejoraré por el momento.

Se levantó de la cama, fue a su lado y se arrodilló delante de él.

Amber siempre había hecho que olvidara sus problemas, aunque sólo fuera momentáneamente.

Nick despertó al amanecer con Isabel pegada a él, profundamente dormida.

Se quedó quieto, temeroso de moverse, de tocar a esa mujer tentadora y no tener bajo control la erección de la mañana.

Pero era irresistible, con los labios sensuales entreabiertos y la…

«Dios… por favor, otra vez no», se dijo. «Tres veces en dos horas es suficiente. Más que suficiente».

Con ella, había experimentado el mejor sexo que jamás había tenido. Y pensar que había albergado la loca idea de que, si se acostaba una vez más con esa mujer, se la quitaría de la cabeza después de tantos años…

Además, y aunque no quería explorar la causa muy detenidamente, reconocía que mientras su cuerpo anhelaba más, en su interior no se sentía tan bien después de la experiencia.

Trató de concentrarse en el vídeo musical que tenía que empezar a grabar para el Club Undercover. Pero su idea de emplear imágenes de la ciudad por la noche sólo le recordaba a Isabel.

Era una pena que el edificio no tuviera ducha. No le iría mal tomar una fría. Con un gemido, se arriesgó a despertarla y se separó para levantarse. Pero Isabel permaneció profundamente dormida. Agradeció que al menos hubiera agua fría mientras abría el grifo del fregadero. Pasó las manos y los brazos bajo el chorro, luego agachó la cabeza y se mojó la cara, el cuello, el pelo, el pecho. No dejó de mojarse más y más abajo hasta que el frío le devolvió el control.

«¿Y ahora qué?», se preguntó, sabiendo que un vistazo al cuerpo desnudo volvería a excitarlo.

Evitaría mirarla. Recogería su ropa, se vestiría y esperaría en otra habitación.

Pero no tuvo que preocuparse por eso. Cuando regresó al dormitorio temporal, ya estaba levantada, y en ese momento le daba la espalda mientras se subía la cremallera.

—Buenos días —murmuró, contemplando su trasero al tiempo que sentía el retorno de una erección.

—Buenos días.

Ella lo miró, se sobresaltó y movió la cabeza para ocultar la cara detrás de un telón de pelo. De modo que su desnudez la perturbaba. Adivinó que había recibido más de lo que había pedido, como le había sucedido a él.

—Vuelvo enseguida —musitó, recogiendo la mochila y dejándolo allí de pie.

Un momento más tarde, Nick oyó correr el agua. Se preguntó si estaría lavándose o enfriándose como había hecho él. Lo dudó. Se recordó que era ella quien creía en la conveniencia.

Cuando regresó con una camiseta limpia, el pelo cepillado y recogido otra vez en una coleta, él estaba vestido.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—Buscamos a tu hermana.

—¿Y el desayuno?

—Supongo que podemos tomar un café y algún sándwich en un sitio de comida rápida. Pero será mejor que cuides tu dinero —le advirtió—. Cuando te lo hayas gastado, te quedarás sin nada.

—¡Puedo sacar de un cajero! —exclamó.

—Que no utilizarás, si quieres mi ayuda.

—Tienes muchas reglas —comentó boquiabierta.

—Es mi juego.

—Eso es lo que representa Louise para ti… ¿un juego?

—La búsqueda en sí es un juego —al menos el modo en que hacía que ella lo jugara. Pero jamás se tomaba la seguridad de una persona a la ligera, y menos cuando esa persona era demasiado joven para arreglarse por sí misma. Pero Isabel ya era mayorcita.

—Bueno, entonces diría que eres un condenado… —respiró hondo y continuó—: Olvídalo. Vámonos.

Se preguntó qué había estado tentada a llamarlo. ¿Tirano? ¿Canalla? ¿Cómo podía culparla cuando desconocía por qué la torturaba? Sin duda, daba por hecho que se trataba de una especie de venganza, y quizá así fuera. Pero no del modo que ella creía.

Isabel no tenía ni idea de por qué deseaba todavía a Nick, pero era verdad. Aceptaba todo lo que le planteaba. Intentaba convencerse de que lo hacía por Louise.

«¡Mentirosa!», exclamó su voz interior. «Lo haces por ti, porque lo que hubo entre Nick y tú jamás se aclaró».

Cierto. Su padre le había arrebatado la oportunidad. Pero Nick no tenía ni idea de lo que realmente había pasado. Y no sabía si alguna vez podría contárselo. Si alguna vez podría concederle ese poder sobre ella.

Al no haber tomado una cena de verdad la noche anterior, estaba hambrienta. Pero acatando la advertencia de Nick acerca del dinero, eligió algo barato. Comió con más facilidad de la imaginada el sándwich del establecimiento de comida rápida. Y le supo a gloria.

Mientras bebía café, notó que Nick analizaba a todas las personas que entraban.

—¿Buscas a alguien?

—Ésa es la idea, ¿no?

—Te refieres a Louise…

—No específicamente. Sólo alguien que haya podido cruzarse con ella.

—¿Cómo los reconoces?

—Hay algo, aparte de la ropa. Se muestran más alerta a las cosas insignificantes que los rodean. Y más desconfiados.

Isabel no quiso entrar en las causas.

—Pero no hay nadie aquí.

Él movió la cabeza.

—Quizá deberíamos ir adonde las probabilidades se incrementen.

Salieron con los cafés y fueron al parque local. Otro diferente y vacío, a excepción de dos mujeres con coches de bebés en la acera.

Apenas era media mañana y el día estaba caluroso.

Isabel se dejó caer en un banco a la sombra de un árbol grande y bebió un poco de café.

—Sé sincero conmigo, Nick. ¿Estamos perdiendo el tiempo?

—Dímelo tú —se subió al banco y se sentó en su respaldo, mirando en torno al parque con ojos penetrantes—. Podemos dejarlo cuando tú lo digas.

—No quiero dejarlo. Quiero encontrar a mi hermana.

—Entonces, no estamos perdiendo el tiempo. Pero sigues tan impaciente como siempre.

—¿Yo, impaciente?

—¿Recuerdas el día que quisiste ir a nadar al lago por el calor súbito que hizo, y yo te dije que el agua seguiría estando fría? No me quisiste escuchar.

—Y estuve a punto de morir congelada —al recordar el incidente al comienzo de su relación, rió. Era agradable reír. No recordaba la última vez que algo la había divertido—. Y tuviste que hacerme entrar en calor —«calentarme es más apropiado», pensó con un delicioso escalofrío—. ¿Cómo se suponía que iba a saber que estaba tan fría? ¡Era junio, por el amor del Cielo!

—Pero era el lago Michigan —enarcó una ceja—. Y luego aquella vez en que insististe en cortarte tú misma el pelo porque tenías que cambiar de aspecto ese día y tu peluquera se hallaba de vacaciones.

Hizo una mueca ante ese recuerdo en particular.

—Ay. Sí que fue un cambio. Tuve el aspecto de un puercoespín.

—A mí me gustabas.

—Pero yo quería parecer sofisticada.

De hecho, quería estar así para él. Casi dos años menor que Nick, siempre había temido que una chica mayor se lo robara.

—Y luego aquella otra ocasión…

—De acuerdo —rió—. Ya lo he captado. Siempre he sido demasiado impaciente.

Recordar los viejos tiempos mejoró su estado de ánimo. Recordaba los días en que había sido feliz… cuando había estado con Nick. De un modo extraño, era feliz en ese momento… simplemente estando con él, hablando con él. Era como si todos esos años no hubieran pasado.

—Por otro lado —comentó ella—, tú te mostrabas demasiado relajado. Nada parecía molestarte.

—O quizá sólo era un buen actor.

Al oír su tono extraño, le preguntó:

—¿Estabas actuando, Nick? ¿En todo?

—Sigues sin confiar en mí, ¿verdad?

—¿Cómo que «sigues»? —preguntó tras una pausa—. ¿Qué te hace pensar que no confié en ti?

—¿Lo hiciste? ¿Lo haces?

—Mmm —musitó mientras bebía un poco de café ya frío.

—Si confiaras en mí, Isabel —movió la cabeza—, me contarías por qué huyó Louise.

—¿Por qué importa tanto la causa?

La miró larga y atentamente antes de responder:

—No hay ningún motivo real. Sólo curiosidad.

Con la boca súbitamente reseca, sin saber cómo aliviar la tensión, estaba a punto de sugerir que se marcharan cuando la mochila comenzó a sonar.

Con manos temblorosas, la abrió para buscar el móvil. Su padre no llamaría a menos que se tratara de una emergencia, y pocas personas más tenían el número, ya que se trataba de un teléfono muy nuevo. Pero Louise era una de esas personas. Un rápido vistazo a la pantalla le mostró un número que no reconoció.

—¡Hola! —dijo casi sin aliento, la mirada clavada en Nick.

—¿Eres Izzie? —preguntó una voz femenina joven y desconocida.

El corazón se le desbocó. Sólo una persona empleaba ese diminutivo.

—Sí.

—Soy Ángela, de la Centralita de Jóvenes Fugados.

—¿Centralita de Jóvenes Fugados? —repitió y Nick se sentó a su lado en el banco.

—Parte de nuestra misión es transmitir mensajes de los chicos fugados a la familia o a amigos.

A su lado, Nick pegó la cabeza a la suya, por lo que ladeó el teléfono para facilitarle la escucha.

—¿Fue Louise, mmm, Lulu, quien te pidió que llamaras?

—Sí —corroboró Ángela—. Quería que supieras que se encuentra bien.

—¿Dónde está ahora?

—Lo siento, pero no poseo esa información. Sólo transmito lo que se me pide.

Sin querer perder ese contacto con su hermana, preguntó:

—¿Ha mencionado cuándo iba a regresar a casa? ¿O que quisiera verme en alguna otra parte?

—Deja que lea su mensaje —comentó Ángela—. «Izzie, te quiero. No intentes encontrarme, porque al saber lo que sé sobre papá, ya no puedo vivir en esa casa. Pero no tienes que preocuparte por mí. Estoy a salvo. Lulu».

«A salvo…» ¿qué quería decir con eso? ¿Que tenía un lugar donde quedarse? ¿Gente que la cuidara?

—¿Cuándo llamó?

—Hace unos minutos. Yo misma tomé la llamada… y me puse en contacto contigo en el acto.

Hacía unos minutos. Gracias a Dios que se encontraba bien, al menos por el momento.

—¿Puedo darte un mensaje para que se lo transmitas? —preguntó.

—No puedo garantizarte que lo reciba. Tendría que llamar. Pero puedo apuntarlo. Un momento… voy a introducirlo en el ordenador. Si quieres, me lo puedes dar como si hablaras con tu hermana, que yo lo introduciré exactamente de esa manera. De acuerdo, ya está.

—Lulu, haré cualquier cosa que necesites para que vuelvas a casa. Podemos tener nuestro propio apartamento. Prepararé un nuevo hogar sólo para nosotras dos, si eso es lo que te haría feliz.

—¿Eso es todo? —preguntó Ángela.

—Por favor, añade: «Te quiero y te echo de menos. Izzie».

—Ya está.

Cuando la mujer joven cortó, Isabel guardó el número en la memoria de su móvil por si tenía que utilizarlo más adelante.

Y entonces permaneció sentada en el banco, demasiado aturdida para moverse. El contacto con su hermana no había sido tan directo

como había esperado, pero era algo. Al menos por el momento, sabía que Louise se hallaba viva y bien.

Tuvo ganas de llorar.

Y como si Nick supiera cómo se sentía, le frotó el hombro y la pegó a su costado. Isabel se apoyó contra él y dejó escapar un sollozo ahogado.

—Adelante, llora si es lo que quieres —musitó Nick, acariciándola con suavidad—. No tienes por qué ser dura todo el tiempo.

Se soltó, pero sólo por un momento. Luego, con un hipido, recuperó otra vez el control.

—Ya he llorado bastante —contuvo las emociones—. Llorar no te consigue lo que quieres o necesitas —apretó los ojos con fuerza para frenar las lágrimas que, de todos modos, amenazaban con caer—. Llorar no traerá a mi hermana de vuelta a casa.

—Es como si hablara el senador.

—Como comentaste antes, nos parecemos bastante.

—Entonces es posible que tú también necesites liberarte. Conseguir un lugar para ti y tu hermana podría haceros bien a las dos.

Aunque había sido ella quien se lo sugiriera a su hermana en el mensaje, que Nick lo mencionara la irritó. Convencida de que había oído el mensaje de Louise, en ese momento sabía que la fuga de ésta tenía algo que ver con su padre, algo más que una simple pelea. Se apartó de él antes de que pudiera sacar el tema.

—¿Cuál es tu objeción a que viva en el hogar familiar? —exigió—. Mi padre salió elegido para el senado poco después de que yo me graduara en la universidad, y, por supuesto, entonces no me encontraba preparada para independizarme. Desde entonces, no ha pasado más que un par de meses cada año aquí en Chicago. Y lo que es más importante, Louise probó ir al colegio en Washington durante un semestre, pero lo odió. Quería volver, vivir aquí conmigo e ir a su viejo instituto, de modo que quedarme en la casa es perfecto para todos.

—Apuesto que sí. El senador os tiene absolutamente controlados.

—El hecho de que tu padre os abandonara a tu madre y a ti siendo pequeño no significa que otras personas no quieran

mantener relaciones duraderas con sus padres.

Sorprendida, vio cómo la aislaba como si un telón hubiera caído entre ellos. Le dio la espalda y comenzó a caminar.

Él podía criticar a su padre y a ella todo lo que le apeteciera, pero en cuanto ella mencionaba…

Se puso la mochila y corrió a su encuentro.

«Al saber lo que sé sobre papá…».

Se preguntó qué había querido decir Louise con eso.

«Ya no puedo vivir en esa casa».

Nick sabía que la fuga de la joven tenía que ver con el senador, algo que iba más allá de una simple discusión por algún capricho de adolescente.

Fuera lo que fuera, Isabel no quería que lo supiera. A cambio, había recurrido a algunas verdades oscuras sobre el pasado de él para distraerlo.

Desde luego, tampoco ella conocía toda la verdad sobre él, y no pensaba ser más abierto que ella. Además, lo que le había sucedido a él era historia antigua.

«Igual que nosotros somos historia antigua», pensó con pesar.

«Al saber lo que sé sobre papá…». Las palabras de Louise reverberaban en su mente.

Se sentía traicionada. Comprendía ese sentimiento. Y disgustada. También ése. Pero ¿qué le habría pasado exactamente? ¿La traición habría sido pública o personal?

Considerando que Louise sólo tenía diecisiete años, sospechaba que habría sido personal.

¿Por qué su mensaje no había podido ser un poco más directo?

¿Qué diablos podría haber hecho el senador William Grayson para impulsar a su hija adolescente a abandonar el hogar?

Cuando a media tarde pararon en el Helen’s Cybercafé para descansar y relajarse un poco, Isabel se refugió en los aseos, que le ofrecían una multitud de placeres.

Se tomaría un muy necesitado descanso de la tensión renovada entre ellos. Se refrescaría, se quitaría parte del sudor y del polvo de la ciudad. Lo que realmente necesitaba era una buena ducha… como si él fuera a dejarla ir a alguna parte a darse una. Y mientras estuviera en los aseos, llamaría a su padre y le exigiría una respuesta a la gran pregunta que había despertado en su mente el mensaje de Louise.

Sacó el móvil y marcó el número del despacho del senador, mientras repasaba el modo en que pensaba enfocar el tema. Cuando lo deseaba, su padre podía ser una muro impenetrable.

—Aquí McNulty.

—Eh, Danny, soy Isabel. Necesito hablar con mi padre.

—Lo siento, Isabel, el senador tenía una cita fuera del despacho. No dijo cuándo volvería.

Isabel sabía que el ayudante de Jeff Enger no pertenecía al círculo próximo, y le pareció extraño que estuviera solo en el despacho de su padre.

—¿Es por algo de Louise? —preguntó Danny.

—Más o menos.

—Entonces, ¿no la has encontrado? —el tono alegre se apagó al formular esa pregunta.

—Aún no, pero tengo algunas esperanzas para esta noche. Eso quería contarle a mi padre —al menos una parte—. Quizá puedas transmitirle un mensaje.

—Claro. Tengo un bloc y ya estoy escribiendo. Así que es posible que encuentres a Louise más tarde…

—Quizá. La otra noche la vieron en un lugar llamado Club Undercover. El personal estará atento y el dueño me llamará si alguien la ve.

—Tal vez haya suerte —murmuró Danny—. Esperemos.

—Sí —convino Isabel—. Esperemos.

Encontrar a Louise no sería más que el comienzo de la batalla. Luego tendría que superar las objeciones de su hermana, fueran las que fueren, y convencerla de que volviera a casa. O al menos a un sitio donde pudiera mantenerla a salvo.

—Danny, ¿quieres añadir algo al mensaje? Pídele a mi padre que me llame. Dile que es importante, que hay algo que Louise me ha dicho que necesito que me explique —silencio en el otro extremo—. ¿Danny?

—Sí, sí, estoy aquí, escribiendo —repuso—. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

—No. Gracias de todos modos, pero es mi padre quien tiene que hablar.

Sólo faltaba saber si lo haría.

Capítulo 8

Nick terminó de comprobar su correo electrónico y desconectó. Por suerte, los mensajes sólo habían sido personales, nada profesional que tuviera que abordar inmediatamente. Se sintió aliviado de que Isabel aún no hubiera salido de los aseos y lo viera ante el ordenador. Con todas las reglas que le había impuesto, seguro que lo acusaba de tramposo.

En ese momento vio que Helen rodeaba el mostrador con una taza de café en cada mano.

—Para ti y tu chica —las dejó sobre la mesa.

—Te he dicho…

—Sé lo que me has dicho —se sentó frente a él—. Pero confío más en mis ojos que en palabras vacías. Aún te hace tilín.

—Y tú tienes una gran imaginación.

—¿Sí? Parecía cansada cuando entrasteis. Y tú bastante satisfecho contigo mismo. Me da la impresión de que haces mucho por ella. ¿Y todo porque no te importa?

—Sólo quiero que sepa lo que se siente al ser un chico asustado sin apenas recursos. Bueno, hasta donde pueda saberlo, ya que dispone de respaldo. Siempre puede volver a casa o recurrir a su cajero, tal como amenazó con hacer —comentó disgustado.

—Fascinante —indicó Helen.

—¿Qué?

—Lo enganchado que estás. ¡Nick Novak, el inventor de la aventura de una noche, cazado! ¿Qué diablos te hizo para tenerte de

esa manera?

Antes de tener que inventarse una respuesta para aplacar a su curiosa amiga, vio que Isabel atravesaba el local.

—Quiero que aprenda algo de esta experiencia, Helen —fue lo único que respondió. Quiero que haga algo para atajar el problema —y, a medida que Isabel se aproximaba, añadió—: Y aquí está.

—¿Hablabais de mí? —Isabel frunció el ceño.

—Sólo nos preguntábamos por qué tardabas tanto —explicó Nick.

—Disfrutaba del agua corriente. Del agua corriente caliente —se sentó junto a él y musitó—: Pero disfrutaría mucho más una ducha.

—Lo siento, pero ahí no puedo ayudarte —Helen sonrió—. Aunque puedo ofrecerte un café como sucedáneo.

—Gracias —alzó la taza y le sonrió a Helen.

Y Nick sintió un nudo en las entrañas.

Durante un momento, le recordó a la antigua Isabel. La que solía bajar la guardia únicamente con él. Había visto eso en ella en el parque, cuando rieron por los viejos tiempos, y ahí volvía a surgir con Helen. Se preguntó en cuántas ocasiones habría tenido motivos para reír, para relajarse, para ser la Isabel que podía ser cuando no se hallaba bajo la influencia de su padre.

Se preguntó si, al descubrir lo que le ocultaba, volvería a sonreírle de esa manera.

—La muerte es preciosa… la muerte nos envuelve con sus brazos… la muerte es la fantasía última…

¡Lo que tenía que soportar por encontrar a la mocosa!

Un ondulante mar de adolescentes, algunos sentados, otros de pie en la pista atestada, movían la cabeza mientras la joven poetisa vestida de negro realizaba sus predicciones al tiempo que él intentaba entrar en el Club Undercover, gracias a la pista que Isabel había proporcionado con la llamada de teléfono.

—Perdone, señor —comentó la encargada de cabello color púrpura al plantarse delante de él—. Es una de nuestras tardes para adolescentes. No servimos alcohol hasta después de las diez.

—No hay problema, no busco una copa.

La encargada lo miró con el ceño fruncido y él pensó que estaría tratando de descifrar el objetivo de que quisiera entrar, pensando que quizá le gustaban las jovencitas.

Se obligó a forzar una sonrisa y a explicarse.

—Escuche, sólo busco a la hija de mi prima. Ayer cuidó de mis hijos y ahora al pequeño le falta un oso de peluche. Ha llorado como un loco pidiéndomelo. Pensé que quizá ella supiera dónde estaba. El crío jamás se dormirá sin Binky —al ver que la mujer estaba casi convencida de que decía la verdad, añadió—: Escuche, si necesita una identificación o algo…

—No, claro que no. Pase.

Entró en busca de Louise.

Bordeó la pista, concentrado en localizar a la mocosa. Después de haber rodeado casi toda la sala, giró la cabeza y la vio entrar. Otra chica con el pelo de color rojo brillante la llamó con la mano.

— Me elevo, extiendo las alas… y vuelo hacia la luz… para ser consumida… en sus llamas!

Con la voz de la poetisa de fondo, retrocedió y encontró un asiento.

Observó a la amiga de Louise colocarle delante un vaso de lo que parecía un refresco. Se sentó, fingiendo interés en la interpretación. Y aunque jugó con el vaso, no bebió.

Jamás la había visto con expresión más desdichada, y durante un momento, sintió pena por ella. Sólo era una cría que sabía demasiado.

Intentado decidir qué hacer a continuación, vio su oportunidad cuando la chica del escenario se detuvo y el público aplaudió; entonces, Louise se levantó y se dirigió hacia los aseos.

La siguió hasta la zona que había en un lateral del club. Cuando unos minutos más tarde ella salió de los aseos femeninos, estaba tan tenso que casi tuvo ganas de tragarse algunas de las pastillas que le quemaban el bolsillo. Pero se dijo que no las necesitaba.

Enganchó a la cría por el brazo y le habló al oído:

—Ven conmigo, Louise. Tenemos que hablar.

Aturdida por que la hubieran descubierto, dejó que la alejara del ruido. Y de testigos.

—¿Qué haces tú aquí? —exigió saber.

—Intentar meter un poco de sentido común en tu cabeza.

—¡No tengo nada que decirte a ti… mentiroso!

—Escucha, las cosas no tienen por qué ser así. Prométeme que no le contarás a nadie lo que sabes y todo estará bien.

—Déjame en paz o lo lamentarás.

—¿Es una amenaza? Porque si lo es, yo también puedo hacerte una…

—¡Isabel no dejará que me hagas daño! —espetó con voz baja y colérica—. Podría contárselo a quien quisiera. Tú no puedes hacernos nada.

Le apretó el brazo.

—Podría ocuparme de dos con tanta facilidad como de una.

—¡Suéltame! —gritó, tratando infructuosamente de liberarse—. ¡O todo el mundo va a saber de ti!

—¿Hay algún problema? —preguntó un camarero joven de pelo oscuro.

—No, ninguno —repuso, soltando a Louise.

Eso fue todo lo que necesitó. Antes de que pudiera detenerla, se había escabullido entre la multitud en dirección a la salida. Intentó seguirla, pero se vio frenado por el ruidoso gentío.

Seguía afanándose por llegar hasta ella, cuando la vio atravesar la salida y subir las escaleras.

¡Maldición!

Sabía demasiado y no se reservaría para siempre lo que sabía. Joven e impulsiva, hablaba antes de pensar. Y cuando le hablara a la persona equivocada y la porquería llegara hasta los medios, todo estaría arruinado.

No podía dejar que eso sucediera. No podía dejarla hablar.

Con frialdad, decidió que en realidad no podía dejarla vivir.

Entonces, una vez que se deshiciera de su mayor peligro, se vería obligado a reconsiderar el papel que desempeñaba Isabel y lo que ella podría hacer con lo que sabía. O creía saber, porque no disponía de toda la información, no hasta que no hablara con la cría.

Haría lo que tenía que hacer, aunque ello significara eliminar de su mundo a las dos hermanas.

Tras recibir una llamada de Gideon para informarlo de que una de sus empleadas había visto a Louise, Isabel bajó a la carrera las escaleras de entrada al Club Undercover, con Nick pegado a sus talones. Dejó la mochila detrás del puesto de la encargada y se detuvo ante la entrada, observando a la gente joven que poblaba el espacio.

—¿La ves?

—No. Pero es difícil ver a alguien allí —indicó las mesas que se elevaban varios niveles por encima de ellos.

—¿Qué esperamos? —Nick subió a un lado de la zona de asientos.

Isabel lo siguió e inspeccionó de cerca a todos los adolescentes del local.

Louise no estaba.

Una vez que rodearon todo el sitio y terminaron otra vez en el nivel principal, Nick preguntó:

—¿Y ahora qué?

Echó un último vistazo y lo agarró del brazo.

—¡Rosalyn! —exclamó—. La mejor amiga de Louise. La chica que vive por aquí y a quien fue a ver mi hermana. Allí.

Con la rapidez con que los dejó pasar la multitud, cruzaron hasta la mesa donde la pelirroja se concentraba en un atractivo joven de pelo rubio. Entonces, giró la cabeza, y en cuanto los ojos conectaron con Isabel, la sonrisa bobalicona se desvaneció de su cara.

—Isabel, hola.

—Necesitamos hablar lejos de este ruido.

Con un suspiro, la chica le susurró algo al chico; luego, se levantó y se dirigió hacia la entrada.

Isabel apenas esperó a poner pie en el vestíbulo del club para volverse hacia la pelirroja.

—¡Muy bien, Rosalyn, empieza a hablar! —acostumbrada a tratar con su hermana adolescente, adoptó la misma personalidad severa que a veces había tenido que emplear con Louise—. Dijiste que no sabías dónde estaba mi hermana, pero esta noche os han visto juntas.

—De acuerdo, la he visto —admitió Rosalyn intimidada—, pero sólo durante unos momentos—. No sé dónde se encuentra ahora, de verdad. Lulu me llamó antes y dijo que necesitaba verme.

—De modo que se reunió contigo aquí, como quería. ¿Qué te contó?

—¿Contarme? —Rosalyn frunció el ceño—. No entiendo.

De modo que Rosalyn no lo sabía, lo que probablemente significaba que Louise no se lo había contado a nadie.

Aliviada de que aún no tuviera que encarar esa situación con su padre, dijo:

—Me preguntaba de qué habíais hablado.

—No sobre dónde se aloja, si te refieres a eso —aseguró la joven —. Ni siquiera tuvimos tiempo de charlar. Dijo que tenía que ir a los aseos y lo siguiente que vi es que huía a toda velocidad del club.

—¿Huía? —repitió sobresaltada—. ¿Por qué?

La joven se encogió de hombros.

—Yo… estaba más bien ocupada. Sólo supuse que quería irse, eso es todo. Fue hace unos diez minutos.

—He perdido a mi hermana por sólo diez minutos —soltó—. Oh, Dios mío.

Nick la rodeó con un brazo y la sujetó.

—¿Estás segura de que no regresará? —le preguntó a Rosalyn.

—¡No lo sé! Escuchad, no sé por qué se marchó ni adónde fue, ni siquiera si volverá. ¡Vuelvo junto a mi pareja antes de que encuentre a otra chica!

Isabel se soltó del apoyo de Nick y le impidió escapar.

—Rosalyn, espera. Lamento haberte tratado de esta manera, pero debes saber que estoy muy preocupada por Louise.

La chica suavizó su postura.

—Le dije que volviera a casa, de verdad, Isabel, pero no creo que lo haga. Si vuelve a llamar, veré… veré si puedo averiguar dónde se aloja.

—Gracias.

«Si es que tiene un sitio donde alojarse».

Cerró los ojos ante ese pensamiento y una vez más sintió la mano de Nick en su hombro.

Los volvió a abrir. En vez de haber vuelto junto a su chico, Rosalyn seguía allí de pie, indecisa.

—Mmm, estaba pensando… no se me ocurrió antes, pero solíamos ir a un sitio y fingir que estábamos solas en una aventura. Nos contábamos historias descabelladas. Una vez, el año pasado, cuando Lulu tuvo problemas con tu padre, amenazó con escaparse y ocultarse allí hasta que él lamentara lo cruel que había sido.

—¿Dónde?

—Más o menos a un kilómetro y medio de aquí, en Bucktown, en la pendiente que hay junto a las vías del ferrocarril, hay un pequeño cobertizo. No sé si sigue allí, con tanta construcción nueva.

Les explicó cómo encontrar la entrada y cómo subir por la cuesta que llevaba hasta allí.

—Lo comprobaremos, Rosalyn. Gracias —dijo Nick.

—De verdad —añadió Isabel—. Gracias —en cuanto se marchó la joven, se volvió hacia Nick—. Por diez minutos, ¿puedes creerlo? —se cobijó en sus brazos como si fuera lo más natural del mundo—. Debía de estar saliendo cuando llamó Gideon.

La abrazó e Isabel tuvo que forzarse para no llorar. Tenían otro sitio que comprobar, de modo que había esperanza. No obstante, se quedó quieta unos momentos, recordando cómo Nick solía abrazarla en los viejos tiempos.

Insegura del tiempo que habían permanecido así, ella temblando contra la fortaleza rocosa de Nick, poco a poco fue consciente de la presencia de Gideon. La rigidez que sintió le indicó que él también lo había notado.

—Lo siento —le dijo Gideon a Isabel—. Si hubiera podido detener a tu hermana y encerrarla en mi despacho sin que las autoridades cayeran sobre mí, lo habría hecho.

Se separó del abrazo de Nick y cruzó los brazos, como si pudiera frenar el anhelo que amenazaba con consumirla.

—No habrías podido hacerlo —le dijo al propietario del club—. Louise no habría ido sin oponer resistencia.

—Pasad a mi despacho —sugirió Gideon—. Quizá pueda descubrir qué pasó —se detuvo para hablar con Mags—. Pregúntale a la gente si alguien vio que sucediera algo con la chica.

Mags repitió la pregunta en el micro unido a los auriculares que el personal y ella llevaban.

Al entrar en la oficina, el teléfono sonaba. Gideon respondió y escuchó un momento. Luego dijo:

—De acuerdo, mándalo aquí —y colgó. Se volvió hacia ellos—. Un camarero llamado Todd vio a Louise discutir con un hombre.

Sin embargo, cuando Todd entró en el despacho y fue interrogado sobre el encuentro, no fue capaz de ofrecerles una descripción.

—Quiero decir, estaba oscuro y la ropa del hombre era negra y llevaba una gorra bajada —explicó el joven—. Apenas lo vi un segundo.

—¿Oíste algo de lo que dijo? —preguntó Nick.

—De forma confusa… había mucho ruido, como siempre. Algo acerca de una amenaza y que ocuparse de dos era tan fácil como hacerlo de una… y entonces oí que la chica le decía que la soltara. La tenía sujeta hasta que pregunté si había algún problema. Dijo que no, le soltó el brazo y ella se marchó a toda velocidad.

—¿No te diste cuenta de que era la chica por la que tenías que mantener los ojos abiertos? —inquirió Gideon.

Un incómodo Todd miró a su jefe.

—Lo siento. Llegué tarde. Tardé en enterarme.

Gideon se volvió hacia Isabel.

—Sea lo que fuere lo que pasara, no da la impresión de que tu hermana vaya a regresar esta noche.

Suspiró. Quedaba el cobertizo, si es que aún existía. Valía la pena probar.

—Pero también tienes mañana por la noche —indicó Gideon—. Es evidente que a Louise le gustan los lugares como éste… con actuaciones y gente joven como ella.

—Es lógico que vaya a lugares donde se siente cómoda. Siempre ha sido muy social —reconoció Isabel—. Y le encanta la música.

—Va a celebrarse una fiesta clandestina a unos kilómetros de aquí —añadió Gideon—, al oeste del Loop.

—No creo que llegue hasta esos extremos —se sabía que en esas fiestas se tomaban drogas.

—Por las dudas… —Gideon apuntó algo en un bloc y arrancó la hoja— aquí tenéis la dirección.

Le dieron las gracias y se marcharon; al salir, Isabel recogió la mochila.

La preocupación que sentía por su hermana iba en aumento. Nick abrió el camino entre unos adolescentes. Al alejarse del club, aminoró el paso, sintiéndose de pronto asustada.

—Se anuncia un frente frío —decía Nick a medida que la distancia entre ellos se incrementaba.

Pero Isabel oía a medias. Tembló, pero no supo si por el frío o por su instinto.

Algo no encajaba.

Se detuvo en el bordillo y sintió como si la vigilaran. ¿Louise? Esperanzada, se preguntó si su hermana estaría cerca. Se concentró… estudió la zona del otro lado de la avenida Milwaukee… Le pareció ver a una chica de pelo rubio y largo meterse en un portal.

Buscó a Nick para decirle que iba a cruzar la calle para comprobarlo. Un empujón fuerte desde atrás hizo que soltara la mochila y la envió volando más allá de los coches aparcados. Aterrizó en la calle sobre manos y rodillas.

Aturdida, alzó la vista en el momento en que los focos delanteros de un coche veloz se abalanzaban hacia ella.

Capítulo 9

Un grito penetrante hizo que Nick mirara atrás a tiempo de ver a Isabel volar a la calle. Un todoterreno avanzaba a toda velocidad. A Nick se le paralizó el corazón mientras luchaba por abrirse paso entre la gente.

Con un chirrido de frenos, el vehículo se detuvo a unos simples centímetros de haberla atropellado, y Nick sintió el alivio como un golpe físico.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —gritó el conductor desde la ventanilla abierta.

Nick al fin pudo llegar al lado de Isabel. La ayudó a ponerse de pie y se concentró en comprobar que se hallaba bien en vez de sacar al imbécil de su vehículo snob y hacerle tragar las palabras.

La abrazó. Al menos durante un momento, ella se aferró a él como si fuera un salvavidas. Y sin importar cómo lo hubiera tratado en el pasado, Nick comprendió que quería que hiciera eso, que aún albergaba sentimientos hacia ella.

Rodeándola todavía con el brazo, la ayudó a regresar a la acera. El todoterreno se largó con un chirrido audible de las ruedas.

—¿Está bien? —les preguntó una chica.

En ese momento, todos los jóvenes se concentraban en ellos.

—Sí, gracias —repuso Isabel.

Nick pensó que no sonaba bien. Aunque lo comprendió después de semejante susto; su propio pulso latía como si acabara de correr una maratón.

—¿Quieres volver dentro? —le preguntó.

—No —aunque aún parecía aturdida, miró alrededor—. Estoy bien. Sólo conmocionada. Quiero largarme de aquí. Pero mi mochila…

—Lo comprobaré —a regañadientes, la soltó y se alejó un momento para buscarla—. No está aquí. ¿Alguien ha visto una mochila? —recibió unos murmullos negativos. Regresó al lado de Isabel—. Ha… mmm… desaparecido.

—Igual que Louise —seguía mirando alrededor como si con la suficiente concentración pudiera encontrar a su hermana.

Nick volvió a abrazarla y a pegarla contra el pecho.

—Louise no se encuentra aquí, Isabel —murmuró—. Y tampoco tus cosas.

—Mis… mis cosas no me importan.

El frío empezaba a sentirse. Y como la temperatura bajara más o lloviera según las predicciones meteorológicas, deberían detener la búsqueda.

—Vayamos a alguna parte a tomar algo —sugirió él.

—No necesito beber nada —se apartó de él.

Era pura obstinación. Necesitaba sentarse y calmarse.

—Bueno, pues yo sí —insistió.

La tomó de la mano y la guió hasta un restaurante próximo que tenía un bar acogedor. En un rincón había un reservado vacío. Le ordenó a Isabel que se sentara y fue a buscar dos brandys dobles a la barra.

Vio que le temblaba la mano al alzar la copa a los labios. Y abrió mucho los ojos al ver que, en vez de beber a pequeños sorbos, se acababa el brandy de un trago.

—Oh —murmuró ella al dejar la copa vacía junto a la vela encendida—. Ya me siento mejor.

—Al menos sabes que sigues viva.

—Aunque algo magullada y sin mi mochila.

—Bueno, lo más importante eran la linterna y el móvil.

—La linterna va sujeta a una presilla de mis vaqueros —se la mostró—. Además, llevo el móvil en un bolsillo y la cartera en el otro.

—Entonces, dispones de lo básico. No tienes nada de que preocuparte, a menos que llevaras una camiseta limpia en la mochila.

—Entre otras cosas.

—Inmencionables.

Lo miró con suspicacia.

—Conociéndote, te gustaría que las mencionara.

—Sí.

El juego le provocó una sonrisa vacilante.

—¿Otra copa? —preguntó él.

—Dale un minuto a ésta para que surta su efecto.

—¿Dónde aprendiste a beber de esta manera?

—Me muevo entre políticos, no lo olvides. Los pactos no siempre se llevan a cabo en sitios oficiales.

Nick bebió otro trago de su copa.

—¿Y eso te parece bien?

Suspiró y lo miró como si fuera demasiado ingenuo para expresarlo con palabras.

—Es la realidad, Nick. Es así desde hace… ¿siglos? ¿No es como funciona el resto del mundo… los contratos no se firman a través de contactos? Por ejemplo, tu trato con Gideon, ¿cómo surgió?

Al recordar que había conocido a Gideon en el bar del club, cedió.

—De acuerdo, tienes razón —bebió otro trago de brandy—. ¿Qué diablos pasó en la calle? ¿No viste el bordillo? ¿Tropezaste?

—Nada de eso. Me empujaron.

Maldijo en voz baja.

—Uno de esos chicos que había en la acera debió de tropezar contigo.

—No, no fue un tropiezo. Me empujaron.

—Quieres decir… ¿adrede?

—Sentí unas manos en la espalda, Nick. Sí, adrede.

—¿Qué diablos? —musitó él.

—Puedes repetirlo.

—¿Por qué algún chico querría hacerle daño a alguien que no conocía? —frunció el ceño y trató de recordar si había visto a alguien

que pareciera sospechoso. No, había estado concentrado en ella—. A menos que estuviera colgado.

—Exacto. Probablemente, estaba colgado —convino.

Pero esa conclusión sencilla lo dejó incómodo, preguntándose si había otra explicación. Una conexión con el sujeto que los había seguido la noche anterior.

No quería creerlo, pero empezaba a sospechar que alguien podría ir también detrás de Isabel.

Después de un segundo brandy, Isabel sentía como si por dentro hubiera sido iluminada por una antorcha. Se hallaba relajada, casi feliz… salvo por los momentos en que Louise pasaba por su mente.

—Y bien, Nick, háblame de ti —pidió. Si lo mantenía hablando, no tendría que pensar durante un rato. Además, era justo, ya que le tocaba a él contarle cosas sobre sí mismo—. ¿Qué es lo que quieres de la vida?

—¿Te pones filosófica?

—No, más bien curiosa por conocer tu verdadero yo.

—Quiero lo mismo que todo el mundo… ser feliz.

—¿Lo eres?

—A veces.

Jugó con la copa de brandy y contempló el líquido ambarino.

—¿Cuándo?

—Cuando hago algo que le da sentido a mi vida.

—Como hacer tu documental sobre los jóvenes que se van de sus casas.

—Por ejemplo —convino.

Las últimas veinticuatro horas le habían abierto los ojos. Empezaba a comprender lo terrible que podía ser vivir en la calle, en especial para jóvenes que no estaban preparados para cuidar de sí mismos.

«Vida en las calles».

Podía verlo. Un artículo. Quizá en el Sunday Tribune Magazine. Necesitaba un enfoque personal. Aunque no su hermana. Jamás

utilizaría a Louise de esa manera. Pero, ¿qué podía tener de malo emplear las cosas que estaba experimentando?

Una narración en primera persona… mmm.

—¿En qué estás pensando?

Al darse cuenta de que Nick movía una mano delante de su cara, regresó al presente con un sobresalto.

—Oh, lo siento. Pensaba —como no quería hablar del asunto hasta no tenerlo por completo perfilado, continuó—: ¿Y qué más te hace feliz?

Por las facciones de él se asomó una expresión extraña.

—Acepto las cosas día a día e intento encontrar algo, aunque sea una cosa pequeña, para apreciar.

—¿Como qué? —algo le decía que una de esas cosas era estar con ella.

—Haber estado sentados en el parque antes. Reír contigo.

¿Habrían cambiado las cosas en la mente de Nick? Estaba segura de que no había querido ayudarla, que sólo había aceptado para saldar una vieja cuenta.

—Cosas sencillas —murmuró ella.

—Soy un hombre sencillo.

—Mentiroso —posiblemente, era el hombre más complejo que jamás había conocido… y también el más honesto—. Por el simple hecho de que no quieras ganar dinero…

—¡Ah, ahí está! —se adelantó, de forma que la vela de la mesa le distorsionó el rostro con luces y sombras.

—¿Qué?

—El dios del dinero. No puedo olvidar lo importante que es para ti una buena cuenta corriente.

—¿Quién lo dice?

—¿No fue mi pobreza y mi baja extracción el motivo por el que rompiste conmigo?

—No exactamente.

—Entonces, ¿por qué fue?

Tentada de contarle la verdad, no podía darle la motivación de haberle hecho caso a su padre, no en ese momento. Y menos con las elecciones próximas. Porque sabía que era capaz de todo.

—Se supone que estamos hablando de ti, no del pasado —le recordó, tratando de desviar la conversación a un tema seguro.

—El pasado es sobre mí.

—Preferiría echar un vistazo en tu futuro.

—Nunca voy a ser rico —predijo.

Otra vez el dinero. Era evidente que lo obsesionaba.

—¿Y qué me dices de tener un lugar al que llames hogar? —preguntó—. ¿Está en tu futuro?

—No en el inmediato. No tengo prisa por agobiarme con un apartamento y todo lo que conlleva ser propietario.

—Podrías alquilar uno y compartirlo —sugirió.

—Por si lo has olvidado, no me llevo bien con la gente.

—Te llevas muy bien cuando quieres —murmuró, recordando una vez más cosas que más valía olvidar.

Cómo la había cautivado.

Cómo la había seducido.

Cómo le había roto el corazón.

Imaginó que también él recordaba. El modo en que la miraba, con hambre en los ojos, hizo que pensara que tenía en la mente lo que habían compartido antes de la traición. Se ruborizó.

—¿No te sientes solo alguna vez? —preguntó en voz baja.

—Tengo amigos.

No era lo que quería saber. Pero se recordó que, en cuanto encontraran a Louise, no tenía ni idea de si volvería a verlo. La idea le provocó un nudo en el estómago y renovó su determinación de mantener la distancia emocional.

Apartó la copa de brandy y dijo:

—Bueno, ya estoy lista.

—¿Lista? —repitió, al tiempo que enarcaba una ceja.

—Para investigar el cobertizo —explicó, decidida a no dejar que la provocara.

—Oh, eso.

¿Qué habría pensado? ¿Que con un poco de brandy encima iba a estar dispuesta a saltar sobre él? Bueno, quizá sí, pero Louise tenía prioridad.

—La temperatura sigue bajando —comentó cuando salieron. El jersey estaba guardado en la mochila robada—. Y huele a lluvia —nada más terminar, un retumbar en la distancia recalcó la observación.

—Entonces, será mejor que nos demos prisa —indicó Nick, tras lo cual guardó un extraño silencio.

Subieron por Milwaukee y luego cortaron hacia las vías de tren elevadas. Al entrar en el paso subterráneo que los llevaría al lado norte, Isabel dijo:

—No sé —no veía ninguna abertura, ningún modo de entrar en la propiedad del ferrocarril. O bien había una cuesta muy empinada o bien estaba protegida por una alambrada—. Creo que puede haber sido un viaje inútil.

Y la lluvia no tardaría en hostigarlos. Los truenos retumbaron más cerca y los relámpagos atravesaban el cielo.

—Paciencia —le pidió Nick.

Rosalyn había tenido razón acerca de las nuevas construcciones, pero Nick no dejó que eso lo detuviera. Rodeó una casa medio construida y luego los cimientos de una segunda. E Isabel lo siguió, preparándose en todo momento para la decepción.

—Por allí —indicó él, yendo hacia un árbol grande que cortaba la alambrada.

Antes de que ella pudiera comentar que la supuesta abertura no parecía lo suficientemente grande, se apoyó en un saliente del árbol y luego se deslizó entre la corteza y el acero, tal como Rosalyn les había contado que habían hecho muchas veces Louise y ella. Pero con su tamaño, apenas lo consiguió.

A Isabel le resultó más fácil de lo que ella misma había pensado.

Las manos de Nick se cerraron en torno a su cintura y la ayudó a bajar. Una vez en el suelo irregular, no la soltó de inmediato. Permanecieron allí, mirándose, e Isabel se vio atrapada por el momento. La tensión palpitó por su cuerpo y no se dio prisa por separarse. Los pensamientos sobre otra noche juntos le desbocaron el corazón.

Él bajó la cabeza y los labios se acercaron para besarla.

De pronto asustada, Isabel se paralizó. No quería besar a Nick. Pero cuando los labios tocaron los suyos, no fue capaz de apartarse. No quiso hacerlo. Le rodeó el cuello con los brazos y cedió a sus verdaderos deseos, aunque sólo fuera por un instante.

La pasión hizo presa de ambos y las manos de Nick descendieron a territorio peligroso. El corazón de Isabel se aceleró y, antes de perder la cabeza por completo, intentó retener algo de sentido común.

Con un jadeo, se separó de él.

—¿No debería estar mucho más lejos?

Su cuerpo se hallaba más que preparado, pero aún no habían terminado de buscar a Louise. Tenía que centrar la mente en algo que no fuera sexo.

Con los labios y el cuerpo hormigueándole por el encuentro, se dirigió con rapidez hacia una mancha oscura que había a cierta distancia. Al caminar, imaginó que se reunía con su hermana y se agarró a eso como si fuera un ancla.

El trueno retumbó y el relámpago hendió el cielo, iluminando la zona lo bastante bien como para convertir la mancha oscura en una pequeña estructura de madera con un techo plano y acanalado de metal.

Con el corazón martilleándole, aceleró el paso y sacó la linterna de la presilla de los vaqueros.

Rezó para que su hermana estuviera dentro.

Pero al acercarse, nadie respondió a su llamada.

—Louise, ¿estás dentro? —se detuvo en seco y se enfrentó a la verdad… otro callejón sin salida.

—¿No vamos a comprobar el interior? —preguntó Nick.

—Ya que estamos aquí —se encogió de hombros—, supongo que sí.

Además, las gotas de lluvia que le cayeron sobre la nariz le indicaron que, si no entraba, no tardaría en verse empapada.

La puerta se abrió con un crujido de protesta por la herrumbre. Iluminó el interior con la linterna. El espacio pequeño, de techo bajo, con una única ventana a cada lado, no tenía tan mal aspecto. Contra la pared del fondo estaban apoyadas unas traviesas de ferrocarril

que hacían de banco, y había un periódico y una bolsa arrugada de papel.

—Comida rápida —murmuró Isabel, captando el olor. Se agachó y estudió el logotipo de la bolsa—. Es de la hamburguesería favorita de Louise.

—Nos estamos acercando.

Recogió el periódico y miró la fecha.

—Si ha estado aquí, no fue hoy. El diario es de hace dos días — algo blanco en el suelo atrapó su atención—. ¿Qué es eso? —recogió un trozo de papel—. Un número de teléfono —se lo mostró a Nick, quien lo observó bien pero sin realizar comentarios. Luego fue ella quien estudió la caligrafía—. Podría haberlo escrito Louise. Gracias al cielo por los teléfonos móviles —con esperanza renovada, sacó el suyo del bolsillo.

—¿Vas a llamar a un número que has encontrado en el suelo?

—¿Qué daño puede hacernos?

Él se encogió de hombros.

Sonó dos veces antes de que contestaran.

—Humboldt House —fue la respuesta de una voz femenina y alta, como si quien hablara fuera joven.

—Mmm, es un refugio para adolescentes, ¿verdad? —preguntó con el corazón exaltado.

—¿Tienes problemas?

—Mi hermana, Louise —repuso—. Lulu. Alta, bonita, pelo largo y rubio…

—¿Quién te dio este número?

No pudo pensar con la suficiente rapidez acerca de cuál podría ser la respuesta adecuada, de modo que probó con la verdad.

—Yo… lo encontré. Creo que se le cayó a Louise y…

—Lo siento, no deberías llamar aquí.

Un clic hizo que la conversación, y sus esperanzas renacidas, alcanzaran un final brusco.

—¡Ha colgado! —exclamó incrédula.

—¿Qué esperabas?

—Ayuda, desde luego.

—Un refugio ofrece ayuda… a la víctima.

—Yo no soy la causa de que huyera —espetó, apretando la tecla de rellamada.

—Ellos no lo saben.

«Tiene lógica», pensó, mientras el teléfono sonaba y sonaba.

—¿Por qué no contesta alguien?

—Identificación del número. Dudo que acepten tus llamadas.

La frustración la empujó a intentarlo otra vez. Luego llamó a información, pero allí tampoco obtuvo los resultados que esperaba. Cerró los ojos derrotada y guardó el teléfono.

—La dirección está bloqueada y no la dan.

—Por la protección de los chicos a los que cobijan.

—¿Conoces ese refugio? —preguntó, sintiendo el contacto del hombro contra el suyo.

—Sí —respondió Nick tras un momento de vacilación.

—¿Por qué no me hablaste de él?

—¿Para qué te habría servido si no podía darte la dirección?

Ella asintió.

—Quizá si peináramos la zona…

—¿Crees que se anuncian? ¿Que ponen un letrero grande en el exterior?

La decepción la atenazaba, y por primera vez se preguntó si realmente llegaría a encontrar a su hermana. Se dijo que no podía pensar en que sus posibilidades eran negativas o se volvería loca.

De pronto fue consciente de un martilleo constante sobre el techo acanalado.

—Oh, está lloviendo con fuerza ahora.

—Nos quedaremos aquí hasta que pare.

—¿Y luego qué? —no quiso pensar que quizá pudiera llover durante toda la noche.

—Podemos regresar al edificio abandonado.

Al menos ése tenía agua corriente. Por desgracia, la tormenta no sonaba como que fuera efímera.

Lo que les faltaba.

—Si al menos tuviera una toalla, podría darme esa ducha bajo la lluvia —bromeó ella, echando de menos las comodidades que tenía en la mochila.

—¿Quién necesita una toalla? —preguntó Nick—. Es verano. Puedes secarte al aire libre.

—¿Quieres decir bailar desnuda? No he venido a cumplir tus fantasías.

—Es gracioso, creía que sí.

Aunque lo dijo con tono ligero, como si bromeara, experimentó una oleada de calor al recordar lo que Nick esperaba de ella a cambio de su ayuda.

No dijo nada. No podía hablar. Tembló por la expectación del momento que se acercaba…

—¿Tienes frío? —le pasó un brazo por la espalda y se acercó.

El relámpago iluminó el cobertizo. Él tenía las facciones tensas y la vista clavada en su boca.

—Quizá podríamos tumbarnos —tomó la linterna y pasó el haz de luz sobre el suelo—. La buena noticia es que está seco —recogió el periódico, lo abrió y lo extendió hoja a hoja por el suelo—. Y ahora está limpio.

Isabel le quitó la linterna y la apagó. Se sentó en el suelo y sintió que él la imitaba y se echaba. No podían desnudarse por completo ahí. Lo sabía. Pero él esperaría… bueno, sabía lo que esperaría. Satisfacer esas expectativas le permitiría no pensar en otras cosas durante un rato.

—¿Hace calor aquí o soy yo? —murmuró ella.

—Tú estás caliente —los dos rieron y Nick bajó hasta quedar cara a cara—. Siempre me encantó tu risa.

—Me hiciste reír más que nadie que haya conocido jamás. He echado de menos eso —reconoció.

—¿Qué más has echado de menos? —preguntó él.

Isabel cerró los ojos. Había echado de menos todo en él. Y cuando notó los labios de Nick, pensó que quizá lo que más había extrañado eran sus besos. Le dio un beso lento y húmedo y ella se permitió perderse en él. El tiempo pasó y volvió a ser una adolescente que experimentaba el júbilo del amor por primera vez.

Cuando los labios la abandonaron, le tocó el rostro con suavidad. Al recordar la primera vez que había estado a punto de perder la

virginidad, se situó en la posición opuesta, para que sus piernas quedaran a la altura de la cabeza de él.

—¿Qué haces? —murmuró Nick.

—Lo que sé que te gusta —con rapidez le abrió los vaqueros.

—Isabel…

—¿Quieres que hable? —inquirió al tiempo que introducía una mano en la abertura. Luego, salvó la barrera de los calzoncillos hasta localizar la fuente de calor—. ¿O quieres esto?

La respuesta de Nick fue un gemido mientras Isabel lo aferraba con una mano y empleaba la otra para eliminar los impedimentos. Entonces quedó expuesto a su mirada, pero no por mucho rato. Ella se humedeció los labios, bajó por la dura extensión y volvió a subir hasta la punta. Le lamió la cabeza, la succionó, la introdujo más profundamente en la boca.

—Isabel —susurró.

Descendiendo lentamente por la erección, fue consciente de las manos que le abrían los vaqueros y se los bajaban por las caderas. Lo siguiente que sintió fue calor en el centro de su feminidad a través de la tela de las braguitas. Se preguntó si Nick recordaría haberlo hecho en el pasado con tanta claridad como ella… respirar a través de las braguitas para que se arqueara hacia él… besarla allí hasta que abría los muslos y la invadía con mayor profundidad.

Nick la lamió a través del fino tejido. Isabel se sintió invadida por la sensación e imaginó que lo tenía dentro. Comprendió que no tardaría. Los dedos pasaron por debajo de las braguitas, abriéndola para él.

Mientras deseaba tenerlo de verdad dentro, se arqueó aún más, tratando de tomar su sexo en su totalidad. Él le apartó las braguitas y la lamió de tal manera que la impulsó a mover las caderas con otra cadencia.

No supo cómo lo consiguió, pero Nick le dio la vuelta para dejarla extendida directamente encima de él y disfrutar así de un acceso más abierto.

Le bajó los vaqueros hasta las rodillas. Luego las braguitas. En cuanto le introdujo el dedo, estuvo preparada para el orgasmo.

El contacto de la lengua sobre el clítoris la elevó a cumbres nuevas al tiempo que conseguía introducirse el sexo de él en la boca. Él hizo lo mismo y la cubrió por completo con los labios. Isabel jadeó y subió en busca de aire, pero en el acto volvió a tomarlo. Lo deseaba, lo deseaba en ese momento. Se meció contra la boca que la devoraba mientras él se arqueaba hacia la suya.

A los pocos segundos, sintió que comenzaba la palpitación. De él. De ella. Cerró los ojos y se perdió en el placer del orgasmo caliente que bajaba por su garganta y en su propio orgasmo, que pareció prolongarse una eternidad.

Y cuando terminó y se derrumbó sobre el costado, Nick la subió a su lado. Aún con el sabor de él en la boca, cerró los ojos y reconoció que quería más.

Más sexo.

Simplemente, más.

Ése era el peligro, lo que en secreto había temido. ¿Y si no había más? ¿Y si eso era lo único que podría tener de él?

¿Qué clase de mujer cambiaba el sexo por favores cuando deseaba algo más?

Y ese algo era lo único que jamás pediría. Probablemente, que jamás recibiría. Desde luego, no de Nick. Quizá de parte de nadie salvo de su hermana.

Había varias palabras que podría emplear para describir eso que faltaba, pero la única que volvía a su mente era la más peligrosa de todas.

Amor.

Capítulo 10

—La lluvia al fin ha parado —le dijo en cuanto Isabel abrió los ojos a la mañana siguiente. Llevaba horas despierto, mirándola, y con los pensamientos sumidos en el caos, estaba impaciente por ponerse en marcha—. Podemos irnos en cualquier momento.

—Buenos días a ti también. ¿Te has levantado con el pie izquierdo?

—Algo parecido.

El sexo había sido intenso y rápido, y aunque había alcanzado el orgasmo, no había sido satisfactorio como hubiera deseado.

En mitad de la noche, mientras ella dormía, la había acariciado con suavidad, le había olido el pelo, había anhelado… bueno, algo que dudaba poder alcanzar alguna vez con ella.

Y la culpabilidad por lo que la había obligado a hacer lo carcomía. Había pasado la última hora torturándose con ello.

Isabel bostezó y se estiró. Tenía el pelo revuelto, la ropa arrugada, la cara hinchada por el sueño. Y, sin embargo, era lo más hermoso que jamás había visto.

—Isabel, creo que deberíamos dejarlo. Te acompañaré a casa y…

—¡No! ¡No puedes!

—No te preocupes, buscaré a Louise —afirmó.

—¿Qué? —frunció el ceño.

—Lo haré. Te lo prometo —convencido de que se sentiría aliviada, quedó sorprendido al verla mover la cabeza.

—Te agradezco la oferta, pero vamos a encontrarla juntos.

—¿Es que no confías en mí?

—Quiero acabar lo que empezamos —se humedeció los labios como siempre que se sentía nerviosa—. De hecho, esperaba poder hacer algo positivo con lo que he aprendido —de inmediato añadió —: Y no te atrevas a reírte.

—Ni se me pasaría por la cabeza —se preguntaba adónde quería llegar.

—Estar en la calle durante este breve período de tiempo me ha abierto los ojos… y me ha conmovido. Si pudiera lograr que otras personas sintieran lo mismo, quiero decir, que vean cómo es a través de mis ojos…

—Te refieres a escribir sobre el tema.

Ella asintió.

—¿Te parece estúpido?

La observó como si nunca antes la hubiera visto. Luego sonrió.

—Es estupendo. Estupendo de verdad.

Y entonces sucedió otra cosa estupenda. Se sonrieron, y en ese segundo, la conexión inesperada desterró la oscuridad de la mañana.

—Entonces, todo arreglado —dijo ella—. Me quedaré a tu lado hasta que encontremos a Louise. Juntos —se señaló el nido de pájaros que era su pelo y se quejó—: Lo que más echo de menos de lo que llevaba en la mochila es el cepillo de dientes y el peine.

—Pararemos en una droguería para reemplazarlos.

—Bien. ¿Y tú?

—Llevo un cepillo de dientes en el bolsillo. De esos plegables.

—Jamás pensé que sería un lujo cepillarme los dientes. O darme una ducha —añadió con énfasis.

—De acuerdo —miró el reloj para cerciorarse de que disponían de tiempo—. Si de verdad quieres una ducha, una ducha tendrás.

—Gracias —murmuró.

—¿Otro parque? —preguntó Isabel, frenando en seco. Aunque habían comprado un peine y un cepillo de dientes, aún no había

bebido el café de la mañana, y la falta de cafeína la volvía irritable—. Creía que lo primero que íbamos a hacer era la ducha.

—Así es —siguió andando.

—No entiendo —fue tras él.

—Los parques grandes tienen piscinas y duchas para todo aquél que los necesite. Es el modo en que las personas que no disponen de otras opciones pueden mantenerse limpias.

Se refería a personas como su hermana. Podía ver que él quería enseñarle lo más posible, y una vez que había descubierto algo positivo para hacer con ello, estaba más que dispuesta. Aunque se sentía nerviosa. Otra cosa que quería explicar en la historia era hasta qué punto perder la estabilidad familiar podía modificar la persona que uno creía ser…

—¿Estás seguro de que nos dejarán pasar? —preguntó.

—Desde luego. Las duchas se abren al público antes de las nueve de la mañana y después de las nueve de la noche.

Isabel se sintió rara al entrar en el edificio del parque, y más cuando el hombre detrás del mostrador les preguntó:

—¿En qué puedo ayudarlos?

—¿Dónde están las duchas? —preguntó Nick.

El trabajador señaló en dirección al pasillo.

—Disponen de unos veinte minutos para entrar y salir —les advirtió.

En el vestuario de las mujeres, vio a algunas nadadoras que o bien se preparaban para ir a la piscina o bien ya habían terminado sus largos, pero si la mochila sucia que había en los colgadores y las bolsas de plástico negro que vio en el suelo servían de pista, las otras mujeres estaban allí sólo por las duchas.

Eligió una taquilla y dentro vio ropa. De modo que ella no era la única sin candado. La siguiente estaba vacía. Se sentó para quitarse los zapatos y con sigilo examinó a las otras mujeres que no iban por la piscina.

La que llevaba la mochila parecía ser una adolescente como Louise. Otra mujer mal vestida con un crío pequeño que la seguía hacia la salida aún no había cumplido los treinta años. Y luego vio a dos mujeres maduras.

Sin querer pensar demasiado en ellas, apartó la vista. Se preguntó si su padre estaría ya en el despacho y decidió probar.

Contestó a la tercera llamada.

—Aquí Grayson.

—Soy Isabel —dijo en voz baja, dándole la espalda a las otras mujeres—. Ayer la perdimos por poco en el club, pero tenemos otra oportunidad de dar con ella esta noche.

—¿Dónde?

—En una fiesta clandestina en un viejo almacén al oeste del Loop —con el teléfono entre la oreja y el hombro, se desató una zapatilla —. Es ése que hay abandonado más allá de Lake Street.

—¿En qué está pensando Louise…?

—Y tengo otra pista que quiero seguir —lo interrumpió antes de que estallara. Se quitó la otra zapatilla y las metió en la taquilla—. Pero no puedo conseguir la información que necesito. Quizá tú puedas.

—¿Qué clase de información? —gruñó.

—La dirección de un lugar llamado Humboldt House. Estoy convencida de que es un refugio para jóvenes financiado con fondos privados, pero no he sido capaz de que me dieran la dirección.

—Pondré a alguien en ello de inmediato —prometió.

—Bien. Te llamaré más tarde.

Cuando oyó el clic del otro lado de la línea, ya tenía su localización. Estaba a menos de dos kilómetros… Podría llegar hasta ella en cuestión de minutos.

Había sido listo en insistir que se llevara uno de los teléfonos nuevos con tecnología GPS, antes incluso de saber que le resultaría tan útil. Se felicitó por un trabajo bien hecho.

Comenzó a desvestirse. Consciente de que no tenía una toalla con la que cubrirse, se sintió avergonzada cuando una de las nadadoras la miró con ojos centelleantes y se apartó, como si tuviera miedo de que pudiera contaminarla.

Preocupada por tener que dejar la cartera en una taquilla abierta, vació la bolsa de plástico que contenía el cepillo de dientes, la pasta dentífrica, el peine y la laca para el pelo que lo había convencido de que la dejara comprar. Metió la cartera dentro y se llevó la bolsa con ella a la ducha.

Qué extraño que después de tan poco tiempo en la calle, ya empezara a pensar de forma distinta a la habitual. Era algo que tendría que incluir en su historia.

El agua apenas estaba templada, el chorro apenas era suficiente, pero la ducha le pareció el paraíso. Se echó jabón líquido del dispensador que había en la pared y se enjabonó el cuerpo y el pelo.

Podría haberse quedado todo el día bajo el agua, pero Nick la estaría esperando, así que a regañadientes cerró el grifo y con las manos se ayudó a quitarse el exceso de agua del cuerpo. Luego aprovechó los secadores de mano que servían para que las nadadoras se secaran el pelo, lavó sus braguitas y usó uno para secarlas.

Durante varios minutos, el ruido del motor del aparato fue lo único que oyó. Al parar y ponerse unas braguitas limpias, en el vestuario reinó una quietud sobrenatural. Miró alrededor.

Al fin se había quedado sola.

Nadie alzó la vista cuando avanzó por el pasillo con las manos en los bolsillos, la cabeza baja, la gorra sobre las gafas de sol.

Al principio, al no verla fuera, pensó que había llegado demasiado tarde al parque. Entonces vio a Novak salir del edificio con aspecto fresco, el pelo todavía mojado. Eso le había indicado dónde podría encontrarla. Novak ni siquiera notó su presencia cuando pasó al lado de él.

Abrió el armario de un hombre de la limpieza y sacó un cartel de «cerrado por limpieza». Comprobó el pasillo una vez más. Despejado. Luego se dirigió hacia el vestuario de las mujeres, con la intención de colocar el cartel para impedir que entrara alguien. Primero se detuvo ante el surtidor de agua para tragarse una pastilla que lo ayudara en su cometido.

Abrió la puerta y se asomó con cuidado. Al principio no vio a nadie. Luego entró con la espalda apoyada contra la pared alicatada, y la vio. Estaba vestida y trataba de peinarse el pelo enredado.

El pulso le martilleó y la piel se sofocó en una mezcla de anticipación y temor.

Después de todo, nunca antes había quitado una vida humana.

Isabel acababa de terminar de peinarse y recogerse el pelo, cuando las luces se apagaron.

—¿Qué de…? —musitó. Luego, dijo en voz alta—: ¿Hay alguien ahí?

Aunque sabía que el lugar estaba desierto, que la vieja instalación eléctrica debería haberse sobrecargado, no pudo evitar que el corazón se le desbocara mientras tanteaba en busca de la pared de azulejos. La seguiría hasta la puerta. Abrirla dejaría entrar suficiente luz para poder recoger las pocas cosas que había dejado en la taquilla.

Rodeó una esquina y chocó directamente contra algo sólido. Con la mano extendida, sintió piel cálida.

—¡Ah! —gritó, retrocediendo.

Pero la piel cálida la siguió y una mano dura le aferró el brazo, le hizo dar la vuelta y la empotró contra la pared, dejándola sin aire.

—Eh —jadeó—, ¿quién diablos eres…?

Una mano en la garganta le cortó las palabras. Manos fuertes. Masculinas.

El pánico la impulsó a tirar de ellas, pero no cedieron. Luchó inútilmente en busca de aire. Cuando empezaba a marearse, ara�ñó a su asaltante.

—¡Maldita fulana! —fue el gruñido bajo que reverberó en el vestuario vacío.

El apretón se aflojó un poco y ella aprovechó para darse la vuelta. Entonces, el peso del otro volvió a presionarla y le pegó la espalda contra las taquillas, haciendo que se golpeara la cabeza contra el borde de la puerta que había dejado abierta. Aturdida, no pudo moverse.

Los dedos apretaron con más fuerza y en el interior de su cabeza aparecieron unas luces, telegrafiándole que iba a morir si no hacía algo deprisa.

Necesitaba un arma.

Alargó la mano y encontró aire. La taquilla abierta. Al recordar los pocos artículos que Nick le había permitido comprar, tanteó en busca de ellos…

El que buscaba estaba fuera de su alcance…

—¡Muere! —susurró el atacante.

Acercando el bote con la punta de los dedos, al fin pudo agarrarlo. Y con la última reserva de energía, y rezando para dar en el blanco, apretó el botón.

—¡Aaaah!

Las manos del atacante le soltaron la garganta, sin duda para frotarse los ojos. ¡Nunca antes le había parecido tan importante la laca para el pelo!

Con una fuerza que no sabía que poseyera, lo empujó hasta que lo hizo chocar contra el banco. No pudo ver, pero imaginó que la tabla de madera lo había hecho caer hacia atrás. Una explosión de metal le indicó que había golpeado las taquillas.

Entonces hizo más ruido y gritó mientras avanzaba a ciegas en busca de la puerta que daba al pasillo.

—¡Socorro! ¡Nick! —se lanzó al pasillo a tanta velocidad, que tuvo que frenarse en la otra pared—. ¡Nick!

—¿Se puede saber qué diablos está sucediendo? —preguntó el hombre de camisa verde que había detrás del mostrador—. ¿Está colocada o algo por el estilo?

Corrió hacia él.

—¡Me han atacado! —pudo exclamar.

—Escuche, a la gente de la calle se le permite utilizar las instalaciones, pero no pienso meterme en medio de una discusión.

—¡No, un hombre! —indicó con la garganta dolorida en el momento en que Nick atravesaba las puertas de entrada—. ¡Un hombre me atacó!

—¡Qué sucedió? —preguntó Nick.

—En el vestuario —jadeó Isabel, con la mano en la garganta—. Intentó estrangularme.

Nick voló pasillo abajo seguido por Isabel, mientras el hombre de las instalaciones gritaba:

—¡Eh, no puede entrar ahí!

Abrió la puerta del vestuario. Las luces estaban encendidas y entraron. Una mujer desnuda se cubrió con una toalla gritó.

Isabel miró en derredor, pero no había rastro de un hombre. La única señal de ataque era el bote de laca que había en el suelo.

—Juro que lo dejé ahí mismo —señaló el banco vacío.

La mujer había retrocedido detrás de las taquillas, pero seguía chillando.

El empleado entró seguido de un tipo masculino. El segundo tipo daba la impresión de que podía hacer una serie de press de banca con su propio peso. Los dos agarraron a Nick y lo arrastraron hacia la puerta.

—¡Han atacado a la señorita! —gritó Nick—. ¡Vais a dejar que el canalla se largue!

—Los únicos que se van a largar de aquí sois vosotros dos —afirmó el primer empleado mientras llevaban a un forcejeante Nick hacia la entrada de las instalaciones. Lo empujaron al exterior, seguido de Isabel—. ¡Y no volváis o llamaré a la poli!

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, ayudándola a sentarse en un banco a la sombra.

Isabel asintió. No tenía buen aspecto. Parecía aturdida y asustada. Se sentó junto a ella y la pegó a su costado. Durante un momento, fue suya. Apoyó la mejilla sobre el cabello y le acarició la espalda. Cuando ella suspiró y alzó unos brazos trémulos para rodearle el cuello, algo en su interior se fundió.

Si le hubiera pasado algo…

Encontró su boca y la besó con suavidad, para tranquilizarla. Ella le devolvió el beso con ardor, como si la conexión pudiera consolarla. Cuando le acarició el cabello y el cuello, Isabel suspiró y se echó

para atrás. Estaba tan hermosa… Con el rostro fresco, el pelo otra vez brillante, era tan adorable como un ángel.

—¿Qué pasó ahí dentro? —preguntó.

—El vestuario se quedó a oscuras y, cuando traté de llegar a tientas hasta la salida, un hombre me sujetó y me lanzó contra la pared. In… intentó estrangularme.

Se llevó la mano al cuello. Con el ceño fruncido, Nick vio el comienzo de unos hematomas y dijo:

—Quizá nosotros deberíamos llamar a la policía.

—¡No! Nada de policía. Los empleados de la instalación del parque creen que nosotros somos los alborotadores. Podríamos terminar incluso en la cárcel —movió la cabeza—. No entiendo cómo escapó.

—Probablemente a través de la zona de la piscina.

No quiso insistir en lo de la policía porque, aparte de creer que no serviría de mucho, acababan de establecer una especie de tregua, y no quería hacer nada para molestarla.

Tampoco quería plasmar en palabras las especulaciones que pasaban por su cabeza. No quería volver a preguntarle por los secretos de su padre. No era necesario darle un susto de muerte.

Pero ¿cómo no intentar protegerla?

—¿Pudiste verlo?

—Ya te he dicho que las luces estaban apagadas. Ni siquiera fui capaz de identificarlo.

—No creo que se tratara de un tipo corriente en busca de un robo fácil. Creo que iba detrás de ti.

—¿Por qué?

—Dímelo tú —la expresión de ella se endureció, pero mantuvo los labios cerrados—. De acuerdo, no me lo digas —estaba cansado de su lealtad equivocada—. Pero creo que es hora de poner todo el asunto en manos de las autoridades.

—¡No!

—Se ha vuelto demasiado peligroso.

—Si yo estoy en peligro, entonces piensa en Louise. ¡No la abandonaré! Pero tú no tienes por qué hacerlo. Vete si quieres.

—No soy la víctima aquí —le recordó—. No sugería que iba a abandonarte. Pero ¿y si no podemos encontrar a tu hermana? —

preguntó.

En ese momento tenía una buena idea de dónde podría encontrar a Louise, aunque no podía compartir esa información con Isabel; los chicos de la calle confiaban en él porque era capaz de mantener un secreto.

—No digas eso. Anoche estuvimos a punto de encontrarla.

—Aquí estás jugando con la vida de tu hermana. Y con la tuya.

—¡No entiendo por qué! —movió la cabeza, en apariencia aturdida.

Pudo ver que era verdad. Sea lo que fuere lo que había estado reservando sobre el senador, no le parecía algo lo bastante importante como para que alguien fuera tras ellas.

«Quizá no lo sepa todo», especuló Nick. Aunque quienquiera que la hubiera empujado delante del coche y atacado en el vestuario, creía lo contrario.

—Haremos un trato —dijo Nick—. Seguiré buscando contigo. Esta noche iremos a esa fiesta clandestina. Pero si por entonces no encontramos a Louise, iremos a ver a las autoridades.

Vio que algo en ella cedía.

—Si no la encontramos esta noche… entonces lo pensaré —convino.

Era todo lo que iba a sacarle. Qué lealtad tan increíble… sólo esperaba que a cambio obtuviera lo que necesitaba de su padre.

Mientras tanto, él necesitaba protegerla.

—¿Lista para realizar algunas rondas más? —preguntó, convencido de que hacer algo positivo haría que soslayara lo que acababa de sucederle—. Hay un centro que proporciona comida para los adolescentes de la calle…

—Suena prometedor.

—Está en un barrio conflictivo a unos tres kilómetros de aquí —le advirtió.

—No me importa el barrio. Sólo me importa dar con mi hermana.

—Puede que no la localicemos en ese sitio —sabía que lo más probable era que desperdiciaran su tiempo—. Como he dicho, se encuentra a cierta distancia. Y es una probabilidad remota.

—Una que estoy dispuesta a asumir.

Se puso de pie y alargó la mano.

—Vayamos a la parada del autobús, entonces.

Ella se incorporó sin ayuda.

Mientras la guiaba hacia el autobús, se mantuvo alerta y atento a cualquiera cosa o persona que pareciera fuera de lugar.

Quizá no la tuviera durante mucho tiempo, pero sí en ese momento, e iba a mantenerla a salvo.

Capítulo 11

Veinte minutos más tarde, entraban en Haven, un local con doble fachada donde dos adultos estaban ocupados tratando con varios adolescentes de diversos entornos socioeconómicos. Más cerca, había un tablón de anuncios con los servicios que Haven ofrecía, desde terapias de grupo y programas contra la droga hasta ayuda para encontrar trabajo.

Nada contra asesinos en potencia.

Así como había puesto una fachada normal por el momento, algo en lo que era una experta, nunca en la vida había estado más asustada.

Un aroma delicioso le hizo gruñir el estómago.

—Café —en una mesa cercana había una cafetera grande—. ¿Crees que a alguien le molestará?

—Sírvete a gusto —indicó Nick.

Mientras se servía en una taza de papel, volvió a repasar mentalmente lo sucedido. Aún seguía sin tener sentido que alguien tratara de estrangularla. La infidelidad no equivalía a llegar al asesinato. Sin importar que Nick hubiera plantado la pregunta en su cabeza, quería creer que ese ataque era una coincidencia.

Aunque era raro que tuviera lugar justo después de que la noche anterior la empujaran a la calle…

Quizá su padre no supiera demostrarle cariño, pero estaba segura de que no quería verla muerta, a pesar de lo que sabía sobre él. Era muchas cosas, y no todas buenas, pero no era un asesino.

Bebió un trago gratificante de café y le pasó una taza a Nick.

—¿Te gusta esto? —preguntó él con una mueca después de probarlo.

—Los mendigos no pueden elegir —murmuró con la vista clavada en la caja de donuts.

—Tome uno —comentó una voz masculina detrás de ellos.

Isabel se volvió y vio a un hombre de mediana edad, bajo, con una camiseta, vaqueros y pelo largo ondulado acercarse a saludarlos.

—Jerry Kramer —anunció—. ¿Qué puedo hacer por ustedes, amigos?

Isabel aceptó la oferta del donut y Nick se presentó y le habló de Louise.

—¿Tienen una foto?

—La tenía, pero me robaron la mochila —tragó y se dio cuenta de que la garganta le dolía; probablemente estaba irritada tanto por dentro como por fuera—. Se parece a mí… Louise es mi hermana menor.

El trabajador social movía la cabeza.

—No puedo decir que la viera por aquí.

—¿Y qué me dice de un refugio para jóvenes? Humboldt House… ¿tiene la dirección?

La expresión amigable de Kramer se nubló un poco.

—Lo siento, no puedo darles esa información.

—¿Porque no la tiene o porque no quiere?

—Porque no puedo —repitió—. Lo que sí puedo hacer es ofrecerle el tablón de anuncios. Si su hermana viniera, lo vería. Si quiere ponerse en contacto con usted, lo hará.

Sabiendo que no iba a conseguir nada si insistía, aceptó dejar un mensaje. Al terminar, se marcharon de Haven y Nick sugirió que fueran a comer algo.

—No tengo dinero —le recordó, y luego añadió con esperanza—. ¿El cajero?

—Hay un método más antiguo —con una floritura, alargó la mano.

—¿Te refieres a pedir?

La tensión la recorrió al pensar en mendigar. Pero se dijo que formaba parte de la experiencia. Si quería que su visión de la vida en la calle fuera precisa, pedir formaba parte de ello. Las calles eran duras. Y no pensaba dar marcha atrás en el acuerdo.

—De acuerdo, lo haremos a tu manera.

—Debería poder hacerlo a mi manera alguna vez, ¿no crees? —preguntó con una sonrisa.

Ya no hablaban del dinero para la cena.

Por la expresión de él, pensaba en lo que fuera que tuviera en mente para más tarde. En cómo le gustaría tomarla.

Hasta el momento, era ella quien había tenido casi todo el control de los encuentros íntimos. El mensaje de que tal vez le gustaría tomar la iniciativa le disparó la imaginación.

¿Le gustaría estar arriba, debajo, por detrás?

Podía verlos en todas y cada una de las posturas. Trató de tragar saliva, pero la garganta aún le dolía y de pronto tuvo la boca reseca y los pensamientos desbordados. Pensar en estar de nuevo con Nick la inflamaba, pero no sólo quería tener sexo con él…

Sin embargo sabía que era inútil anhelar más.

—Bueno, ¿de dónde saco el típico bote de metal?

—Me temo que tendrás que arreglarte con una taza de papel.

Los cruces de seis calles eran puntos buscados por los indigentes para pedir, ya que no sólo había muchos coches, sino también mucho tráfico de a pie. Sin embargo, estaba demasiado cerca de su casa como para sentirse cómoda. ¿Y si la veía alguien a quien conocía? Se bajó más la visera de la gorra y rezó para que nadie la reconociera.

Se plantó sola en el bordillo, para poder pedirle tanto a los transeúntes como a los coches. En vez de quedarse a su lado, Nick retrocedió para situarse con la espalda contra un edificio, con el fin de que no diera la impresión de que iban juntos. El razonamiento que hacía era que una mujer sacaría más dinero si estaba sola y parecía desesperada.

Y lo estaba.

Suponía que tenía pinta de indigente, pero lo que de verdad hacía que se sintiera desesperada era el pánico de tener que pedir

suficiente dinero para pagarse una comida. Ni siquiera era capaz de mirarse en el escaparate de una tienda cercana.

Pero sí podría escribir sobre la humillación de pedir.

—¿Tiene algo suelto? —le preguntó a un hombre que pasó a su lado.

—Sólo llevo billetes —respondió antes de continuar, sin darle ninguno.

Era una experiencia que jamás olvidaría.

Algunos le dijeron que saliera a buscarse un trabajo; otros, con expresión desdeñosa, afirmaron que se lo gastaría en alcohol o en drogas.

Tuvo ganas de que la tragara la tierra.

En la siguiente media hora, algunas monedas terminaron en la taza de papel. También unos pocos billetes. Pero la mayoría de los conductores desviaba la vista y los transeúntes pasaban a su lado sin siquiera mirarla, haciendo que sintiera como si realmente no estuviera allí.

Fue una sensación surrealista, pero que le resultaba demasiado familiar. ¿Acaso no era el modo en que a menudo la trataba su padre?

«Que me haya colocado aquí para ser insultada y humillada es por su culpa», pensó. ¿Por qué había aceptado arreglarle el lío que él mismo había provocado? Tuvo que reconocer que se trataba de un mal hábito, uno que debía dejar. En el pasado, su padre siempre había tenido razones políticas sólidas y de peso para las cosas que le había pedido que hiciera. Pero no en esa ocasión.

Un coche se detuvo junto al bordillo y bajó la ventanilla. Isabel no dejó pasar la oportunidad.

—¿Tiene algo suelto? —le preguntó al conductor—. Es para comer, de verdad.

El hombre sacó un billete de veinte dólares y lo agitó ante ella.

—Vamos. Sube. Dispongo de media hora. Podemos ir al parque y…

—No voy a ir a ninguna parte contigo. Piérdete.

El sujeto abrió la puerta y se bajó del coche.

—¿Qué, no soy lo bastante bueno para ti?

—La señorita te ha dicho que te pierdas.

De pronto tuvo a Nick al lado, pasándole un brazo protector por los hombros y desafiando al otro. Temblando por dentro, Isabel se apoyó contra él, agradecida por su presencia. Sin embargo, se preguntó cuántas chicas jóvenes tenían a alguien que las protegiera.

El tipo se subió al coche y se largó, a pesar de que el disco estaba en ámbar.

—Pensé que iba a… —desterró su cólera—. Ya está, he terminado aquí —miró en el interior de la taza—. Mmm, ¿será suficiente para una comida?

—Comprobémoslo.

Lo siguió a un restaurante próximo, un lugar al que nunca se le pasaría por la cabeza ir. Pero el servicio era rápido y amable y la carne y el puré de patatas mejor y más barato de lo que había esperado. Nick no trató de iniciar una conversación hasta que hubo saciado su apetito.

—¿Te sientes mejor? —preguntó.

—Mi estómago sí.

—¿Y tú no?

—¿Qué crees? —replicó—. Ahí afuera me sentí como algo que alguien pudiera quitarse de la suela del zapato.

—Esa sensación basta para destruir la confianza de cualquier persona en sí misma. Y el número de chicos que hay en la calle es cada vez superior y no dejará de crecer hasta que se implementen los programas adecuados.

—Si querías mi ayuda a través de canales oficiales, ¿por qué no la pediste simplemente en primer lugar?

—Porque no creía que escucharas con mente abierta. El problema nunca te tocó hasta ahora. Quería que vieras todo el cuadro.

Ella asintió.

—Supongo que comprendo tu punto de vista. Sólo espero poder ayudar a que otros reciban el mensaje.

Aunque si dejaba de trabajar con su padre dejaría de tener contactos con ese mundo. Podría escribir el artículo, pero entonces, ¿qué?

Aunque mientras tanto… ¿se habría equivocado en analizar los motivos que impulsaban a Nick? Había considerado que la sacara a

la calle como un acto de pura venganza. Pero ya no estaba tan segura.

Por su cariño y determinación, podía perdonarle cualquier cosa en el presente.

La cuestión era: ¿alguna vez podría llegar a perdonarla por el pasado?

Aunque no le había reconocido eso a ella, cuando se presentó en su puerta la había considerado una mujer fría, a pesar de querer encontrar a su hermana. Pero después de haber pasado tanto tiempo con Isabel, había descubierto que era diferente. Pero si no era desalmada, ¿qué diablos había sucedido años atrás? La estudió como si pudiera obtener algunas respuestas. Sin embargo, lo único que vio fue a una mujer próxima a la extenuación.

—Pareces cansada?

—Porque lo estoy.

Nick miró la hora.

—Tenemos horas para matar antes de la fiesta.

—¿Qué? ¿No has planeado alguna actividad de aprendizaje para mí?

—Me he quedado sin ninguna.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Vamos a sentarnos a un banco en el parque?

—¿Qué te parece descansar un poco?

—No lo dudes y muéstrame el camino.

Capítulo 12

Cuando Nick la hizo bajar del segundo autobús, Isabel era un manojo de nervios que hacían de todo en su estómago. ¿Adónde diablos la estaba llevando?

—Por aquí —indicó él, conduciéndola por una calle desierta cuyos edificios tenían casi todos las persianas bajadas.

—¿Adónde me llevas?

—A un lugar seguro.

«Seguro». Una palabra relativa. Se había sentido segura hasta aquella mañana, hasta que estuvieron a punto de estrangularla. Tanto su hermana como ella se hallaban en peligro, aunque aún no podía decir por qué. ¿Podría tener la clave Louise? ¿Conocería su hermana algo más que ella? ¿Algo que podía hacer que las mataran a las dos?

—Es ahí —Nick señaló hacia delante.

Lo único que veía era un viejo viaducto que corría por debajo de una calle elevada. La abertura estaba bloqueada por una alambrada.

—Vamos —se dirigió directamente hacia la barrera—. Entremos deprisa, antes de que nos vea alguien.

¡Se refería al viaducto! Escaló la alambrada como si fuera un experto.

—Nick, ¿te has vuelto loco?

Ya estaba en lo alto de la valla. Pasó una pierna por encima, se equilibró y alargó una mano. Como sabía que no merecía la pena discutir con él, lo siguió, agradecida de estar en forma por ir al

gimnasio. Una pequeña abertura en lo alto le permitió saltar al otro lado. Entonces, mientras descendía con cuidado, la tomó por la cintura y la deslizó a terreno sólido.

Con el corazón acelerado por el contacto, giró en sus brazos y sintió que se quedaba sin aliento ante la idea de que pudiera besarla. Por primera vez desde que habían vuelto a verse, lo deseaba… sin reservas.

Aunque estaban en sombras, captó un vistazo fugaz de la expresión de él… y entonces se dio la vuelta. Algo que había visto en los ojos intensos había llegado hasta lo más hondo de su ser.

—¿De qué conoces este lugar?

—Lleva aquí desde siempre.

—Pero está bastante apartado. ¿Por qué vendrías aquí?

—Porque era seguro —se adentró en las sombras—. Sin depredadores.

—¿Depredadores? ¿Como lobos?

—Como las personas que se ceban en los críos.

—¿Que viven en la calle?

No respondió, pero por el modo en que puso rígida la espalda, lo supo. Al fin lo entendía. ¿Cómo había sido tan ciega que no lo había comprendido antes?

Nick había estado en las calles.

Por eso se desenvolvía tan bien en ese ambiente. Por eso tenía una conexión con los chicos. Por eso rodaba el documental.

—¿Cuándo? —preguntó con suavidad.

—De forma ocasional durante todo el instituto. Y antes. Es la razón por la que me retrasé en los estudios.

Recordó que se lo dejaba de ver hasta que reaparecía días o incluso semanas después. Y luego desapareció por completo… hasta que lo encontró días atrás.

—¿Por qué, Nick? ¿Qué sucedió?

Él era una silueta oscura contra la luz del otro lado del túnel.

—Mi madre era una de esas mujeres que no sabía o no podía ocuparse de sí misma —explicó—. Siempre necesitó a un hombre para eso. Y después de que se fuera mi padre… digamos que tuve

varios «tíos», ninguno de ellos lo bastante amable como para apreciar la carga de otra persona.

Hizo una mueca de dolor.

—¿A tu madre no le importaba cómo te trataban? ¿O lo que sentías?

—La preocupación principal de mi madre era que alguien asumiera la responsabilidad de su vida. Se vendía por lo que consideraba seguridad.

Ni siquiera podía imaginar la clase de vida a la que lo habían forzado. Debía de haber sido tan desdichado… salvo cuando habían estado juntos. Estaba segura de que había sido feliz con ella.

Y le había arrebatado también eso.

Se acercó a él y lo abrazó.

—Lo siento —susurró—. Lo siento mucho, mucho.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho esta vez?

—Te eché de mi lado. Pero tuve que hacerlo, Nick. No tuve elección.

—Todos tenemos elecciones.

—No quería que fueras a la cárcel —le dijo, y supuso que era lo último que había esperado oír. Sintió que se ponía rígido.

—¿Qué?

—Mi padre descubrió que nos habíamos acostado —reconoció—. Me informó de que o dejaba de verte… o te haría arrestar por agresión sexual con agravantes.

—No te forcé a hacer nada que no quisieras, ¿verdad?

—No, claro que no, pero tú tenías dieciocho años, eras un adulto legal, y yo sólo tenía dieciséis. Agresión sexual con agravantes, Nick. Mi padre habría dicho que me habías forzado y se habría encargado de que te castigaran.

—De todos modos, mi vida estaba arruinada —comentó él—. A mi último «tío» le gustaba golpear a la gente. Un día me interpuse entre mi madre y él y me utilizó como saco de entrenamiento, tras lo cual mi madre me dijo que me marchara. Dijo que era lo suficientemente mayor como para arreglarme por mi cuenta, que ya no podía ocuparse de mí, que necesitaba cuidar de sí misma. Y yo

fui a buscarte para contarte lo que había sucedido y que te llamaría en cuanto encontrara un sitio donde quedarme.

El horror verdadero de aquella noche tan lejana le produjo un escalofrío.

—Oh, no, y yo te dije todas esas cosas horribles.

—Habría sido mejor estar en una celda que haber pasado por el infierno de creer que nunca te había importado. Isabel, ¿por qué no me contaste la verdad?

—¿Habrías aceptado la ruptura?

Negó con la cabeza.

—Te amaba más que a mi vida.

—Eso era lo que temía, porque era lo mismo que yo sentía por ti. No podía dejar que fueras a la cárcel, Nick, de modo que hice lo que tenía que hacer. Te eché de mi lado del único modo que sabía.

—Qué irónico —rió—. De todos modos me habría ido, ya que mi madre no me ofreció otra alternativa. Y aunque hubiera terminado en la cárcel, al menos habría albergado esperanzas en mi corazón. Algo… alguien… tú… junto a quien volver.

—Nick, por favor, entiende…

—¿Entender qué? —exigió—. ¿Que te convenciste de que tenías que hacerlo? Sé sincera, Isabel. Por una vez en tu vida, sé realmente sincera. Tu padre jamás habría convertido el asunto en un caso federal. No habría querido quedar mal ante sus votantes. Y sus ambiciones políticas iban más lejos de la posición que ocupaba en ese entonces. No las habría comprometido. Lanzó un farol y tú caíste. Una parte de ti anhelaba tanto la aprobación y el cariño de tu padre, que habrías hecho cualquier cosa que él hubiera querido, incluido dejarme a mí.

—¡No es verdad! —exclamó.

—¿No? —se alejó y cambió de tono—. Aquí hay hierba, es blanda y está razonablemente limpia —se sentó en la pendiente y palmeó la zona a su lado—. Ven. Podrás tumbarte y tratar de dormir un poco.

—No suelo dormir siestas —lo informó. ¿Tendría razón? Había usado la amenaza de su padre como una excusa?

—Haz una excepción.

—Me levantaré irritada y trataré de hacerte la vida imposible.

—¿Y en qué sería diferente? —comentó con ironía.

Apenas pudo esbozar una sonrisa. Había demasiadas cosas por las que estar triste.

O encontraban a Louise esa noche o recurriría a las autoridades. Nick tenía razón en eso. Sea como fuere, sin duda iba a ser la última vez que estarían juntos a solas.

Sentía como si un agujero enorme se abriera en su centro. La cavidad en su interior, que había empezado a cerrarse al estar con Nick, comenzaba a ensancharse una vez más.

Lo miró, tumbado bocarriba. No podía ser. Todavía lo amaba… siempre lo había amado. ¿Cómo iba a continuar adelante otra vez sin él?

Se tendió a su lado, le pasó la mano por el estómago plano y por los vaqueros. Nick tuvo una erección instantánea, e Isabel siguió provocándolo hasta que él la tomó por la muñeca y la detuvo.

—No —susurró.

Se acercó a él. Su cuerpo comenzaba a cobrar vida. Era la última oportunidad que tenían de estar solos y no pensaba pasarla por alto.

—¿Qué, entonces? —murmuró Louise, llevando la mano a un pecho de ella.

Durante un momento fugaz, los dedos de él se cerraron sobre la piel suave. El dedo pulgar encontró la punta sensible y la rodeó hasta que también se puso dura.

—No —gimió, como si sufriera, y apartó la mano.

Encendida ya por el deseo de Nick, no creyó que él no la deseara con igual intensidad. Rodó y se sentó a horcajadas sobre sus muslos, donde se quitó la camiseta húmeda y se soltó el sujetador.

—Isabel, no lo hagas.

—No quieres que pare.

Se liberó los pechos y se inclinó, rozándole el torso con ellos. Ya tenía duros los pezones. Ella gimió de placer.

De pronto Nick la hizo girar y la atrapó debajo de él, con los brazos encima de la cabeza. Ella sonrió, le pasó las piernas alrededor de la espalda y se preparó para cualquier cosa.

Excepto para lo que Nick dijo:

—Ya no podemos hacer esto.

—¿No? —movió las caderas y le dio a su erección una dureza nueva—. Yo creo que sí. Quizá más de una vez.

—¡Para, por favor! —gimió antes de maldecir.

¡Hablaba en serio!

Conmocionada, desenganchó las piernas y lo soltó.

—¿Qué sucede?

—Esto. Yo.

Salió de encima de ella y le pasó el sujetador y la camiseta, que Isabel se puso con celeridad. Él se llevó las manos a la cara y movió la cabeza.

—Nick, ¿qué pasa?

Al rato él se mesó el pelo y contestó:

—Te planteé un trato, que tuvieras sexo conmigo mientras buscábamos a Louise, pensando que conseguiría que te marcharas. Jamás imaginé que lo aceptarías —volvió a mover la cabeza—. Pero estuvo mal hacerte eso, Isabel. Aunque aceptaras, jamás debí permitir que siguieras adelante. Y tú jamás, nunca, deberías permitir que alguien te hiciera venderte. Hubo ocasiones en las que tuve que hacer cosas… —titubeó antes de continuar—: Sé lo que se siente, y tú vales mucho más que eso. Me disculpo por obligarte a comprometerte de esa manera. En última instancia, no soy mejor que tu padre.

El reconocimiento y la disculpa de Nick la dejaron aturdida. Cerró los ojos.

Lo más importante para ella era el núcleo de sus palabras. No había querido… lo lamentaba… temía que se hubiera vendido y no sólo a él. Que lo planteara de esa manera la horrorizaba… en particular porque no podía negar que se equivocaba.

Toda su vida había sido una concesión constante. Hacer lo que era necesario políticamente para que salieran adelante las cosas, aunque no le hubiera gustado. Hacer lo que su impasible padre le exigía con el fin de ganarse el amor elusivo de ese hombre distante. Hacer lo que Nick le había requerido para obtener ayuda con el fin de encontrar a Louise…

Pero ¿realmente se había vendido a Nick? ¿Se habría acostado con otro hombre que le hubiera exigido un pago físico? La sola idea le

repelía. No se veía haciéndolo.

Después de todo, había sido con Nick Novak. Su primer amor. Su único amor.

Le tocó el hombro y se acercó. Al principio él no se movió. Entonces, como si no pudiera evitarlo, le pasó un brazo alrededor y se tumbó. Ella apoyó la cabeza sobre su pecho y escuchó los latidos de su corazón. El sonido la hipnotizó y creyó que podría quedarse allí una eternidad.

—Todavía te deseo, Nick —murmuró, temiendo decir más, revelar lo mucho que le importaba.

Él la acercó más y le acarició el pelo.

—Y yo a ti, Isabel. Pero no así. No aquí.

Por el momento, se contentaba con eso, con el hecho de que se desearan mutuamente, con el secreto del amor renovado. Y cuando regresaran al mundo real, le demostraría que también era merecedora de su amor.

El tecno rock que salía del almacén ahogaba todos los demás sonidos. Nick ancló un brazo alrededor de la cintura de Isabel mientras le entregaba al portero el dinero de las entradas. No hacía falta identificarse, porque no se serviría alcohol. Lo que probablemente se vendería dentro era mucho más peligroso.

—Hagas lo que hagas, pégate a mí como si tuviera pegamento —le dijo a ella.

—Puedo cuidar de mí misma.

Él ya no estaba seguro. El peligro podía surgir de cualquier parte, y entre tanta gente… ¿un grito era realmente un grito si no se podía oír?

—¿Cómo diablos vas a encontrar a Louise en esto? —preguntó Isabel.

«Esto» era un apretujón de cuerpos que se extendía de pared a pared. Algunos se sentaban en sofás y sillas llevados para la ocasión. Los adolescentes compartían, se besaban, hacían otras cosas en la oscuridad atestada de humo. Casi todos se hallaban en la pista. Las fiestas clandestinas eran semilleros para la venta de

éxtasis, la droga que hacía que el que la tomaba deseara la proximidad y el contacto con otro.

—Tenemos que abrirnos paso a través de la pista de baile —le dijo Isabel directamente al oído.

La sensación provocó un efecto de onda por la espalda de Nick. Entre esa multitud no se podía evitar la proximidad con Isabel. Una tortura que él mismo se había provocado.

—Vamos, entonces.

Ninguno de los dos dejó de estar atento a la posibilidad de ver a Louise.

—No paremos —dijo él al llegar al centro de la pista—. Por allí, hacia la escalera.

Se movieron entre cuerpos que daban vueltas y se frotaban entre sí, pero el hechizo sexual comenzó a evaporarse… sustituido por otra cosa. Algo más insidioso que le puso de punta el vello de la nuca. La sensación de que estaban siendo vigilados.

Pero sin importar la intensidad con que Nick escrutó la zona a su alrededor, no fue capaz de discernir por quién.

En el almacén hacía calor e Isabel tenía sed, de modo que comenzó a dirigirse hacia el bar. Aunque Nick la siguió sin cuestionarlo, parecía distraído, sin duda buscando a su hermana.

Ni siquiera pudo llegar directamente al bar. Tenía tres filas de chicos por delante.

—¿Cómo consigo algo para beber? —gritó.

—Magia —repuso un joven grande y atractivo. Alargó la mano entre la multitud y extrajo un vaso—. Ponche mágico, para ser específico —extendió un vaso de plástico con lo que parecía un líquido de un rojo claro.

Nick se lo quitó de la mano.

—La dama quiere un refresco —gritó.

Pero antes de que llegara, Isabel se vio distraída por un destello de pelo rubio y un rostro familiar cerca de la pared del fondo.

—¡Louise!

—¿La has visto?

—¡Allí!

Justo cuando señalaba, la multitud se tragó a su hermana. Asustada, se lanzó hacia delante y se abrió paso entre unos cuerpos sudorosos.

El corazón le martilleaba en el pecho. «¡No dejes que desaparezca!».

Llegaron a la salida, que estaba abierta para permitir la entrada de aire fresco.

—Quizá salió al callejón —indicó Nick, rodeándole la cintura con el brazo y abriéndose camino entre la gente que bloqueaba la puerta abierta.

—¿Queréis un sello? —preguntó un chico con el pelo verde—. Necesitaréis uno si queréis volver a entrar.

—Sí, claro —Nick extendió la mano, pero se esforzaba por mirar hacia atrás.

«¿Qué diablos está buscando?», se preguntó Isabel.

Le pusieron un sello en la mano y dejó a un Nick distraído atrás en su afán por alcanzar a Louise. Un grupo de chicos había salido al callejón para charlar o besarse. Con el temor de que su hermana hubiera desaparecido, la dominó el alivio al verla apoyada contra un contenedor, coqueteando con un chico.

Nick la alcanzó en ese momento. Lo agarró del brazo, pero no dijo nada. Se hallaban a sólo unos metros cuando Louise alzó la vista y los vio. Exhibió una expresión de pánico, trató de correr, pero el chico la retrasó lo suficiente como para que Isabel llegara hasta ella y la envolviera en un cálido abrazo.

—Lulu, Dios mío, no sabes lo preocupada que he estado por ti.

Se sintió gratificada cuando ella le devolvió el abrazo y el chico se perdió en la noche.

—Lo siento, Izzie —bajo la luz del callejón, tenía los ojos acuosos, como si quisiera llorar—. No era mi intención preocuparte.

—Ya ha pasado —retrocedió, pero sin soltar a su hermana—. Basta de huir. Vendrás a casa conmigo y solucionaremos todo lo que sea necesario solucionar.

—No puedes arreglarlo, Izzie. Ni siquiera tú puedes cambiar las cosas, esta vez no —fue la respuesta críptica de Louise—. Y no voy a

ir a casa. No puedo.

—Entonces, iremos a un hotel. Nos conseguiré un apartamento…

—¡No! —se soltó y emprendió la carrera.

—¡Espera! —gritó Isabel, siguiéndola.

Pero un par de chicos aparecieron en su camino y uno la agarró por la cintura para ponerse a bailar con ella.

—¡No dejes que escape! —le gritó a Nick.

Entonces, de las sombras, salió un hombre vestido de negro, que sujetó a Louise y la arrastró a un pasadizo.

—¡Lulu! —chilló Isabel mientras Nick pasaba a su lado a toda velocidad en pos de ella.

No podía creer que hubiera conseguido a la mocosa delante de las narices de la mismísima fulana.

—¡Suéltame! —gritó Louise, debatiéndose—. ¡Para!

Se detuvo lo suficiente para darle una bofetada y lanzarla contra la pared de ladrillo.

—Cállate o recibirás más —luego reanudó otra vez la marcha, tirando de ella.

—¡No! —gritó, sin tratar de luchar—. No diré nada… de verdad, no lo haré. ¡Lo prometo! ¡Ni siquiera volveré a casa, jamás!

—No, no lo harás —convino, pasando el dedo pulgar por el cuchillo que llevaba en el bolsillo—. Jamás.

Capítulo 13

Nick dobló en la esquina y vio que Louise era arrastrada por el pasadizo.

—¡Detente! —gritó mientras reducía la distancia que los separaba —. ¡La policía viene de camino!

Una mentira, pero que confundió al villano. Tropezó y Louise aprovechó la oportunidad para empujarlo contra la pared. Antes de que el miserable pudiera recuperar la ventaja, Nick se lanzó sobre él, lo agarró por la parte de atrás del cuello y lo sacudió con tanta fuerza que tuvo que soltar a la joven por completo. Soltándose de la presa de Nick, giró en redondo.

En esa zona del pasadizo apenas entraba la luz, de modo que la cara del atacante no resultaba visible, protegida por la oscuridad y la gorra. Comenzó a retroceder, y un clic sonoro le advirtió a Nick que se enfrentaría a verdaderos problemas si iba tras el canalla. Sin duda había tenido la intención de emplear la navaja sobre Louise.

E Isabel.

Al recordar que la mujer a la que amaba podría haber muerto aquella misma mañana a manos de ese miserable, se enfureció y fue tras él. Retrocedió cuando sintió, más que vio, adelantarse la mano que sostenía el cuchillo. Luego, reanudó el avance.

Preparado para el siguiente ataque, levantó el pie y estableció contacto con un hueso.

—¡Maldición!

Un ruido contra el ladrillo primero, y luego la acera, le aseguró que había conseguido desarmarlo.

Se lanzó hacia delante para una plena embestida corporal que los envió a los dos volando hacia la calle. Aterrizaron con fuerza y rodaron, intercambiando golpes. A pesar de intentarlo, no conseguía ver la cara del otro. Notó que estaban equiparados en complexión y fuerza. Le dio un golpe en el estómago, pero sin dejar de rodar, terminó debajo del atacante.

—¡Nick!

El grito de Isabel desde el pasadizo lo distrajo un segundo.

Pero fue suficiente para recibir un golpe en la cara. La cabeza se sacudió hacia atrás y golpeó la acera. En el momento en que vio las estrellas, el canalla se puso de pie, le propinó una patada dura en el costado y huyó a la carrera.

—¡Nick! —volvió a gritar Isabel al salir del pasadizo.

Se esforzó por sentarse, con la intención de ir tras el otro. Pero al incorporarse, una Isabel frenética se aferró a él.

—¡Louise! ¿Dónde está?

Nick miró alrededor para darse cuenta de que, una vez más, la adolescente había desaparecido.

—Quédate quieto —ordenó ella mientras le desinfectaba el corte que tenía sobre la ceja.

—¡Ah! —cerró los ojos y esquivó la mano—. Ya es suficiente.

—Sigo pensando que deberías dejar que un médico le echara un vistazo —comentó mientras veía la herida sangrar. Sin aliento por el deseo de tocarlo, de hacerle el amor, logró contenerse—. Necesitas puntos.

—Un par de estas tiritas bastará.

Con cuidado, le cerró el corte con ellas y luego limpió la sangre.

—¿Y si sufres una contusión?

—Mírame a los ojos —musitó con tono sugerente.

—No es momento para bromas.

Gracias al Cielo, tenía las pupilas bien. Al terminar los primeros auxilios, resumió:

—Es probable que vivas.

—¿Decepcionada?

—Nunca me has dado un motivo para estar decepcionada, Nick —se lavó las manos en el lavabo del baño y pensó que la culpa de que estuviera herido era de ella—. Soy yo quien…

—Para —la agarró por el brazo y la hizo girar—. Ninguno de los dos tiene culpa de nada.

—Voy a hacer esa llamada ahora —musitó.

Después de todo lo sucedido, habían acordado llamar a las autoridades. Aun así, Isabel había insistido en poner primero a su padre al corriente. Pero no contestó las llamadas.

Colgó y dijo:

—Mi padre no responde. Vamos a tener que esperar un poco antes de comunicárselo a la policía.

Nick cruzó los brazos.

—No deberíamos haber esperado tanto.

No volvió a preguntárselo, pero entre ellos flotaba la cuestión no formulada de lo que ocultaba. Haciendo acopio de valor, Isabel decidió que era ese momento o nunca.

—Es hora de que te cuente todo, Nick —indicó después de respirar hondo.

Como debería haber hecho desde el principio. Pero había decidido que tenía que demostrar que era merecedor de su confianza, y en el proceso habían podido morir los dos. ¿Cómo había dejado que la situación llegara tan lejos sin haber confiado en él?

—El cuarto de baño no es el lugar adecuado para hablar de esto. Vayamos al otro cuarto.

La alegró salir del espacio reducido y regresar al estudio de Nick. Cruzó los brazos y se ordenó dejar de desear lo que en ese momento no podía tener.

Lo primero que vio fue la cama deshecha de él. Desvió la vista y se dirigió a la ventana para contemplar la calle. Aunque era tarde, era viernes por la noche y aún había bastante gente.

Nick se unió a ella, abrió la ventana y se sentó en el alféizar.

—Empieza.

—La noche antes de que desapareciera Louise, regresó mucho más tarde de la hora que tiene estipulada —comenzó, frotándose los brazos—. Mi padre la esperó y tuvieron una pelea. Los oí discutir, pero estaba en la cama, de manera que me fue imposible oír lo que decían. A la mañana siguiente, fui a la habitación de Louise para hablar con ella. Cada vez se llevaba peor con mi padre, se metía en problemas, y quería averiguar por qué. No estaba. Me había dejado una nota diciendo que no volvería. Entonces fui a ver a mi padre, pero se negó a explicar la discusión que habían mantenido… al menos hasta que no pasaron veinticuatro horas sin que nadie la hubiera visto.

—Y entonces el senador te contó… ¿qué?

—Que Louise afirmaba haber ido a buscarlo a su despacho y oído su voz a través de la puerta de atrás. La siguió hasta la primera planta, donde lo descubrió con otra mujer. Al parecer, llevaba años con esa tal Amber Bower.

—Y justo en su despacho —musitó Nick—. Qué conveniente para los almuerzos prolongados —vio que Isabel movía la cabeza, disgustada—. ¿Y tú lo sabías?

—Antes no. Mi padre no es perfecto, pero no tenía ni idea de que fuera de dudosa moralidad —o de que alguna vez le pediría que comprometiera sus principios para respaldarlo, lo cual era el núcleo del dilema en el que se hallaba—. Solía preguntarme por qué mi madre y él pasaban tan poco tiempo juntos. Ella siempre decía que cada uno tenía su vida y que se sentía perfectamente satisfecha por cómo estaban las cosas.

—¿Y qué dice ahora que Louise está en las calles?

—Está preocupada, desde luego, pero no es lo que podrías llamar una mujer fuerte. Jamás ha sido capaz de manejar a mi hermana. Siempre me ha dejado eso a mí.

—Qué pareja forman tus padres.

—Sí, bueno…

Cerró los ojos unos momentos y las emociones la anegaron, amenazando con escapar. Trató de obligarse a sentirse mejor, pero el vacío parecía interminable. La falta de conexión con sus seres queridos nunca le permitiría sentirse completa.

Cuando volvió a abrirlos, Nick la miraba con expresión preocupada.

—De modo que tu hermana huyó porque descubrió que tu padre tenía una amante.

—Eso parece.

—¿Tiene sentido para ti? Quiero decir, una cosa es que Louise huya temporalmente por quedar conmocionada y que su mundo esté patas arriba. Pero ¿jurar no volver más? Y luego está el asunto del tipo misterioso que quiere mataros a las dos. Tiene que haber algo más. ¿Qué es lo que no me estás contando, Isabel?

—Nada. Lo prometo. No he retenido nada. Es todo lo que yo sé.

—Entonces, es posible que el senador no te haya contado todo.

Ella asintió.

—Yo he llegado a la misma conclusión. Pero ¿qué más podría haber? ¿Qué puede saber Louise por lo que alguien mataría para que no se divulgue?

—¿Y cómo supo dónde encontraros a las dos?

El corazón de Isabel se disparó. Con aliento contenido, se obligó a hablar.

—El móvil. Mi padre quería que lo pusiera al corriente.

—Apuesto que sí. ¿De modo que lo llamaste y le dijiste dónde estábamos? —preguntó con voz tensa.

—Le hablé del Club Undercover —reconoció—. Y sobre la fiesta clandestina —la obscenidad que salió de la boca de Nick hubiera bastado para que un marinero se ruborizara—. Mi padre no es un asesino —insistió.

—Quizá no directamente —convino—. El tipo con el que luché esta noche era de mi tamaño y muy fuerte. Seguro que también de mi edad. Así que ¿quién que encaje en esa descripción tendría un motivo?

—Quizá uno de los hombres que trabaja para mi padre…

—¿Por qué?

—No tengo ni idea.

—¿Y si estuviera a las órdenes del senador? —sugirió él—. De lo contrario, ¿cómo sabría el canalla dónde encontraros a Louise y a ti?

Isabel sintió que se desmoronaba por dentro. Quería que Nick la abrazara y la consolara. Su cuerpo clamaba por ello.

—¿Estás diciendo que nuestro padre nos quiere a Louise y a mí muertas? —parpadeó y las lágrimas cayeron por sus mejillas. El pensamiento resultaba insoportable. Antes de que pudiera recuperarse, Nick la abrazó y le besó la frente. Se aferró a él sacudida por el dolor. No se podía tomar a la ligera la muerte de un sueño—. ¿Sabes?, tenías razón. Siempre he hecho todo lo que mi padre ha esperado de mí. He intentado todo para complacerlo. Ser el hijo que jamás tuvo.

—Querías que te demostrara que te quería.

—Lamentable, ¿verdad? —todas las esperanzas que tenía para su futuro se habían desvanecido. La imagen de su madre mirándola con orgullo por sus logros. Todo había desaparecido—. Me siento tan pequeña… —susurró. Las lágrimas cayeron con más rapidez.

—Creo que todos queremos el amor de nuestros padres —le secó las lágrimas—, sin importar la edad que tengamos.

Isabel supo que a él también se le había negado lo mismo.

—Mi padre siempre tuvo mi lealtad, incluso al verle su lado negativo. Pero esto… era demasiado para que lo aceptara y excusara. No sabía qué hacer, Nick. Tenía que encontrar a Louise, y hasta entonces, no quería pensar en otras cosas. Mi padre ha hecho tantas cosas buenas por la gente, que no quería precipitarme en el juicio ni mostrarle al mundo sus transgresiones personales.

—Porque aún tienes fe en que el mundo es, básicamente, un lugar bueno y justo.

—Algún día superaré mi ingenuidad.

—Espero que no por completo. A pesar de las pruebas actuales en su contra, en el mundo hay mucha gente buena y justa.

—¿Como quién?

—Gideon. Jerry Kramer. Tú.

—¿Yo? —lo miró casi sin aliento—. Creía que no te importaba mucho.

—Me importas, Isabel, más de lo que piensas.

Esas palabras sirvieron para que el corazón se le acelerara.

—¿Nick…?

—Sshhh.

Antes de que supiera lo que estaba pasando, le cubrió la boca con la suya y la besó tal como ella había soñado durante los años de su ausencia. Isabel le devolvió el beso con igual pasión… y amor.

Desde luego, siempre lo había amado. Sin esa certeza subconsciente, no habría podido entregarse a él con semejante abandono.

Y en ese momento daba la impresión de que Nick sentía lo mismo, y de pronto la carga que había estado llevando se hizo más ligera. A pesar de la gravedad de la situación, del hecho de que Louise siguiera huyendo y ella aún no conociera la causa, su espíritu se elevó y se sintió casi embriagada por el alivio. No tenía sentido… alguien había tratado de matarla aquella mañana y sin duda habría matado a Louise esa noche… pero de repente se sentía mejor que en muchos días.

Cuando Nick acabó el beso, pegó la frente a la de ella y dijo:

—He deseado hacer eso toda la noche.

—¿Besarme? —quería reír—. Pensaba que sólo te interesaba satisfacer tus necesidades.

—Entonces, necesitaba ser besado —reconoció—. El sexo fue estupendo, pero… mmmm… fue realmente estupendo.

—Suenas como si pudieras lamentar haber parado.

—Los recuerdos me darán calor —le sonrió—. Ah, y siempre tendré el vídeo.

Estalló en una carcajada, pero cuando murió la risa, pensó en las consecuencias. En lo que pasaría luego, después de que fueran a las autoridades, después de que Louise estuviera a salvo. No veía cómo podría mantener algo de eso alejado de los medios de comunicación.

Sin decir una palabra, la llevó a la otra esquina de la habitación. Se detuvo ante el taburete y la hizo sentarse. Luego activó un interruptor.

El monitor se encendió y ahí estaba ella. Isabel no pudo evitar observar con fascinación cómo se desabotonaba la blusa. El calor la invadió mientras las manos de él se deslizaban por su cuello, entre sus pechos, para luego alzarlos…

Se retorció en el asiento, con la vista clavada en el monitor. El modo en que las manos de Nick le tocaban los senos… casi podía sentirlas en ese momento sobre la piel sensible. Los pezones se le endurecieron y una sensación lenta y densa le invadió los muslos y la piel suave entre ellos.

El deseo que la había hostigado desde que lo viera el otro día se multiplicó.

—¿Qué te parece? —murmuró con los labios pegados a la oreja de ella.

Sólo podía pensar en tener más… salvo que en esa ocasión sería diferente, ya que no tendrían que controlar sus sentimientos. Harían el amor, no únicamente sexo.

Contempló el monitor, pero la diversión había terminado… la Isabel de la pantalla se veía compuesta, preparada para marcharse.

Miró a Nick, quien la miraba a ella.

—Creo que ha sido demasiado corto —musitó Isabel—. Tal vez deberías pasarlo otra vez.

Nick se acercó al equipo y realizó algunos ajustes hasta que la imagen de ella volvió a aparecer en la pantalla.

—Tengo una idea mejor.

—¿Qué haces? —preguntó ella al notar la luz roja de la cámara apuntar hacia ella.

Nick regresó a su lado mientras se quitaba la camiseta y se desabotonaba los vaqueros.

—Sólo lo que te gusta.

Tenía un torso hermoso, con los músculos fibrosos y marcados que eran una maravilla para la vista. En las dos últimas noches no había podido verlo bien, y en ese momento era incapaz de dejar de mirarlo. Cuando se situó detrás de ella, desvió la vista al monitor y quedó decepcionada de que prácticamente hubiera desaparecido de la pantalla.

—Quítate la camiseta —murmuró Nick.

—No, hazlo tú.

No discutió. Le rodeó la cintura con las manos y se la quitó de los vaqueros con movimientos sensuales. Mientras se la sacaba, Isabel fue capaz de descalzarse.

—Así está mejor.

—¿Sí? —preguntó él.

—Siento la piel como en llamas —lo miró con expresión provocativa—. Oh. ¿Qué podemos hacer al respecto?

—Veamos si esto ayuda —ofreció Nick.

Los dedos se extendieron por sus costillas. Vio cómo se le dilataban las fosas nasales y levantó los brazos para poder juntarlos detrás del cuello de él. Los pechos se alzaron visiblemente y las manos de Nick los siguieron.

Cerró los ojos unos momentos y dejó que la invadiera la sensación de sus manos sobre los pechos. Entonces le soltó el sujetador y le dejó los senos al aire.

Se los coronó y convirtió los pezones en cumbres duras. Isabel gimió y, en cuanto bajó los brazos, Nick le mordisqueó el punto suave que había entre su cuello y hombro, haciendo que se arqueara más.

Con ojos entornados todavía centrados en el monitor, vio las manos de él y las cosas maravillosas que le hacía a los pechos mientras los masajeaba con ritmo al tiempo que le frotaba los pezones.

Demasiado excitada para quedarse quieta, retrocedió en el taburete para pegarse a él. Duro como una roca, Nick movió la erección a lo largo del trasero cubierto por los vaqueros hasta que se acomodó en el centro.

Lo siguiente que supo Isabel fue que una de las manos de Nick descendía por su estómago hasta desaparecer en los vaqueros. Abrió los muslos en respuesta, para dejar que los dedos se introdujeran en la humedad que esperaba. Nick pasó un dedo por su clítoris antes de introducirse en ella. Había empezado a moverse y ya no podía parar.

—Sí, cabálgame, Isabel —murmuró sobre su pelo al tiempo que insertaba un segundo dedo y lo movía en la cremosa humedad—. Cabálgame fuerte. Quiero mirarte. Cómo te mueves… tu expresión… tu pasión…

También él se movía detrás de ella. Pero Isabel sólo podía verse a sí misma en el monitor, una mujer dominada por la lujuria que

oscilaba cada vez más fuerte y rápidamente. La presión se incrementó, pero no tenía suficiente.

—Explota para mí —le susurró Nick al oído, y luego le mordió el cuello.

La sensación llegó hasta el centro de Isabel. Se arqueó contra él, se pegó a su mano, atrapada aún en los vaqueros, con los dedos perdidos dentro de ella, a medida que las oleadas de placer la invadían.

Alcanzó el orgasmo con una serie de sacudidas devastadoras.

Nick la sostuvo hasta que se aquietó, besándole el pelo, la oreja, la frente.

Luego, liberó la mano y giró el taburete para dejarla frente a él. Entonces la besó como si le hiciera el amor, penetrándola hondamente con la lengua. Ella encontró el pene con una mano y lo trabajó al mismo ritmo que el beso. Estaba duro, caliente y la cabeza húmeda. Vibraba contra su mano. Supo que, si mantenían ese ritmo, alcanzaría enseguida el orgasmo.

Pero no era eso lo que quería. Quería tenerlo dentro. Quería que estuvieran fundidos en la pasión y el amor hasta que ambos cayeran extenuados y ahítos.

Como si percibiera esa necesidad, retrocedió y, enganchando las manos en la parte de atrás de los vaqueros y las braguitas, tiró de ellos y dejó al descubierto su trasero.

Lo soltó y se equilibró en el taburete con ambas manos mientras Nick le quitaba la ropa. Abrió los muslos para darle la bienvenida. Él colocó las manos debajo de ella y la alzó para poder apuntar la cabeza hacia la entrada mojada.

—¡Ahora! —instó.

Él la penetró.

Volvió a encontrar su boca y renovó el ritmo de las embestidas, para que cada parte de Isabel fuera asaltada al mismo tiempo. Ella se elevó más para que pudiera penetrarla profundamente, y cuando la embistió hasta el fondo, levantó las piernas para rodearle la cintura.

Nick la alzó en brazos y por un momento quedó suspendida, danzando en su pene. Él giró hasta que apoyó la espalda de Isabel

contra la pared.

—¡Ahora! —volvió a incitarlo.

—Espera.

Gimió y plantó una mano entre ambos; el dedo corazón encontró el clítoris y lo acarició. Isabel se arqueó contra él y sintió que la tensión se descontrolaba.

También Nick lo experimentó.

—¡Ahora!

Varias embestidas más y comenzó a temblar. Finalmente, la esencia de su virilidad salió, como un chorro poderoso que se perdió en Isabel.

Apoyó la cabeza en el hombro de ella, que lo rodeó con los brazos y se aferró con fuerza a él a la vez que ambos temblaban.

Cuando el corazón se le tranquilizó, ella murmuró:

—Te amo, Nick. Siempre te he amado.

Capítulo 14

Esperó hasta que Isabel estuvo profundamente dormida para de darle un beso en la frente, levantarse de la cama y llevar la ropa al cuarto de baño. Allí realizó una llamada rápida a Nate Bishop antes de vestirse.

Sabía que tendría que haber hecho eso en cuanto descubrió que Lulu y Louise eran la misma chica. Cuando Isabel se enterara de que le había ocultado esa información, quizá nunca lo perdonara.

Con un último vistazo a la mujer que amaba, salió con sigilo del estudio. Regresaría antes de que despertara, y con algo de suerte, con todo lo que ella necesitaba para ser feliz.

La calle se hallaba casi vacía y esperó en la puerta. Cinco minutos más tarde, Nate Bishop, su casero y el nuevo amor de Annie, llegaba al rescate.

—Gracias por venir tan deprisa.

Nate se bajó de la Harley y le entregó a Nick el casco.

—Trae la moto de una pieza, ¿quieres?

—Mantén de una pieza a mi mujer durante mi ausencia y trato hecho.

—Me sentaré en estas escaleras y permaneceré vigilante hasta que vuelvas.

—Te debo una —repuso agradecido.

No era la primera vez que Nate le echaba una mano últimamente… a petición de Annie, le había entregado a Nick las llaves del edificio vacío propiedad de su empresa, Cornerstone

Realty, el lugar al que había llevado a Isabel la primera noche. A pesar de que la había amenazado con las calles, había hecho trampa para mantenerla a salvo.

Después de subirse a la moto, puso rumbo a Humboldt House.

Apenas cinco minutos más tarde, aminoró la velocidad y aparcó delante de un edificio de piedra gris que en el pasado había sido hogar de algún industrial rico. Por fortuna, aún brillaban luces en las ventanas y la mujer que respondió a la llamada era alguien a quien conocía.

—Nick, ¿qué diablos haces aquí tan tarde? ¡Es más de medianoche!

—Tengo una situación grave, Marlene. Una chica que se encuentra en verdadero peligro.

—¿Dónde? —miró hacia la calle.

—Con algo de suerte, aquí —lo había sospechado la noche anterior, cuando Isabel encontró el número de teléfono en el cobertizo—. Una rubia bonita que atiende por el nombre de Lulu.

Marlene asintió y le dejó paso.

—Entra. Sabes que depende de ella que quiera o no hablar contigo.

—Dile que es un asunto de vida o muerte.

Marlene se mostró atónita, pero no tardó en recuperarse.

—De… acuerdo. Enseguida vuelvo.

Subió las escaleras a toda velocidad y Nick esperó yendo de un lado a otro de la sala de estar, vacía a esas horas. Sólo había encendida una lámpara, que sumía la habitación en sombras profundas.

Sabía que se hallaba en una situación comprometida… ya que a menos que Louise aceptara hablar con Isabel, tenía las manos atadas por el código vital por el que se regía.

Marlene no tardó en regresar, señaló las escaleras y se marchó a la parte de atrás del edificio. Louise estaba allí, mirándolo.

—Necesito hablar contigo —bajó todos los escalones, pero se la veía reacia y un poco desconfiada. Con la mirada recorrió todos los rincones—. Estoy solo —le aseguró.

—¿Por qué estabas con Isabel antes?

De modo que lo había visto.

—Es una larga historia —una que Isabel podría contarle si lo deseaba—. El quid de la cuestión es que quería que la ayudara a encontrarte.

—Y no la has traído hasta aquí.

—Eso iría contra las reglas. Lo sabes. Ahora depende de ti, Louise.

—¿Qué depende de mí?

—Entregarte. A Isabel.

—No puedo —movió la cabeza.

—¿Por qué no? —cuando se negó a responder, añadió—: A Isabel la mata la preocupación. No parará hasta encontrarte. A menos que te suceda algo primero. Como esta noche…

Le dejaba una puerta abierta para que se confesara, para que le contara algo, cualquier cosa. Pensó en revelarle que el canalla que había querido llevársela había intentado matar después a su hermana, pero no lo consideró una buena idea en ese momento. Quizá eso terminara de asustar a Louise.

—Un hombre tratando de arrastrarme no me hará cambiar de parecer.

—¿Un hombre? —volvió a esperar, pero Louise era tan testaruda como su hermana mayor—. De modo que no corres peligro, ¿verdad? ¿Y tampoco Isabel?

—¿Isabel? —los ojos mostraron su sorpresa.

—Exacto —asintió—. Quienquiera que intentara llegar hasta ti la tiene apuntada en su agenda —al no obtener una reacción, cambió de enfoque—. Tu hermana se encuentra en mi estudio por esta noche. Se sentirá muy aliviada de verte y de hablar contigo acerca de lo que sea que te está mortificando.

Louise sacudió la cabeza y retrocedió hacia las escaleras.

—No puedo volver.

—No es volver. Es ir junto a Isabel. Ella te necesita —y mientras la joven subía las escaleras para ser tragada por las sombras de arriba, añadió—: Si cambias de parecer, sabes dónde encontrarla, al menos por ahora.

Maldijo y se pasó una mano por el pelo.

¿Qué diablos se suponía que debía hacer a continuación?

Se preguntó qué diablos hacía el tipo de la cazadora negra de cuero en el edificio. ¿Formaría equipo con Novak para disfrutar de Isabel? ¿Se acostaría con ellos por separado, o al mismo tiempo?

No es que le importara, era simple curiosidad nacida del aburrimiento.

Sintiendo que la energía menguaba, se tragó otra píldora. Debía mantenerse despierto. Debía acabar lo iniciado. Le quedaba sólo una pastilla. Mejor que la reservara por si la necesitaba más adelante. Tendría que haber traído más. Dentro de unos minutos, estaría volando y sería capaz de manejar cualquier cosa.

E Isabel sería tan fácil… Le daría la bienvenida, quizá hasta que llorara sobre su hombro. Le contaría lo que esa mañana le había sucedido en el vestuario de las instalaciones del parque.

Rió.

Había cometido algunos errores, paro ya no. No podía permitirse ese lujo, no cuando la lista se hacía más larga. En ese momento, no sólo tenía que deshacerse de la mocosa y de Isabel, sino que también debería ocuparse de Novak. El dolor en el costado le recordó que sería un placer.

Pero ¿qué hacía ahí ese aspirante a los Ángeles del Infierno?

Había deducido que Isabel y Novak terminarían por regresar al edificio, de modo que había decidido vigilarlo en sus ratos libres, cuando no estaba ocupado por el trabajo o persiguiendo a Louise. Por eso había reconocido a ese tipo cuando se quitó el casco.

Si iba a acercarse a Isabel, tenía que hacerlo ya. Bajó del coche. Llevaba horas sentado allí, desde antes de que Isabel y Novak hubieran regresado, de modo que necesitó unos minutos para estirarse.

Cruzó la calle en ángulo, dirigiéndose con andar casual hacia la entrada del edificio. A esa hora de la madrugada no había demasiados coches.

No había testigos, lo cual era estupendo.

Su adrenalina se activó, igual que la droga. Los latidos se le aceleraron, al igual que sus pasos. Quería entrar y acabar antes de

que regresara Novak. Luego esperaría y se ocuparía de ese canalla que le había estropeado los planes de esa noche.

Se acercó a la entrada… comenzó a alargar la mano… y entonces se la llevó al pelo y siguió andando.

—¡Maldita sea! —gruñó—. ¡Maldita sea, maldita sea!

Justo cuando iba a alargar la mano hacia la puerta, vio al tipo vestido de cuero sentado en las escaleras. Después de todo, el cerdo no había subido a su despacho.

¿Es que nada iba a salir bien esa noche?

—¿Nick? —sintió su ausencia nada más despertar—. ¿Nick, ¿dónde estás?

Sacó las piernas por el borde de la cama, bostezó y encontró la sábana encimera, con la que se cubrió. ¿Dónde estaba? ¿Se había quedado dormido en una silla?

Se levantó y encendió una luz. Escudriñó el estudio y no lo vio por ninguna parte. ¿Adónde habría podido ir después de medianoche?

Inquieta, vagó por el estudio, tocando el equipo y pensando en lo excitante que había sido verse haciendo el amor.

Observó la estantería con las cintas, todas etiquetadas, la mayoría con un solo nombre: Missy, Chica, Glory, Kyle, Eugene, Norman. Tantos jóvenes fugados de sus casas. Bostezó otra vez y comenzó a darse la vuelta.

Fue en ese momento cuando lo vio, el único nombre que podía paralizarla y crearle un nudo en la garganta.

Lulu.

No podía ser. El corazón le martilleó.

Pero el instinto le dijo que sí…

Tenía que verlo por sí misma.

Con manos trémulas, logró encender el equipo e introducir la cinta en el aparato de vídeo. Observó la pantalla a medida que la cámara se adaptaba y de pronto apareció bien enfocada la toma de una rubia joven.

—¡Louise! —murmuró.

—¿De qué hablo? —preguntó la voz familiar.

—De lo que tú quieras. Tus experiencias en la calle. Cómo lo llevas. Qué hace falta para que vuelvas a casa.

La expresión de Louise se tornó sombría.

—No puedo ir a casa. Nada es lo que parecía. Todo es una mentira. Todo en lo que yo creía es una mentira.

—¿No hay nadie en quien puedas confiar?

—Mi hermana. Pero ella no sabe…

Sintió un nudo en el estómago y le costó respirar cuando asimiló hasta dónde llegaba la perfidia de Nick.

—¿Tu hermana no sabe qué?

—No es quien cree ser. Y no es la única… —Louise movió la cabeza—. Podemos empezar de nuevo?

—Claro, si es lo que quieres…

—Sí.

—¿Podemos empezar de nuevo?

Tardó un momento en comprender que esa última pregunta había surgido a su espalda. Paró la cinta, permaneció con la vista clavada en la pantalla de televisión y escuchó el sonido de su corazón martillear con furia en sus oídos.

—Isabel, no lo sabía, no al principio —explicó Nick—. Se llamaba a sí misma Lulu. Tú la llamaste Louise.

Ella se volvió.

—Lo has sabido el tiempo suficiente —aunque cubierta por la sábana, se sentía completamente desnuda—. ¿Por qué no me lo contaste, Nick?

—No podía…

—¿No podías o no querías? Has estado jugando conmigo…

—No es ningún juego.

Fue a recoger su ropa del suelo.

—Creía que de verdad tratabas de ayudarme a encontrarla.

—Y así era.

Lo rodeó, pero él la siguió al cuarto de baño. Le cerró la puerta en la cara. Temblando por la furia y la sensación de traición, se vistió con la máxima celeridad.

Nick Novak, el único hombre en quien creía poder confiar, se había burlado de ella. Si le hubiera contado que conocía a Louise, todo

habría terminado demasiado deprisa para él. No habría podido ofrecerle esas lecciones sobre lo que significaba estar en la calle. No habría dispuesto de oportunidad alguna de usarla.

Había pensado que le importaba. Incluso que la amaba.

En cuanto abrió la puerta, él le cerró el paso.

—Respeto la confianza de los chicos a los que grabo… o ayudo. ¡Tú lo sabías porque te lo dije desde el principio! Es parte del código respetar las confesiones… tú, de todas las personas, deberías entender ese concepto, ya que es lo que haces por tu padre. ¿Lo que hay entre nosotros no se reduce a eso?

Lo empujó para pasar. ¿Cómo se atrevía a tener la audacia de mostrarse enfadado, como si fuera ella quien hubiera hecho algo malo?

A punto de marcharse, titubeó al oírlo decir:

—A pesar de lo mucho que lo deseaba, no podía contarte lo que sabía.

—¿Cuánto sabes? —demandó. Por la expresión de él, estuvo segura de que había mucho más—. Sabes dónde se encuentra Louise, ¿verdad? Lo has sabido en todo momento.

—No, no en todo momento. No hasta esta noche.

—Humboldt House.

—Sí.

—¿Dónde está? ¿Cuál es la dirección?

—No puedo decírtelo.

—Pero Louise está allí, ¿verdad? ¿Y es de ahí de donde vienes ahora? Fuiste para… ¿qué? ¿Advertirle que me acercaba? —no le respondió y tuvo ganas de pegarle. Ni siquiera en ese momento era capaz de ser sincero con ella—. Jamás habría pensado eso de ti, Nick. Felicidades. Supongo que al fin estamos en paz por lo que te hice en el instituto —se dirigió hacia la puerta.

—¡Isabel, eso no es justo! ¡Aguarda un momento! No puedes irte ahora…

—¡Mírame! —exclamó—. Y, sí… ¡no quiero volver a verte nunca!

Corrió escaleras abajo. Con los ojos que le escocían y manteniendo la ecuanimidad sólo por un acto de voluntad, se quedó en el portal y comprendió que no tenía dinero. El banco que había

del otro lado de la calle debía de tener un cajero. Podía sacar dinero y parar un taxi.

Al dirigirse hacia allí, examinó su entorno. No había mucho movimiento en las calles. Entonces un movimiento captó su atención… corriendo por la avenida Milwaukee, una figura pequeña, el pelo rubio a la luz de los semáforos.

¿Sería producto de su imaginación o podría ser…?

—¡Lulu! —llamó, agitando la mano.

La cabeza se irguió y la encontró. La joven agitó la mano y gritó «¡Izzie!». La joven corrió hacia el cruce, donde tuvo que esperar que pasara un camión.

Isabel llegó a la encrucijada justo en el momento en que un coche arrancó a toda velocidad del bordillo de la avenida Damen. Esperando que parara en el semáforo en rojo, se mostró horrorizada cuando el vehículo dio la impresión de ganar velocidad al girar, mientras una impaciente Louise bajaba del bordillo antes de que la luz cambiara.

—¡Louise, cuidado! —gritó cuando el coche realizó un arco amplio.

Louise alzó la vista justo a tiempo… el coche ganaba velocidad hacia ella. La adolescente giró hacia su derecha y regresó a la acera, salvándose por unos centímetros. El coche siguió ganando velocidad y continuó por Milwaukee.

Con el corazón desbocado, sin saber si era imaginación o realidad, Isabel clavó la vista en el coche que se alejaba. ¿El conductor había tratado de atropellar a su hermana?

Louise cruzó con celeridad la calle y la envolvió en un abrazo.

—¡Oh, Izzie, me alegro tanto de verte!

Le devolvió el abrazo, pero estaba distraída, atenta todavía a que el coche diera la vuelta y se lanzara hacia las dos. Pero la calle permaneció tranquila, salvo por los pocos vehículos que pasaban a una velocidad razonable.

Isabel centró su atención en su hermana.

—Tenemos que ir a casa, Lulu.

La adolescente pareció horrorizada.

—¡No, ya no puedo vivir con papá!

—Prometo que arreglaré algo distinto para las dos, pero tenemos que dejar las calles e ir a un lugar seguro —le advertiría a su padre en persona, pero si no estaba allí, sería una pena, porque tendría que llamar a la policía—. Dormiremos bien una noche y luego, por la mañana, haremos las maletas y nos iremos a un hotel hasta que pueda encontrar un apartamento…

—¡No! —salió de los brazos de Isabel—. No lo entiendes.

—¿Qué es lo que no entiendo, Lulu? Estoy al corriente de la existencia de Amber Bower.

—Y nuestro hermano… ¿también conoces su existencia?

—¿Hermano? —se quedó sin aliento. ¿Tenía un hermano?

—Hermanastro, ¡y ha resultado ser un verdadero canalla! Es él quien intentó secuestrarme anoche.

Incapaz de conectar con la información nueva, Isabel sintió que perdía el control de su mente.

—No podemos hablar aquí —miró alrededor. ¿Dónde diablos había un taxi cuando se los necesitaba?—. ¡Hemos de ir a un sitio seguro!

Tomó la mano de su hermana y empezó a llevarla por Damen hacia la estación del cercanías. Quizá pudieran escabullirse por debajo de los torniquetes metálicos y subir a un vagón.

—No voy a ir a casa.

—Perfecto. Lo he entendido.

La mente le daba vueltas por la revelación de Louise.

—¿Y por qué no podemos ir a la casa de Nick?

—¿De Nick? —claro, Louise sabía dónde encontrarlo… parecía que lo mismo les sucedía a todos los chicos—. No es una opción.

—No… no lo entiendo. ¿No es de ahí de donde vienes ahora? Cuando trató de convencerme de que fuera a verte, dijo que estabas allí.

Isabel se detuvo.

—¿Qué? ¿Es lo que hizo Nick esta noche?

—No podía llevarte a verme, porque eso habría ido contra las reglas de la casa. Y nadie habría vuelto a confiar en él nunca. Pero fue a verme para decirme que estabas asustada por mí y que me necesitabas.

—Oh, cariño, tú sabes que te necesito.

La abrazó y sintió a su hermana temblar. Pensó que debía de haber pasado por un infierno.

—Yo también te necesito, Izzie.

—Qué conmovedor.

La voz familiar atravesó a Isabel con un frío gélido; giró en el acto y se situó entre Louise y el hombre al que había considerado su amigo, su camarada, el hermano que nunca había tenido.

Tratando de formular un plan de escape, se concentró mientras lo miraba. No era él mismo. Tenía el pelo revuelto, los ojos muy grandes, y no daba la impresión de estar demasiado equilibrado.

—¿Qué haces aquí, Boyd? —preguntó.

—Me parecía que ya era hora de una reunión familiar —rió con tono amargado.

—Realmente, no tenemos tiempo —con sutileza, fue empujando a su hermana hacia la estación—. Louise necesita descansar.

—Insisto en que saques tiempo, Isabel.

Con esas palabras, Boyd Cummings sacó un arma.

Nick no había necesitado mucho tiempo para decidirse a llamar a la policía. Había visto la reunión de las hermanas por la ventana y llegado a la conclusión de que era hora de poner a las autoridades al corriente de lo que pasaba. Con Louise e Isabel presentes, la policía obtendría toda la historia.

No obstante, se encargaría de que se quedaran allí hasta que llegara la policía. Era por su propio bien.

Pero cuando llegó a la calle, ya no estaban en la esquina. Miró en esa dirección un momento antes de girar para echar un vistazo a su espalda. Las vio a las dos unos instantes antes de que desaparecieran, seguidas por una figura ominosa y familiar.

—¡Maldición!

Corrió tras ellos y aminoró el paso al llegar al espacio entre edificios por el que los había visto desvanecerse.

Se asomó con cautela. Habían llegado al final del edificio de la estación y el miserable las apuntaba con un arma, empujándolas hacia la parte situada debajo de la estructura elevada.

A Nick se le disparó el corazón al darse cuenta de lo que sucedía.

Esa zona estaba desierta. Y los trenes que entraban en la estación ocultarían cualquier ruido poco usual… como unos disparos.

A menos que se le ocurriera algo, temía que tanto Isabel como Louise estarían muertas antes de que llegara la policía.

—No entiendo lo que está pasando —dijo Isabel, sin gustarle el lugar oscuro cubierto con todo tipo de desperdicios.

La única luz provenía de la plataforma de arriba, que atravesaba las grietas y caía sobre ellos en finos haces.

—Está completamente loco, eso es lo que pasa —aseveró Louise —. Desde que descubrí la verdad, me ha estado amenazando para que guardara silencio.

Le dio un codazo y le lanzó una expresión que le pedía que mantuviera la boca cerrada.

—La pequeña hermanita no fue capaz de olvidarse del tema —indicó Boyd—. Fue a ver a mi madre para obtener todos los detalles, hasta que aquélla perdió los estribos y se lo soltó todo a la mocosa. Entonces Louise se enfadó conmigo por no contaros a las dos quién era.

—Bien, sabemos quién eres, ¿y qué? —preguntó Isabel, aún sin querer creer nada del asunto.

—La cría me lo va a estropear todo —miró a Louise—. Todo por lo que he trabajado estos años. No tienes ni idea de lo que es haber sido el hijo bastardo e ignorado.

—Creo que sí conozco la segunda parte.

Boyd movió la cabeza y en sus ojos brilló una luz salvaje.

—Las dos fuisteis reconocidas como sus hijas, mientras que yo, su hijo, me vi obligado a ocultar mi identidad.

—Por el bien de la carrera política de nuestro padre.

Si Boyd no hubiera intentado matarla, si no la estuviera apuntando con un arma, sentiría pena por él. Pero sabía lo peligroso que podía ser y debía idear un modo de neutralizarlo.

—Papá no te ignoró por completo —continuó—. Es obvio que te quería tener cerca. De lo contrario, no te habría dado el trabajo de

enlace de prensa.

—¡Subordinado a ti! —soltó, insultado—. Día tras día tuve que fingir ser tu amigo, sentir cariño por la mocosa…

—¿Con qué fin, Boyd? —preguntó con suavidad, esforzándose por sonar razonable.

—Para disfrutar de una buena entrada en el club, por supuesto. Con el respaldo del senador William Grayson, planeo una subida meteórica hasta lo más alto del partido demócrata.

—¿Presidente de Estados Unidos? ¿Te ves como material presidenciable?

—¿Por qué no? Desde luego, tengo la apariencia. El carisma. Los contactos. Y es obvio que se me da bien esperar por lo que quiero. De hecho, vuestras muertes me proporcionarán la cobertura que necesito de los medios —continuó—. Consolando al senador… subiéndome al carro del control de armas —se le iluminó la cara—. Eso es, haré que ésa sea la plataforma para mi primera elección…

—¡Estás loco! —soltó Louise.

—No, no, estoy siendo irónico —Boyd rió y, si eso era posible, exhibió un aspecto aún más demoníaco—. ¿Quieres conocer la verdadera ironía, Isabel? Ante todo el mundo lo estaré consolando por vuestras muertes… cuando el senador ni siquiera es tu padre.

—¡Mentiroso! —gritó Louise.

—Oh, es tu padre, pequeña, simplemente no es el suyo.

Isabel pensó que, en una noche de sorpresas y conmociones, ésa las superaba a todas. ¿Su padre no era su padre? No podía ser verdad.

Boyd continuó:

—El matrimonio con tu madre fue un asunto de conveniencia para ambos. Natalie conseguía el padre que necesitaba para ti y William el dinero y el respaldo político que le ofrecía la familia de ella.

Al notar un movimiento en las sombras detrás de Boyd, Isabel trató de mantenerse centrada.

—No te creo —dijo.

—Pregúntaselo. Pregúntale cómo entró en ese matrimonio negándose a abandonar a mi madre. ¿Otra ironía? Ella se enteró de que estaba embarazada de mí el día en que mi padre y tu madre se

casaron. ¿Sabes que se fugaron para casarse? Qué romántico, ¿verdad? Fue para que no tuviera que pasar mucho tiempo con tu madre. Pasó la noche de bodas en la cama de la mía.

La idea hizo que se le retorciera el estómago. Fugazmente, miró más allá de él, hacia las sombras en movimiento. Parpadeó varias veces hasta que pudo distinguir la silueta de Nick Novak. Pero se dijo que no podía ser. Lo había echado de su vida.

Al darse cuenta de que no imaginaba nada, que una vez más Nick iba a su rescate, supo que debía mantener la atención completa de Boyd.

—Puedo entender la causa de que odies a nuestro padre —dijo al ver cómo Nick se situaba detrás de Boyd—. Pero ¿por qué a nosotras? Todos somos víctimas de su ambición, Boyd. Los tres.

—No compares vuestras vidas con la mía. ¡No te atrevas!

Consciente de que Louise se había puesto rígida, supo que también ella había visto a Nick. Llevó la mano a la espalda y encontró la de su hermana, quien se la apretó para corroborarlo.

—¿Te faltó algo, Boyd? ¿Comida, ropa, un techo?

—No, ¿y eso qué prueba?

—Que papá te consideraba tanto a ti como a nosotras. A propósito, ¿por qué Cummings? ¿Por qué no usas el apellido de soltera de tu madre, Bower? —preguntó cuando los metros que separaban a Nick de Boyd menguaron y él les indicó que se prepararan.

—Mi madre tuvo un matrimonio breve. El apellido de su marido terminó en mi partida de naci…

Antes de que pudiera completar la palabra, Nick se lanzó sobre él al tiempo que le golpeaba la mano en el momento en que la pistola se disparaba.

Los dos bailaron bajo la estructura de metal hasta que Nick pudo aferrarle la mano y golpearla contra una columna. El arma cayó al suelo. Y cuando volvieron a alejarse, lanzándose golpes inofensivos en la corta distancia, Louise se adelantó y la recogió.

—¡Louise, no! —gritó Isabel cuando su hermana sostuvo la pistola con ambas manos y la apuntó hacia los dos hombres que luchaban —. ¡Baja la pistola! —las manos de Louise temblaban e Isabel estaba

aterrada por la posibilidad de que se le pudiera disparar e hiriera a Nick—. Por favor, Louise —suplicó—. Hazlo por mí. Baja el arma por mí —entonces Louise pareció recobrarse y bajó la pistola. Isabel corrió hacia ella, se la quitó de las manos y rodeó los hombros trémulos de su hermana—. Ya no puede hacernos daño —le aseguró.

—¿Y si le hace daño a Nick?

—Nick puede cuidar de sí mismo. Aprendió a hacerlo hace mucho tiempo.

Aun así, quiso cerciorarse en el momento en que Nick apartaba a Boyd y echaba el brazo hacia atrás. Le dio un golpe tan fuerte, que Boyd giró en redondo y cayó hacia delante, tratando infructuosamente de agarrarse a la columna.

De pronto, dos policías aparecieron por el pasadizo con las armas desenfundadas.

—¡Que nadie se mueva! —gritó uno.

Capítulo 15

—Es increíble, ¿verdad? —musitó Nick, bebiendo otro trago de café en la reunión ritual de la mañana con Annie y Helen en el cibercafé—. Pierdo al amor de mi vida dos veces, y en ambas ocasiones por el mismo hombre… su padre.

Y la ironía era que ni siquiera tenía parentesco con ese hombre.

—Si de verdad amas a Isabel, tienes que luchar por ella —aseveró Annie.

—Lo haría, si tan sólo pudiera tener la certeza de que va a librarse del senador para siempre —temía que una vez que lo confrontara, con la doble vida que había mostrado, el político utilizara los sentimientos de Isabel en su contra y encontrara un modo de mantener su lealtad—. No importa —murmuró, bebiéndose el resto del café—. Puedo vivir sin ella.

—¡Idiota! —exclamó Helen—. Éste no es el momento de levantar la coraza. Al menos no con Isabel Grayson. No se trata de una mujer más. Es la mujer para ti. Así que mueve el trasero y haz algo para que entre en tu vida de forma permanente.

—¿Quién ha muerto y te ha nombrado jefa?

—No, esta vez, no —replicó Helen—. No vas a arrastrarme a una batalla verbal para distraerme. Hablo en serio.

—Helen, Nate y yo queremos que seas feliz —Annie esbozó una amplia sonrisa, sin duda porque ella era feliz. De pronto plantó ante su cara una mano adornada con un diamante considerable—. Nate me va a convertir en una mujer honesta.

—¿Os vais a casar? —Nick se puso de pie, rodeó la mesa y levantó a Annie para darle un abrazo—. Espero que te des cuenta de que me lo tienes que agradecer a mí.

—Como te descuides —comentó Helen—, también se atribuirá el mérito de la Navidad.

Nick le dio un beso a Annie en cada mejilla y no le hizo caso a Helen.

—No permitas que Isabel se escape —musitó Annie.

—Lo consultaré con la almohada —prometió—. Si puedo dormir con esta dosis de cafeína, claro.

Helen puso los ojos en blanco.

—No tientes tu suerte, Novak, o… te arrepentirás.

Nick se inclinó y también le dio un beso a ella.

Al subir al estudio, recordó las últimas palabras de Isabel después de que la policía les hubiera tomado declaración y los hubiera dejado libres para marcharse: «Necesito ver a mi padre antes de que todo esto le estalle en la cara».

Se preguntó cuánto tiempo más iba a tener que venderse hasta que el senador le diera lo que evidentemente necesitaba de él.

—¿De qué se trata? Buenas noticias al fin, espero —exigió saber el senador William Grayson al entrar en el estudio a primera hora del domingo—. ¿Se ha podido contener el problema?

Louise… un problema a ser contenido…

Volviéndose de la ventana del lugar que había sido su único hogar durante veintiocho años, Isabel se encaró con el hombre al que había llamado padre toda la vida y se preguntó si éste sentía algo por alguien. Supuso que tenía sentimientos por Amber Bower, aunque también a ella la había traicionado.

Él se había vendido por ambiciones políticas. Su madre se había vendido para conseguir un padre para el bebé que esperaba. Y supuso que Amber Bower se había vendido para quedarse con el hombre al que amaba. O quizá sólo había querido que la mantuviera.

A pesar de lo que ya sabía en ese momento, seguía sin entenderlo. ¿Cómo había podido ese hombre vivir una mentira durante tantos años sin verse afectado? Ella había sido una niña vulnerable y luego una joven vulnerable enredada en sus mentiras. ¿Qué había pasado por su cabeza cada vez que lo había llamado padre?

—¿No sientes nada por mí? —preguntó.

Él apretó el cinturón de la bata y la miró ceñudo.

—¿Es el motivo por el que me has hecho levantarme tan pronto una mañana de domingo? ¿Para interrogarme?

—De hecho, he venido para ofrecerte una advertencia. Pero primero quiero que sepas que Louise está a salvo y con mamá en un hotel… siempre y cuando ella te importe algo.

—Claro que me importa. Es mi hija.

Isabel tragó saliva.

—Y Boyd está arrestado.

—¿Por qué motivo? —preguntó impertérrito.

—Intento de asesinato. Louise y yo nos interponíamos entre tú y él y no fue capaz de soportarlo.

A pesar de los motivos que Boyd había ofrecido sobre ascender en política, Isabel sabía que sólo eran síntomas de la verdadera enfermedad: el senador William Grayson. Boyd había estado consumido por el deseo de demostrarle la valía a su padre. Por desgracia, había recurrido a las drogas para espolear su ego, su valentía.

—¿Qué es lo que sabes? —gruñó él.

—Todo —respondió—. Bueno, todo lo que sabía Boyd. ¿Cómo puedes criar a una niña como si fuera tuya, senador, sin ser siquiera su padre?

—¿Senador?

—Seamos sinceros.

Unos segundos de pausa.

—Pero la gente no sabe que no soy tu verdadero padre —respondió, confirmándolo—. Unidos, podremos salvar esto, Isabel…

—¡Al infierno la gente! —y al infierno él, aunque no lo dijo—. La gente lo sabrá todo en cuanto los medios descubran la historia. Yo

no pienso hacer nada para ocultarla porque ya no trabajo para ti.

Incluso así, si le mostraba una señal de afecto o de pesar, quizá se ablandara e hiciera lo que pudiera antes de abandonar para siempre ese lugar. Lo observó a medida que su expresión se volvía tormentosa. Desde luego, nunca había fallado en una cosa… decepcionarla.

El rostro del senador se puso rojo y los ojos se le desencajaron.

—¡No puedes hacerme esto!

—Yo no he sido, senador. Me temo que te lo has hecho tú mismo.

Con esas palabras, se dirigió a la puerta del estudio, con la intención de abandonar la carrera política del senador William Grayson, y su vida, para siempre. Cuando tenía la mano en el pomo, éste le preguntó:

—Estás orgullosa de ti, ¿verdad?

Isabel se volvió para echarle un último vistazo al padre que jamás había tenido.

—Sí. Al fin lo estoy.

Bam, bam, bam…

Nick se obligó a emerger de las profundidades del sueño y miró el despertador. Las seis de la mañana. ¿Quién diablos podía estar llamando a su puerta a esas horas?

Bam, bam, bam…

—Ya voy —gritó al salir de la cama.

Al darse cuenta de que estaba desnudo, recogió los vaqueros del suelo y se los puso mientras caminaba. La cabeza le martilleaba gracias a la media botella de vodka que se había bebido para poder dormir. Se subió la cremallera mientras abría la puerta.

Y la mirada de Isabel Grayson se posó en ese mismo sitio.

—Nick, no te vistas por mí —enarcó una ceja perfecta.

Ella estaba vestida, peinada y maquillada como si se encontrara dispuesta a situarse ante las cámaras.

—¿Qué puedo hacer por ti en esta ocasión, Isabel? —gruñó, dejando la cremallera a medio subir en gesto de desafío.

—Puedes invitarme a pasar.

Nick retrocedió y ella pasó a su lado con dolorosa lentitud, como si quisiera cerciorarse de que iba a captar su fragancia. Bajó la vista al escote de la blusa y se le resecó la boca.

—¿De qué se trata, Isabel? —preguntó, agarrando el pomo de la puerta con suficiente fuerza como para arrancarlo.

Ella se volvió y ladeó la cabeza.

—Quiero darte las gracias, Nick —respondió con dulzura.

El día anterior lo había dejado sin ninguna explicación y mostrándose muy seca, pero en ese momento irradiaba encanto.

—¿Louise se encuentra bien?

—Lo estará. Se halla en un hotel. La acompaña mi madre, temporalmente —añadió—. Ésta tiene que preocuparse de su propia vida.

Como si eso pudiera ser más importante que sus hijas, pensó Nick. Pero ya nada podía sorprenderlo.

—Tengo la intención de iniciar una vida para Louise y para mí —continuó Isabel—. Nuestro apartamento será un comienzo. Luego, en el otoño, se irá a la universidad.

—¿Y qué me dices de ti, Isabel?

—Antes de venir aquí, me despedí del senador. Y anoche, cuando no podía dormir, dediqué varias horas a organizar mis pensamientos acerca de la historia que quiero contar. Después de escribirla y, espero, venderla, no estoy segura de la dirección que tomar. Por el momento, el dinero no representa un problema, de modo que he pensado trabajar de voluntaria en Haven.

—¿Hablas en serio?

—Absolutamente —corroboró.

Nick comprendió que aún no le había hablado de los sentimientos personales acerca del hombre que le habían hecho creer que era su padre. Cuando se sintiera preparada, le hablaría del tema.

—Y bien, ¿qué quieres conmigo, Isabel? —preguntó con suavidad —. Si sólo hubieras deseado darme las gracias, podrías haber llamado.

—Sí, bueno… hay una pequeña cuestión sobre un vídeo con material revelador…

—Ah, la cinta —debió imaginarlo. La habría borrado si se lo hubiera pedido, pero sin duda no confiaba en él—. Iré a buscarla —con un nudo en el estómago, se acercó a la cámara para sacar la cinta, preguntándose si ésa sería la última vez que la vería a solas.

—¡Espera! —gritó Isabel cuando estaba a punto de sacarla—. Empieza a grabar, ¿quieres? Deseo añadir algo en esa cinta.

Giró en redondo para verla sentada en el sillón con las piernas cruzadas.

—Muy bien, Isabel. ¿Qué es lo que tienes que decir?

—No mucho, pero sí importante.

En el monitor, la vio soltarse el botón superior de la blusa.

—No sé si soy tan culpable por lo que hice… Me refiero a dejarte… pero reconozco que fui una tonta cuando se trataba de contentar al que creía que era mi padre —se desabotonó los dos siguientes—. Desperdicié demasiado tiempo, cuando tengo tanto para dar —se levantó la blusa de la falda y la dejó colgar en abierta invitación—. Y quiero dártelo todo a ti, Nick Novak, porque te amo con todo mi corazón.

Eso era todo lo que Nick necesitaba oír para lanzarse hacia ella. El sujetador parecía maravillosamente transparente. ¿O no se trataba de un sujetador? Con una sonrisa, ella descruzó las piernas y pudo ver que no llevaba braguitas.

¡No llevaba ropa interior!

Nick sonrió y se bajó la cremallera de los vaqueros.

—Ese apartamento que vas a conseguir… mmm… cuando Louise se marche a la universidad, ¿no te sentirás un poco perdida yendo sola de una habitación a otra?

Ella se humedeció los labios.

—No si te tengo a ti haciéndome compañía.

—¿Quieres que vivamos juntos?

—Pensé que nunca lo ibas a preguntar.

—Yo también te amo, Isabel Grayson. Siempre te he amado y te amaré. Y nada me haría más feliz que iniciar una vida contigo.

La besó para sellar el pacto, y mientras ella le rodeaba la espalda con sus largas y hermosas piernas y él la acomodaba en el sillón

para disponer de un mejor acceso, la luz roja de la cámara pareció hacerle un guiño.

La cinta aún seguía grabando.

Si te ha gustado este libro…

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollins.es